

Yo soy el hijo del cartel de Cali

William Rodríguez Abadía

*Miguel Rodríguez
Orejuela*



*Gilberto Rodríguez
Orejuela*

CONFIDENCIAL

William Rodríguez Abadía

YO SOY EL HIJO DEL
CARTEL DE CALI

AGUILAR

Índice

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[1. ¿No tiene por quién vivir?](#)

[2. Los inicios](#)

[3. Mi rapto](#)

[4. Mi segundo encuentro con la muerte](#)

[5. El amor llega a mi vida](#)

[6. Mi verdadera pasión](#)

[7. Para vivir juntos, prefiero seguir viviendo con mi familia](#)

[8. Las capturas y el mercenario](#)

[9. Proceso ocho mil](#)

[10. Mi metamorfosis](#)

[11. Fuga a la muerte](#)

[12. Nueva vida, nuevo cartel; un fantasma](#)

[13. Una ilusión, una cadena perpetua](#)

[14. ¿Qué pensarían mis hijas?](#)

[15. Entrega a la libertad](#)

[Epílogo](#)

[Nota](#)

[Créditos](#)

Dedicado a:
*Mi esposa y mis dos princesas que son
la esperanza de mi vida*

Agradecimientos especiales a:
*Rafael Rojas y Andrés López por
su invaluable colaboración*

¿No tiene por quién vivir?

—¡Lo mataron! ¡Lo mataron!

Cuando escuché la voz de mi tía sentí alegría. “Estoy bien”, pensé. Mi tía había salido corriendo a llamar por teléfono. Aunque estaba herido y sabía que me estaba muriendo, me sentí tranquilo. Era una especie de trance producto del desangramiento. Mientras mi vida se iba, una voz interna me decía que me salvaría; escucharla me dio fuerzas para levantarme. Mi rodilla izquierda no respondió; la tenía fracturada. Me desplomé y, cuando estaba a punto de tocar el ensangrentado piso, en lo primero que pensé fue en mi hija. Le rogué a Dios que me salvara. “¡No es justo, Señor, mi hija sólo tiene dos añitos!”, exclamé. Entonces oí la voz de mi primo y sentí que, como un milagro, era una respuesta a mi clamor.

—¡Está vivo, está vivo!

Mi tía, con un rostro de angustia se acercó, me vio y me dijo: —¡Mijo! ¿Cómo está, mijo? ¡Está vivo gracias a Dios!

Yo le dije: —¡Llamá a una ambulancia, llamá por favor a una ambulancia!

De nuevo corrió al teléfono, marcó desesperadamente mientras yo trataba de darle una ojeada al dantesco espectáculo en el que se había convertido el restaurante. Sangre, muerte, dolor, miedo, angustia; elementos propios del infierno en el que estaba y del que, a partir de ese momento, quería salir.

—¡Bájenme ya, que me voy a desangrar! —grité.

—¡No, que lo rematan abajo! —me contestó uno de los meseros.

No me importaba si me remataban: quería salvarme, quería hacer algo por mi vida.

—¡Bájame! —le dije.

El mesero lo dudó pero ante mi cara de enfado, no tuvo alternativa. Cuando ya estaba en el andén, mientras rogaba que apareciera una bendita ambulancia, llegó una moto con dos policías. De inmediato me invadió el temor de que los sicarios, para no fallar en el operativo, hubieran enviado a estos agentes para que me remataran. Era el *modus operandi* de estos grupos.

—¡Venga, hermano... yo soy William Rodríguez Abadía, no se me quite de al lado! —le dije a uno de los policías que se bajó de la moto.

El uniformado se tomó su tiempo, me miró, sonrió y me dijo: —¡Tranquilo, jefe, aquí me quedo!

Nunca había sentido tanta tranquilidad. Siempre rodeado de escoltas, sicarios y gente dispuesta a todo por salvarme, ahora era un policía el que, paradójicamente, me daba tranquilidad, lo que me permitió recordar cómo había comenzado todo.

Era viernes 24 de mayo de 1996, día que marcaría mi vida y con el que iniciaría un cambio que seguramente mi inconsciente anhelaba. Había nacido en el seno de una familia que lideraba mi tío, quien, según mi entender, era un próspero empresario. Durante muchos años ignoré los

oficios a los que se dedicaba mi tío Gilberto, ayudado por mi padre Miguel, por lo que crecí pensando que la riqueza era algo normal; aunque ellos siempre nos inculcaron que para obtener las cosas había que ganárselas.

Comencé a sospechar de la doble vida que llevaba mi padre hasta cuando me hice adolescente. Tanta ida y venida de escoltas y comentarios sueltos de la gente comenzaron a llenar mi mente de dudas, dudas que rápidamente fueron acalladas por argumentos inobjectables: “es mi familia”, “es mi papá”, “es mi tío”, “lo único que se tiene es la familia”.

Pero el más fuerte y poderoso de todos los argumentos es el que brinda la comodidad del dinero. En mi caso —por situaciones de mi niñez que más adelante explicaré— hizo que mi conciencia se dejara comprar, en vez de seguir formulando preguntas, como era la costumbre en la familia Rodríguez Orejuela, liderada por mi tío que, consecuente con ese principio, cada vez que podía nos repetía: el dinero todo lo compra.

Una vez que comprendí ese modo de pensar, me dediqué a vivir como hijo de potentado, tratando de no llamar la atención para poder seguir mi vida de estudiante y adolescente con ganas de comerse el mundo; aunque, obvio, con prerrogativas diferentes a las de mis compañeros.

Siempre he sido un hombre cercano a Dios. Su luz me ha protegido en momentos difíciles, salvándome en varias ocasiones de las garras de la muerte. Por eso mi devoción es a un Cristo milagroso, que tiene su sede en Buga, una localidad cercana a Cali. Ese viernes me disponía a viajar a la basílica del Señor de Buga en compañía de mi amigo de infancia Óscar Echeverri.

Como le pedí, Óscar llegó temprano a mi casa. Salimos después de desayunar. Ignorábamos que a esa misma hora en otro lugar de la ciudad se le daban los últimos toques a dos camionetas blancas, iguales a las que en la época usaba la policía. A bordo de ella seis hombres, armados con pistolas 7.65, 9 mm con silenciador y radioteléfonos, se disponían a llevar a cabo uno de los atentados más grandes en la historia de la ciudad de Cali.

En esa época, por encargo de mi padre, me tocó manejar las relaciones con varios grupos de narcotraficantes que querían, ilusamente, tomar el control del negocio. Respaldados por el máximo jefe de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), Carlos Castaño, habían asesinado a José *Chepe* Santacruz Londoño, uno de los jefes del cartel de Cali, y temían por nuestra retaliación. Por este hecho me tocó realizar varias reuniones, tratando de mediar y resolver los rumores malintencionados de Wilber Alirio Varela, alias Jabón, un sicario que a punta de pistola se había ganado la confianza de Orlando Henao, el jefe máximo en esos momentos del cartel del norte del Valle.

Óscar, mi esposa y yo nos disponíamos a terminar de desayunar para salir hacia Buga. Mientras le daba las últimas cucharadas de una deliciosa compota a mi hija primogénita, que contaba con algo menos de dos años, recibí una llamada de mi tía Amparo. Me requería con carácter urgente en la Corporación Deportiva América de Cali.

Mi tía Amparo, una mujer con gran capacidad empresarial, era la encargada de manejar la parte administrativa de la corporación. Yo era el responsable de la parte deportiva, por decisión de mi padre; el fútbol era una pasión que mi padre me había contagiado desde niño, pues don Miguel Rodríguez adoraba la camiseta del América de Cali, y en cierta manera explicaba su filosofía de vida.

América de Cali representaba el clamor popular; era el medio de expresión de los que no tenían nada, el campeón de los desposeídos. El mecenazgo de mi padre en el fútbol colombiano duró desde 1980 hasta cuando perdió su libertad.

Siempre se dijo malintencionadamente que nosotros habíamos utilizado la institución para

lavar dinero. Nada más falso. Nos movía una pasión llamada “la mechita”. Algo que se lleva grabado en el corazón. Además, complementaba mi frustración de no haber sido futbolista, sueño que albergué desde niño, cuando veía jugar a mis ídolos, Diego Armando Maradona y Johan Cruyff.

Siempre he sido obsesivo en todo lo que he hecho en la vida. Eso lo heredé de mi padre, quien me repetía “el mundo no es de mediocres”. Esa máxima es muy evidente en el fútbol, deporte en el que “ganar no es todo, es lo único”. Y así es. En el fútbol nadie se acuerda del segundo puesto. Por eso, cuando acepté la misión me di a la tarea de investigar a profundidad los planes deportivos y sistemas de juego implementados por algunos equipos europeos, en particular de Holanda, Italia y España. Quería que América fuera el mejor equipo del mundo: por satisfacción personal, y para demostrarles a mi padre y a mi familia que ninguno de sus encargos me quedaría grande.

En respuesta a la llamada de mi tía, me dirigí a la sede administrativa de la Corporación Deportiva América, en compañía de Óscar Echeverri. Ubicada en un tranquilo barrio al norte de Cali, muy cerca de la tradicional avenida Estación, la sede del América ocupaba una agradable construcción de dos plantas, con patios interiores que le proporcionaban una excelente ventilación. En cuanto llegué subí al segundo piso, donde me esperaba mi tía. La reunión tenía como objetivo concretar la negociación con el equipo Oporto de Portugal para la transferencia de Jorge Hernán Calarcá Bermúdez, jugador colombiano, quien se desempeñaba como defensa, no sólo del equipo sino también de la selección de Colombia, y estaba en el mejor momento de su carrera profesional. Después de esta reunión tuve otra con el presidente y demás directivos de la institución para discutir algunos asuntos pendientes del equipo profesional.

Al terminar con la agenda de la mañana, invité a almorzar a mi primo Mauricio y a Nicol Parra, mi amigo del colegio, a un restaurante cercano, el Rodizio. Nicol, quien por cosas del destino, terminó siendo el jefe de seguridad de mi padre cuando la guerra con Pablo Escobar, me comentaba de manera oportuna y sin el consentimiento de su jefe —mi padre— el desarrollo de los acontecimientos que tenían que ver con ese conflicto que de una u otra manera me afectaban. Sus infidencias, sin embargo, ponían en riesgo la seguridad de toda la familia.

Quedamos Nicol, el Gordo Óscar y yo. Le pedí al Gordo que llamara a Juan Carlos Delgado, un teniente retirado del ejército, quien también estuvo al servicio de la seguridad de mi padre y ahora estaba conmigo. Juan Carlos me ayudó mucho en Bogotá cuando estuve haciendo, por petición de mi padre, *lobbying*. Era un hombre leal a nuestra causa; nos volvimos muy buenos amigos, luego de compartir momentos difíciles corrompiendo conciencias en el Congreso de la República.

Nicol me pasó el teléfono para que lo convenciera de que nos viéramos en el restaurante. Juan Carlos departía en ese momento con su novia, hecho que daría origen a uno de mis mayores remordimientos. Ese día lo obligué involuntariamente a tener un encuentro con la muerte. Cuando él sugirió que nos viéramos más tarde, como era viernes y yo quería pasar un momento agradable con mis amigos, cambié el tono cordial de una invitación y le ordené que acudiera al restaurante. Juan Carlos tuvo que obedecer.

El hermano menor de Nicol, Fernando Parra, me acompañaba como conductor y escolta sin arma, puesto que para esa época el alcalde de Cali, Mauricio Guzmán Cuevas, quien más tarde sería destituido, había puesto en práctica el plan desarme por la violencia que vivía la ciudad, y que consistía en la suspensión por parte del Ejército Nacional de los salvoconductos que autorizaban el porte de armas.

Nos disponíamos a salir de la sede del América sin sospechar lo que el destino nos deparaba. Mi primo Mauricio recibió una llamada que lo hizo desistir de la invitación, por lo que nos despedimos allí mismo.

Nunca se me olvidará que al salir de la sede y ya en mi vehículo, un hombre en una motocicleta de bajo cilindraje me miró fijamente y partió de manera apresurada. Ese campanero era la punta del iceberg. La base era el resto de movimientos que se estaban desarrollando militarmente para una acción como la que me esperaba, en la que se incluían planos de la ciudad, rutas de escape y, en caso que fuera necesario, munición a tope para un gran enfrentamiento.

Su misión consistía en tomarnos por sorpresa. Para ello se tenían que mover de acuerdo a como nosotros nos moviéramos, por lo que sus sistemas de comunicación y seguimiento deberían ser perfectos. El plan consistía en asesinarlos para debilitar a mi familia militar y políticamente: la misma estrategia que en su momento había utilizado Pablo Escobar en la guerra de carteles entre Cali y Medellín a finales de los noventa.

No eran momentos fáciles para mi familia. Sus dos máximos líderes estaban tras las rejas, lo que nos dejó desguarnecidos y a merced de los vientos que por la lucha del poder soplaban desde el Norte del Valle.

Tampoco era fácil sobrellevar una vida tranquila. El hecho de tener el apellido Rodríguez en los momentos de bonanza me dio poder y amigos, pero en el momento de problemas, la mayoría huyeron a sus trincheras de papel, acusando a quien en algún momento les sirvió. Eso fue una gran enseñanza que me ha permitido comprender que el poder y el dinero son efímeros.

Pero en esa época no veía las cosas de esa manera. Me sentía en la cima, mi ego estaba engrandecido porque tenía lo que la mayoría de los hombres buscamos: poder y reconocimiento. Llegué ilusamente a considerarme una especie de superhombre que todo lo podía, y lo peor, con ínfulas de una inmortalidad carente de toda lógica y que a la larga me llevaría a cometer los peores errores de mi vida, como lo hicieron mi padre y mi tío por creerse intocables. Jamás pensé que el día iba a llegar: la muerte es repentina y llega sin excepciones.

Una vez en el restaurante, nos ubicamos en una mesa rectangular dispuestos a disfrutar de una buena carne y los entremeses del Rodizio. Estábamos departiendo y conversando animadamente. El local se encontraba abarrotado por su habitual clientela. Por casualidad, también estaban almorzando en el restaurante mi tía Amparo, sus dos hijas y su cuñada Ana Milena, que se desempeñaba como asesora en el América. Ellas, afortunadamente, ocuparon otra mesa desde donde nos podíamos cruzar miradas que nos hacían sentir seguros.

Mientras disfrutábamos del almuerzo, el tiempo se pasaba en hablar de trivialidades y anécdotas de nuestras vidas, que, vistas por el retrovisor de los recuerdos, habían cambiado de manera drástica. Hubo muchas risas, estimuladas con los comentarios acerca del buen desempeño de nuestro equipo del alma.

En uno de esos momentos en los que la sensación placentera generada por la risa desciende a la sensación cruda de la realidad, me di cuenta de que cuatro tipos se encontraban en idéntica condición, distantes un par de mesas de la nuestra, en sentido contrario a la de mi tía. Aparentemente almorzaban, y de vez en cuando miraban hacia nuestra mesa, tal vez, creía yo, tratando de reconocer a alguno de mis acompañantes.

Fue un instante, un momento, una eternidad; eso jamás se sabe. Rápidamente cualquier voz, cualquier ruido me sacaba de lo que podría ser el camino claro y diáfano de la intuición; el camino que pudo haber sido la salvación de todos si no hubiera vacilado y no hubiera negado en ese mismo instante que era algo exagerado lo que estaba pensando. Su forma de vestir, los

zapatos azules de uno de los comensales y el hecho de verlos concentrados pidiendo sus platos al mesero, disiparon mis sospechas, por lo que de nuevo volví a compartir las risas y la jugosa carne que mis amigos decían estaba más deliciosa que nunca. Mientras daba cuenta del delicioso lomo tres cuartos, a la entrada del restaurante llegaban dos camionetas blancas con seis hombres fuertemente armados que se identificaron ante mis tres escoltas como miembros de la Policía Nacional. En vista de tal identificación, mis escoltas no opusieron resistencia alguna. Cuando los sicarios se aseguraron de que ninguno de estos tres hombres tenían armas, procedieron a ejecutarlos uno a uno de un tiro certero. Usaron pistolas 9 mm con silenciador, lo que impidió que nosotros, en medio del gozo, escucháramos las detonaciones.

Era la una y cincuenta y cinco de la tarde, exactamente, hora en la que hice mi última llamada antes del atentado. Llamé a mi esposa, quería saber si ella y mi preciosa hija habían almorzado; parecía que la compota del desayuno le había producido reflujo. Recibí buenas noticias; los dos amores de mi vida estaban bien, por lo que, sin saber el porqué, le dije:

—Las amo, y cuida mucho a mi hija.

—¿Te pasa algo, amor? —me preguntó mi esposa, quizá sorprendida ante tal comentario.

Sólo respondí que quería escucharla. —Acuérdate que siempre te llevo en mi corazón.

Mi esposa, comprensiva y amorosa como siempre, se despidió con un “te espero más tarde...”, momento que nunca llegó. Apenas colgué, como si fuera el santo y seña y con precisión de relojero, los cuatro sicarios de la mesa que se me hacía sospechosa se pararon, sacaron sus armas y gritaron: ¡Quieto todo el mundo, que nadie se mueva!

En ese momento pensé que habían llegado por mí para secuestrarme.

Dos se quedaron parados cuidando las espaldas de los dos ejecutantes; los otros dos se acercaron a nosotros y uno de ellos dijo:

—¡Ahí está, el hijueputa de blanco!

El de blanco no era yo, yo estaba de verde, el de blanco era Nicol.

La excusa que los señores del cartel del norte del Valle dieron era que había sido una equivocación, que no sabían que yo estaba ahí. Pero cómo no lo iban a saber si me habían seguido desde que salí de las instalaciones del América de Cali.

La estrategia de este nuevo cartel, que emergía como el más poderoso del país y que era dirigido por Orlando Henao y Efraín Hernández, don Efra, era debilitarnos, asesinando a los dos jefes de seguridad de mi padre y de mi tío. Prueba de ello era que el día anterior habían asesinado a Edgar Veloza, alias el Mono, hombre de confianza de mi tío en la guerra contra el cartel de Medellín.

Las estructuras criminales subsisten y pueden trabajar en la ilegalidad porque cuentan con hombres dispuestos a seguir órdenes sin preguntar el porqué, como es costumbre en cualquier ejército. Nicol no era la excepción. Era uno de los hombres que conocía y dirigía nuestro aparato militar, y como tal, decidido a dar y tomar vidas a cambio de dinero.

Cualquier organización se hace fuerte cuando tiene capacidad de reacción y para eso debe tener en sus filas a hombres decididos como Nicol, dispuestos a acabar con el que sea, con tal de mostrar fidelidad al patrón. Por eso matar a Nicol era la prioridad número uno de nuestros atacantes.

Supongo que los sicarios llamaron e informaron a sus jefes antes del atentado y les informaron que yo también estaba ahí. Estoy seguro que don Efra y Orlando Henao, sin pensarlo dos veces, dijeron “hágale”. Yo movía en ese momento el poder político del llamado cartel de Cali.

Los sicarios comenzaron a disparar. Instintivamente me paré con los brazos abiertos logrando

detener los tiros que iban hacia mi cabeza. La inercia de los disparos me lanzó hacia atrás. Caí sobre una mesa que, al voltearse, se convirtió en mi escudo.

Ya en el piso, seguí escuchando los disparos. Óscar trató de pararse, pero el tipo de los zapatos azules lo remató con un tiro de gracia. A Juan Carlos le pegaron un tiro que le perforó la aorta; se desangró inmediatamente y su sangre llegó hasta mí, lo que hizo creer a los sicarios que yo estaba muerto. Tirado en el piso, sólo veía los pies de estos hombres; el que más se movía de un lado para el otro era el de los zapatos azules.

Dispararon 95 vainillas de pistola. Me pegaron un tiro en la muñeca izquierda, otro en el antebrazo derecho, dos en el abdomen, uno en la ingle, otro en la rodilla y cuando iba cayendo me pegaron dos más, uno en la parte de atrás de la pierna izquierda y otro me rozó el muslo de la pierna derecha.

Ese corto momento fue una eternidad. La vida pasa en un segundo. Recordé las cosas malas por las que tenía que arrepentirme y, como si fuera un milagro, después de hacerlo me conecté por un segundo con algo que jamás podré explicar: un momento de paz, tranquilidad y alivio que fue interrumpido por unos gritos ahogados.

¡Lo mataron! ¡Lo mataron!

En el andén, la sangre seguía buscando salida y cuando sentí que no podía más, como si fuera un milagro, aparecieron los dos policías en moto; algo extraño cuando se lleva a cabo un operativo de tal magnitud. Una parte fundamental del éxito de un operativo es garantizar que las autoridades no aparezcan mientras se esté realizando. Pero ese día no me tocaba morir, y cuando vi al policía mi primera reacción fue darle mi nombre y pedirle que se quedara a mi lado. Cuando me llamó jefe, sentí tranquilidad. No porque fuera su jefe, sino porque sentí su respaldo, aunque también sentí que estaba en las últimas. Por eso le dije: “Me voy a morir.” El agente, con unas palabras que me sonaron lo más amable que había escuchado, me contestó: “¿No tiene por quién vivir?” De nuevo pensé en mi pequeña hija, en mi esposa, en lo que quería hacer de mi vida si me salvaba. Pero la ambulancia no llegaba; llegaron los periodistas.

Cerca del restaurante, cubriendo el fallecimiento del dirigente deportivo Alex Gorayeb, había mucho reporteros, quienes reaccionaron al alboroto de la impresionante balacera y arribaron para grabar las imágenes que dieron la vuelta al mundo en el momento.

Ese ángel guardián siguió a mi lado hasta que llegó la ambulancia, lo que implicaría otro grave problema, peor que el mismo atentado.

El hermano menor de Nicol, Fernando, había quedado vivo a pesar de haber recibido un tiro en la cabeza. Como no teníamos carné de afiliación, la política de la compañía de ambulancias consistía en llevar al hospital a la persona que estuviese más grave. Sólo querían llevarse a Fernando. Entonces entré en cólera y les grité:

—¡Llárame a ese hijueputa de la ambulancia!

A pesar de las heridas y la pérdida de sangre, cuando llegó lo encuellé y le dije:

—¡Yo me puedo salvar, móntame!

Entonces montaron a Fernando en la camilla y a mí me ubicaron al lado, donde se sientan los acompañantes. Las camillas de las ambulancias tienen una especie de agarradero a los lados; me aferré a uno de ellos como si fuera mi salvación, acompañado por el policía que me trataba de tranquilizar diciéndome que no me preocupara, que estábamos cerca del hospital.

Después mi esposa me contó que entre los disparos, la muerte de mis amigos, la bajada al andén y la llegada al hospital pasaron cinco minutos; para mí, una eternidad. Antes de desmayarme, alcancé a pedirle perdón a Nuestro Señor de Buga por no haber ido a visitarlo ese

viernes. Me sentí mal; la noche anterior le había hecho la promesa y ahora mi vida estaba en sus manos.

Me llevaron desmayado a la sala de urgencias. Un par de semanas antes yo había estado recluido en ese mismo centro asistencial a causa de un ataque de amebas. En esa oportunidad me había atendido el médico cirujano e internista Álvaro Mejía. Gracias a Dios, el galeno Mejía, que conocía mi historial clínico, estaba presente cuando llegué desmayado. Debido a que había perdido más de dos litros de sangre, el doctor Mejía me anestesió inmediatamente y comenzó a luchar contra reloj para salvarme la vida.

Mientras tanto, en el restaurante Rodizio la Fiscalía entregaba el resultado final y macabro del levantamiento de los cadáveres: noventa y cinco vainillas de pistola 9 mm habían sido disparadas. Treinta y dos impactaron el cuerpo de Nicol Parra, diez en la humanidad de Óscar Echeverri, siete en la vida de Juan Carlos Delgado y ocho en mi existencia.

Mientras me debatía entre la vida y la muerte, mi conciencia deambulaba por valles y montañas, recorriendo sitios que alguna vez mi padre y mi tío describieron como sus lugares de nacimiento, donde pasaron una infancia llena de situaciones difíciles, lo que fue la causa de que se convirtieran en lo que luego todo el mundo conoció como los grandes capos, los jefes del cartel de Cali.

2

Los inicios

Entre valles y montañas, mi abuelo Carlos Rodríguez, era pintor de brocha gorda. Su especialidad era pintar iglesias de pueblos. No fue un hombre de profundas convicciones. Sus acciones estaban más del lado profano que del sagrado y su vida, en cierta medida, era la de un nómada, razón por la que mis tíos y mi padre nacieron en diferentes ciudades de Colombia.

Mi abuelo, además de jugador, era aficionado al licor. Lo que ganaba lo gastaba en esos dos vicios. Esto generaba continuas crisis al interior de su familia compuesta por mi abuela Rita y sus seis hijos, quienes rápidamente tuvieron que despertar a una realidad de abandono, hambre y maltrato.

Mi tío nació en 1939 y mi papá en 1943. Su niñez estuvo marcada por grandes hechos como la muerte del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, que desató la guerra entre liberales y conservadores, lo cual fue el inicio de un período conocido como La Violencia en la historia de Colombia. La Violencia, que se desarrolló particularmente en los departamentos del Tolima y Valle, se caracterizó por las matanzas y los desplazamientos obligados por bandas de gatilleros, hoy llamados paramilitares. Los gatilleros trabajaban para los gobiernos godos, sin ser reconocidos legalmente. Estas bandas se autodenominaban Chulavitas, por su origen en una vereda al norte del departamento de Boyacá, y Pájaros, en el Valle.

Los Pájaros, comandados por el legendario León María, alias el Cóndor, y su secuaz, el Chimbilá, amenazaban de muerte a los finqueros liberales, a quienes obligaban a abandonar sus tierras. Esto trajo como consecuencia un masivo desplazamiento de campesinos hacia los centros urbanos.

Los Pájaros aprovechaban esta situación y, valiéndose de argucias legales, compraban las tierras a bajo costo y en complicidad con ejecutivos de la Caja Agraria, un banco del estado, obtenían los títulos que los acreditaban como dueños de grandes extensiones de tierra.

Tanto el desplazamiento y la usurpación como la violencia, mi padre y mi tío la vivieron al interior de su hogar por partida doble. Una, proveniente del maltrato generado por mi abuelo Carlos, y la otra, la que se generaba a su alrededor.

En ese ambiente, mi tío Gilberto, el mayor de los hermanos, a los diez años de edad tuvo que dejar sus estudios y salir a la calle a ayudar a mi abuela Rita para buscar el sustento diario para sus hermanos. Empezó vendiendo floreros en las ferias de los pueblos. Una tarea artesanal en la que trabajaba toda la familia: unos recolectaban botellas vacías, otros las cortaban, mi papá, que es brillante con el dibujo, las pintaba, y mi tío Gilberto salía a la calle a venderlas.

Esa actividad le dio poder a mi tío frente a mi abuela y frente a sus hermanos. Un día, cansado del maltrato, le dijo a mi abuelo Carlos: “Por aquí no podés volver”. El abuelo intentó levantarle la mano, pero mi abuela apoyó a mi tío, y entre los dos echaron a mi abuelo de la casa.

Ese hecho marcaría profundamente el destino de mi tío. Desde ese día cargó con la

responsabilidad de la familia. Los psicólogos lo llaman *parentificar*, que define la conducta de un menor que asume las responsabilidades de los padres, lo cual le genera una fuerte neurosis, que tiene que expresar de alguna manera.

Luego de trasladarse a Cali, mi tío consiguió trabajo como mensajero en una farmacia. El hecho de estar por todas las calles de la ciudad lo llevarían a conocer una variedad de negocios sucios que empezaban a tomar fuerza en las ciudades y para los que mi tío era un imán; entre la mensajería, la piratería terrestre y los ahorros, montaría su propia farmacia.

Siguiendo el instinto de negociante nato, en su pequeña farmacia, y con la experiencia obtenida en los diferentes pueblos por donde tuvo que pasar, inventó todo tipo de jarabes y brebajes, para todo tipo de afecciones. Vendiendo jarabes fue que mi tío se dio cuenta del potencial que había en este mercado farmacéutico, al cual siempre le apuntó. Además descubrió que podía conseguir muchos productos que no eran de venta libre y venderlos entre los amigos de la noche y la rumba. Esa mentalidad, unida a su deseo profundo de darles educación y estudio a sus hermanos menores, lo llevarían a terminar metido en la piratería: robaban medicamentos para luego venderlos en su farmacia.

A raíz de la conformación del Frente Nacional como resultado del acuerdo de paz entre liberales y conservadores, muchos Pájaros que quedaron sin trabajo y se dedicaron a lo único que conocían: conformaron bandas delincuenciales dedicadas al robo, secuestro y, en el caso de mi tío, a la piratería terrestre. Estas bandas —las que sobrevivieron— se transformarían en las primeras organizaciones mafiosas del Valle del Cauca, que tomaron como ejemplo a las organizaciones de los esmeralderos.

Como segundo productor de esmeraldas en el mundo, en Colombia, al lado de la explotación legal, existían los llamados “basureros de las minas”, que pasaron a ser los primeros focos de robo continuado, corrupción y mafia. Las actividades de estos grupos, controlados por el ejército, traerían a la región asesinatos, violencia y prostitución como consecuencia del gran flujo de dinero en efectivo.

Se empezaba a hacer evidente, con el beneplácito del Gobierno, el delito más dañoso que ha tenido nuestro país: la corrupción. Los políticos compraban los cargos de auditores de las minas, donde estaba realmente el dinero, sin importarles lo que eso pudiera generar al interior de la sociedad colombiana, que despertaba de la violencia a un momento de paz en el que lo importante era lograr vivir bien.

A la par de estas mafias de esmeralderos comenzaron a nacer las de la marihuana, primero, y más tarde la de la cocaína. En sus inicios estos negocios eran patrocinados económicamente por políticos de las regiones, particularmente en la costa norte colombiana.

Luego de que estas mafias adquirieron su propia dinámica productiva y Estados Unidos llamó la atención, los mismos políticos que las habían auxiliado trataron de combatirlos, pero ya era demasiado tarde. El negocio se había disparado como una alternativa económica para un nuevo grupo social emergente con profundos deseos de ascenso en la escala social.

Como consecuencia del ejercicio del negocio, las mafias modernizaron sus métodos. Unos con violencia, otros con corrupción, penetrando su poder en los partidos políticos, estamentos sociales, fuerzas del orden e, incluso, movimientos revolucionarios.

En ese ambiente que vivía el país, y buscando cómo sacar a su familia de la miseria, fue que mi tío Gilberto conoció a un personaje que marcaría su destino: Chepe. Éste recién llegaba de Estados Unidos con la idea de entrar en un negocio millonario que había conocido.

Chepe, con su carácter jovial y aventurero, le propuso a mi tío el negocio que, según él, y el

tiempo le daría la razón, era el negocio del siglo: llevar cocaína a Estados Unidos. En vista de las cifras que Chepe le escribió en una servilleta, mi tío no se negó.

La cocaína es un derivado de la hoja de coca, de la que muchas tribus indígenas se valieron para obtener la fuerza “espiritual” para enfrentar a los invasores españoles, fuerzas extrañas que, además de robarse su oro, los querían esclavizar.

Chepe le puso como ejemplo a un tipo que se estaba llenando de dólares con ese negocio: Roberto Suárez Gómez, el primer narco boliviano. En Bolivia, donde para los indígenas la mata de coca es sagrada, comenzaría la producción de sulfato de cocaína en laboratorios improvisados en la región del Beni. En esa época un kilo de sulfato de coca tenía un precio de 1,800 dólares. Luego, con la llegada de los colombianos al negocio, pasaría a costar entre 7,000 y 10,000 dólares, lo que permitió a Suárez Gómez llenar sus arcas.

Mi tío Gilberto y Chepe decidieron hacer su primer viaje, con su primer kilo, que para la época, era una gran cantidad. El viaje lo hicieron a través de Centroamérica. La ruta escogida fue Panamá, Costa Rica, Honduras, México y Estados Unidos. Llegaron a la frontera de Texas con el kilo, ignorando que la región era dominada por Pablo Acosta, antecesor de Amado Carrillo Fuentes. Si Acosta los descubría, sería mejor que los descubrieran las autoridades, que para la época, aún eran laxas e ingenuas. En particular con los colombianos, que no gozaban aún con la fama internacional de narcotraficantes.

Un mes después de haber salido de Cali, los dos socios llegarían a Nueva York donde se sorprenderían con el valor de venta. La sociedad norteamericana estaba ávida de drogas, y la cocaína, por supuesto, se perfilaba como la reina. Un kilo se vendía en la ciudad de Nueva York entre 50,000 y 60,000 dólares. En el argot de los narcos siempre se dijo que lo importante era el primer kilo; de ahí en adelante, lo que viniera. Y después de ese primer kilo, el narcotráfico se convirtió en la principal actividad de mi tío, que comenzó a perfeccionar dividiendo labores: unos a comprar el sulfato en Perú o Bolivia, otros a transportarlo, mi padre se encargaría de convertirla en clorhidrato de coca en pequeños laboratorios. La coca era transportada a Estados Unidos en miles de formas, en donde unos se encargaban de distribuirla al por mayor y otros la vendían al por menor, hasta llegar por gramo a las discotecas, los bares y los clubes nocturnos de las grandes ciudades para paliar la frustración de una sociedad que acababa de vivir el revés de la guerra de Vietnam.

Con la división de responsabilidades se echaría a andar la empresa más grande de narcotráfico a la que mi tío y luego mi padre, proyectarían como una multinacional, similar al negocio del *whisky*. Ambas actividades se organizan con proveedores, producción estandarizada y excelentes canales de distribución. La diferencia es que una es legal y la otra no, aunque ambas tienen consecuencias nefastas. Desde el punto de vista moral, encuentro poca diferencia entre el *whisky* y la cocaína; el consumo de alcohol representa el primer factor de riesgo de muerte en América, constatado por la Organización Mundial de la Salud.

Con el poder que iba ganando, producto de las ganancias del negocio, mi tío quiso seguir manejando la vida de sus hermanos, trazando una pauta: el conocimiento traería progreso. Mi papá, gracias a eso, estudió el bachillerato en uno de los mejores colegios de Cali: el Santa Librada. Mis tías llegaron a ser profesionales con la idea de no repetir la experiencia de mi abuela. Luego mi padre entraría a estudiar Derecho en la Universidad Santiago de Cali. Mi tío tenía todas las esperanzas en que su hermano fuera un gran jurista, transfiriéndole un frustrado sueño que tuvo que dejar cuando asumió la responsabilidad de velar por el bienestar de los suyos, que en realidad era el deber de mi abuelo.

Según la época, la vida universitaria, los cambios sociales, la bohemia, mi padre se prefiguraba como un dirigente con ideas de izquierda, pero hubo algo que lo desvió de ese idealismo político y lo puso en la palestra de la realidad: se enamoró de mi madre. El casamiento con ella sin la bendición del patriarca de la familia, mi tío, causó que entrara en desgracia. Mi tío respondió a esa afrenta a la autoridad echándolo de la casa, lo cual dejó a mi padre en una penosa situación económica.

3

Mi rapto

En Colombia, el *boom* de los años sesenta afectó a la sociedad, que no contaba con los elementos necesarios para asumir un cambio cultural. Los jóvenes no encontraron los espacios que necesitaban para expresar y desarrollar sus sueños, e, influenciados por los pensamientos de igualdad divulgados por el socialismo, mostraron su inconformismo por diferentes medios. Surgieron grupos guerrilleros de izquierda y movimientos pacifistas que propugnaban una revolución cultural en las artes y los medios audiovisuales. Otros, más osados, se atrevieron a cambiar los ordenamientos sociales, usufructuando del llamado dinero fácil obtenido por medio del narcotráfico.

Mi tío y mi padre vivían en un entorno bohemio, en contacto con intelectuales, los que enriquecían los ideales que habían heredado de mi abuelo paterno, un liberal arraigado en una época, como ya dije, dominada por los conservadores llamada La Violencia. En este ambiente de cambio, mi padre y mi tío, como muchos otros, decidieron retar a la burguesía tratando de conseguir la igualdad social a como diera lugar, lo que dio origen al nacimiento de una casta emergente. Los integrantes de esta casta, que venían del campo, no eran proletarios; eran ricos sin ser burgueses; sus fortunas no procedían de sueldos ni de herencias familiares. Su riqueza era producto de un negocio no legalizado y que, como tal, fue admirado y aceptado por quienes de alguna manera se beneficiaron de él, logrando llenar espacios que el Estado, en su visión amañada, no logró ocupar.

Mis papás se habían casado por la Iglesia, pero su matrimonio estaba destinado al fracaso desde el comienzo. Mi padre y mi madre eran de temperamento muy fuerte, lo cual, en conjunto con el ambiente de licor y rumba en el que se movía mi padre, hacía difícil que formaran un hogar en donde hubiera algún tipo de estabilidad.

Mi padre trabajaba en Avianca, como auxiliar de vuelo. Los complicados horarios en la empresa aérea lo colocaron en una disyuntiva: o dejaba el estudio o dejaba el trabajo. Ya venía yo en camino, y eso a él le atormentaba.

Cuando nací, mi padre me llevó a casa de mi tío para que éste me conociera. Seguramente le caí en gracia, porque no sólo le pasó la cólera que sentía contra mi papá, sino que se autonombró mi padrino. Mi tío perdonó a mi padre y lo invitó a trabajar con él en la droguería Monserrate, que era de su propiedad. En vista de que la situación económica era cada vez más angustiosa para mi padre, aceptó la oferta de mi tío. Desde ese día, mi papá y mi tío volvieron a ser inseparables.

Mi padre arrendó una casa por la avenida Circunvalar, donde vivíamos él, mi mamá y yo. Al comienzo, recuerdo, fuimos felices pero luego, por influencia de sus amigos de la universidad, mi padre no pudo dejar la bohemia; salía un día y regresaba a la semana siguiente.

Las discusiones en casa eran frecuentes. Yo no entendía por qué tanto grito. Nuestra

convivencia se volvió tormentosa. Fui testigo de muchos encuentros violentos. A veces me refugiaba en un rincón y me tapaba los oídos para no escuchar. Otras, armaba un drama para poder detener los momentos tan desagradables que vivía.

Mi madre siempre se cuestionaba no haberle hecho caso a su papá, quien le advirtió muchas veces que no se metiera con ese tipo de hombres. A mi abuelo materno, Manuel Antonio Abadía, un hombre correcto, hecho a pulso y quien había forjado una pequeña fortuna en el sector del transporte, le disgustaba el entorno en el cual se movía mi padre. Siempre se opuso a esa relación, sabía que no era lo mejor para su hija, pero la rebeldía de mi madre pudo más que la razón.

Antes de cumplir cinco años, me detectaron un problema en el riñón izquierdo: se me estaba atrofiando y era necesario extirparlo. Se programó la operación para el 2 de agosto de 1970, dos días después de mi cumpleaños, que me celebraron como si fuera el último. La operación se llevó a cabo en el Hospital Departamental de Cali, por medio de las manos prodigiosas del doctor Henry García. Estuve veintisiete días en recuperación, pero el doctor García me salvó la vida. Irónicamente, tengo recuerdos buenos de este hecho traumático: fue la única época en que vi juntos a mis padres como pareja luchando por la vida de su hijo. Desafortunadamente ya existía mucho rencor en el corazón de mi madre, y mi padre estaba totalmente inmerso en la vida bohemia.

Las agresiones continuaron. A pesar de que era consciente de que mi padre podría tener una reacción violenta, mi madre ideó un plan para dejarlo, conseguirse otra pareja y darle una estocada final quitándole lo que tal vez él más apreciaba en ese momento: su hijo. Fue implacable en su venganza: no decidió recurrir a una terapia de pareja ni separarse por “diferencias irreconciliables” tras llegar a un acuerdo. No, mi madre decidió raptarme para saldar sus cuentas con mi padre. Lo hizo para darle una lección a él, pero creo que el más afectado de esa acción intrépida, fui yo.

Y sin saberlo, fui su cómplice. Se lo oculté a mi padre. Nunca se lo dije, por lo que en este momento quiero exorcizar el dolor que llevé guardado por muchos años en mi corazón y que afectó, en cierta medida, mi carácter.

Recuerdo que mi padre, cuando salíamos a comer helado me decía: “Algo pasa, ¿qué es lo que pasa?. Cuéntame”. Muchas veces me recogía y me llevaba donde mi abuela paterna y me volvía a preguntar: “¿Dónde está mamá? ¿Por qué no la he vuelto a ver?”.

La verdad es que sí, muchas cosas estaban pasando, como por ejemplo, que mi madre tenía un plan para sacarme de Colombia. Falsificando la firma de mi padre, había logrado conseguir un permiso falso en una notaría en el que se me autorizaba para salir del país. Y para poder sacarme sin despertar sospechas, mi madre viajó a Chicago tres meses antes que yo; la que me llevó hasta allá fue una de mis tías, con la autorización falsa de mi padre.

La pregunta que luego me haría es por qué le mentí a mi padre, siendo tan niño yo y él tan especial conmigo. La respuesta la encontraría en la soledad de una ciudad tan grande como Chicago: simple solidaridad con la madre, con la persona que me trajo al mundo: al ver su sufrimiento, me solidaricé con ella y, por lealtad, le mentí a mi padre.

En mi confusión por querer olvidar, recuerdo que mis asombrados ojos veían un atardecer de una hermosa ciudad al costado del lago Michigan. Me explicaron, y por muchos años creí, que el mar era un lago. Los edificios altos y medio oscuros me intrigaban; me preguntaba cuál sería mi verdadero destino; cerca del vapor de un espiral caliente miraba por una ventana de madera, cubierta por varias capas de pintura, cómo caía cada copo de nieve, que en mi desolado corazón

representaba cada día perdido de compartir con mi padre.

Recuerdo cuando entraba a los almacenes Kmart y corría a la sección de juguetes soñando con todos lo que veía a mi alrededor, escapando a mi realidad. Eran épocas de gran escasez, sobrevivíamos con el poco sueldo que puede ganar un indocumentado en este país, y mi único juguete era un hombre nuclear que me acompañaba a todas partes.

La primera relación que mi madre tuvo en Chicago también estuvo marcada por el constante abuso. La situación vivida con mi padre se repetía. Yo me sentía frustrado, y mi reacción fue encerrarme en el mutismo.

Estudiaba en una escuela pública mientras mi mamá trabajaba en factorías. En la escuela tuve muy pocos amigos, por no decir que ninguno. Gracias a mis ruegos, esa relación se terminó rápidamente. Luego comenzó otra en la que encontré la figura, más que de un padre, de un amigo que me hizo sentir seguro. Fueron los únicos momentos alegres en medio de mi tristeza por no tener a mi padre cerca. No entendía la razón por la que estábamos allá, pero era mi madre y, como buen hijo, pensaba que mi lealtad era con ella. Al fin, la penuria en que vivíamos hizo que mi madre recapacitara, y decidió que regresábamos a Colombia.

Después de seis años de ausencia, a nuestro regreso encontramos todo cambiado. Mi padre y mi tío habían escalado hasta el estatus de empresarios; sus negocios habían invadido uno de los sectores de la economía reservados para un exclusivo grupo de la burguesía, que nunca perdonó tal intromisión.

Mi tío había creado el Banco de los Trabajadores y el grupo empresarial Drogas la Rebaja, y había comprado otras droguerías. Además, había adquirido la cadena Grupo Radial Colombiano y la Financiera Boyacá. Eventualmente, Drogas la Rebaja sería administrado por mi tía Amparo y su esposo, Alfonso Gil.

Seis meses después de haber regresado a Cali, en 1978, tomé la iniciativa de llamar a las oficinas de Drogas La Rebaja para conseguir una reunión con mi tía Amparo. Mis primeros seis meses de regreso en Colombia los dediqué a aprender a leer y a escribir en español. Yo había ido a veranear con la familia de mi mamá, que es de Yotoco, un pueblo cercano a Buga. Allí, en una casa muy grande, vivían varias hermanas de mi abuela con mi bisabuelo. Y me gustó tanto ese lugar que le pedí a mi mamá que me dejara por un tiempo. Accedió y establecí una buena relación con mi bisabuelo; me encantaban las historias que me contaba. Siempre me ha gustado oír a los viejos. Me llevo mucho mejor con la gente mayor que con la gente de mi edad. Y fue en ese pueblo donde me consiguieron un tutor con el que aprendí a desenvolverme otra vez en la lengua española.

Medité mucho antes de tomar la decisión de llamar a mi padre. Sentía vergüenza por la traición que —pensaba yo— le habíamos hecho. Aunque mi mamá, mis tías y mi abuela insistían, no lo hice hasta ese día que, después de seis meses de vacaciones en Yotoco, me levanté con la intención de ponerle la cara, pasara lo que pasara.

La llamada fue divertida. Pregunté por mi papá y, después de que me aclararon que no estaba, me preguntaron que quién llamaba. Apenas dije William Rodríguez, su hijo, un silencio sepulcral se hizo al otro lado de la línea. La voz de mi tía Amparo, que me preguntó de nuevo que quién era yo, rompió el silencio. Conversé con ella, y de lo que más me acuerdo es de que me planteó ciertas condiciones para ver a mi padre.

Me citaron a su oficina. Ese día tenía puesto un jean y una camiseta roja. Lo esperé sentado en una silla de cuero; los minutos se hacían eternos para mí. Cuando finalmente apareció, mis emociones eran variadas. La primera, y que no pude reprimir, fue la de unas tercas lágrimas que

se escurrían por mis mejillas; nunca olvidaré esto.

Mi padre tampoco sabía qué hacer. No me veía hacía seis años, de los cuales había pasado dos buscándome. A causa de mi desaparición y del abandono de mi madre, a la que nunca perdonó, se había vuelto alcohólico. Creo que los hombres perdonamos todo, menos que nos quiten a nuestros hijos.

Me dijo que estaba grande. Yo no quería palabras, quería un abrazo, pero él siguió hablando y me ordenó que lo siguiera. Cruzamos la calle e ingresamos a otras oficinas de la Droguería donde sostuvimos una reunión con mi tío Gilberto que, igual que mi padre, me miraba de arriba abajo, con una expresión de sorpresa.

Sentí a mi padre diferente. No era aquel hombre que se desvivía por consentirme; aquel que me montaba en sus piernas para dejarme manejar el volante de su carro; aquel hombre cariñoso y amable. Era distante. Tal vez me juzgaba por lo que mi mamá le había hecho, pero creo era más porque las condiciones familiares habían cambiado y, a los doce años, tuve que empezar a tomar decisiones importantes en mi vida.

Mi papá y mi tío Gilberto me pusieron tres opciones sobre la mesa: vivir con mi abuela; vivir con mi tío Gilberto en Bogotá, donde él tenía otra familia organizada; o vivir con mis primos, la familia original de mi tío, en Cali. Yo quería vivir con mi padre, pero él también tenía otra familia y una nueva vida. Lo entendí de inmediato: no debía ingresar abruptamente a su hogar. Pero tampoco quería vivir con mi madre: le reprochaba el hecho de que me hubiera alejado de mi padre.

—¿Estás seguro? —me preguntó mi padre.

—Pero tampoco quiero vivir con usted —le respondí, pues él nunca me forzó.

Yo no conocía a su nueva esposa, y mis medio hermanos eran muy pequeños. No era lo mismo vivir con niños que vivir con mis primos de mi edad. Esa fue mi justificación, la verdad es que en el fondo no quería vivir bajo el mismo techo con la persona a quien juzgué equivocadamente como culpable de que el hogar de mi papá y mi mamá se hubiera destruido.

Era claro que mi tío Gilberto tenía una doble vida. Un hogar en Cali y otro en Bogotá. Su base era Bogotá, donde tenía los grandes negocios, el poder, la política; en Cali, donde residía mi padre, estaba la producción. Por eso tomé la decisión de ir a vivir con mi tía Mariela y mis primos, de los que tenía inmejorables recuerdos; mi tía me recibió como a un hijo más, y mis primos, como a un hermano.

Era tanta mi rabia acumulada contra mi madre que se lo conté sin aspavientos.

—¿Por qué?! —preguntó ella.

Guardé silencio, mientras ella continuaba con la cantaleta de que me estaban poniendo en su contra, cosa que no era verdad. Yo era quien había decidido ir a vivir con mis primos en casa de mi tía Mariela, la primera esposa de mi tío Gilberto.

En casa de mi tía compartía un cuarto con mi primo Humberto, con quien construí una fuerte relación; nos unimos mucho. Ser hijo único en un hogar es una vida solitaria. Cuando tienes hermanos hay actividades, vida familiar, se comparte, se convive, se es solidario: eso era lo que vivía con mis primos. Así nació mi gran afecto por esa casa.

Era un ambiente totalmente diferente al que había vivido en Chicago. Me gustaba, y a los doce años decidí que ahí era donde quería vivir toda mi vida. Una decisión tomada con componentes de alegría por parte de mi nueva familia y de reproche hacia mi madre a quien le reprochaba, en cierta medida, todo lo que me había hecho pasar en esos seis años que estuve en la fría ciudad de Chicago.

Fui muy feliz en esa casa. Encontré algo que nunca había tenido. Aunque no era su hijo, la esposa de mi tío, me crio con respeto y con normas; me enseñó a ganarme las cosas. Siempre fui buen estudiante, no el mejor, pero era bueno, y ella nos exigía a todos; era una norma. No podía perder una materia porque me quitaban lo que más me gustaba: el fútbol, ir al estadio.

En esa época me interesaba más el fútbol que las mujeres. Había que rendir y si al final del año perdía una materia, no iba de vacaciones. En el bachillerato perdí una sola vez, dibujo. En esa casa y con esa familia pasé los mejores años de mi adolescencia: la vida nos sonreía y nos sentíamos los más afortunados al tener unos padres trabajadores y entregados a las empresas.

Pero todo este paraíso cambió.

Mi segundo encuentro con la muerte

Después de que quedó claro dónde y con quien me iría a vivir, vendría la decisión de en qué colegio debería estudiar. Mi padre quería que estudiara en los mejores. Me presenté al Bennett y al Pío XII. Perdí los exámenes de admisión a propósito. Siempre fui uno de los más rebeldes en ese patriarcado y les demostré que, aunque siempre los respeté, nunca les tuve miedo y al final siempre me salía con la mía. Yo quería estudiar al lado de mis primos en el colegio de Coomeva, cooperativa donde mi tía Mariela era socia.

Al comienzo tras mi regreso de Chicago la relación con mi padre era fría, y lo único que nos unía era la pasión por el fútbol. Así como él había hecho su equipo, yo hice el mío, con la intención de emularlo. Armé en noveno grado del Coomeva un equipazo. Salimos campeones interclases, ganándoles a los de diez y once, y en el torneo Coca-Cola, que reunió a los colegios de la ciudad, quedamos campeones de entre veintisiete equipos.

Mi carrera en ascenso como jugador y organizador deportivo se vio truncada rápidamente cuando conocí a Adriana, una morena de piel canela y hermosa figura que me introdujo en el mundo de la pasión y luego en el drama de una relación asfixiante basada sólo en sexo, lo que me generó inconvenientes. Mi tía un día nos encontró y prudentemente me amenazó: si no le ponía límites a esa relación, iba a tener que hablar con mi papá para que me reprendiera o para que me fuera de su casa.

Intenté rebelarme, dispuesto, si era necesario, a enfrentar la autoridad de mi padre. Pero al poco tiempo pillé a Adriana con otro compañero del colegio, siendo mi primera tusa, mi primera decepción, mi primer gran dolor del que tuve que aprender que el capricho lleva a la ceguera y la ceguera al resentimiento. Al final, este hecho me ayudó a volverme a enfocar en seguir con mi sueño de ser jugador de fútbol profesional.

En esa época, ni mis primos ni yo, teníamos idea del negocio paralelo que tenían mi papá y mi tío. Siempre los vimos como unos prósperos empresarios que trabajaban duro para que nosotros, la familia, no tuviéramos que pasar las necesidades que ellos pasaron. Su preocupación constante era que estudiáramos y termináramos lo que comenzamos. Por eso me di cuenta que terminar el bachillerato era un buen paso en ese sentido, siempre queriendo agradar a mi padre. Tal vez él nunca se dio cuenta porque estaba muy ocupado buscando poder y riqueza.

Después de la muerte del ministro Lara Bonilla, el 30 de abril de 1984, ordenada por Pablo Escobar en represalia por revelarle al mundo su verdadera actividad, nos reunimos en familia para escuchar la noticia de que mi tío Gilberto viajaría fuera de Colombia. Se iría por un tiempo no determinado, él y su segunda esposa. La razón: querían descansar.

Por la noche en mi habitación mi primo Humberto y yo comentamos que ese viaje era muy raro. Mi tío jamás dejaba de trabajar; sus vacaciones duraban una semana a lo máximo e irse así, de un momento a otro, resultaba extraño. Llegamos a pensar que estaban en crisis matrimonial y

el objetivo del viaje era arreglarla. Jamás se nos ocurrió que la razón fuera la muerte del ministro Lara Bonilla.

Mi tío sabía que con ese acto demencial se vendría una avalancha en contra de todo lo que oliera a narcotráfico, y que con una orden de arresto emitida por Estados Unidos se potenciaría el peligro de ser extraditado. Además no quería un escándalo que le mostrara al mundo quién era realmente Gilberto Rodríguez en el mundo del narcotráfico.

Mi tío viajó a Panamá, donde se reunió con Gladys Miriam, su segunda esposa, y juntos viajaron a Madrid. Al principio trataron de conservar un bajo perfil, pero a medida que pasaban los meses y se enfriaban las cosas en Colombia, empezó a llevar una vida cómoda y notoria. Adquirió una propiedad en el sector exclusivo de La Moraleja y se paseaba por las grandes avenidas de Madrid en carros de gama alta, frecuentando sitios exclusivos.

Por cosas del destino, María Elia, esposa de Jorge Luis Ochoa Vásquez, uno de los líderes del cartel de Medellín en los años ochenta y noventa, que luego estuvo preso con mi tío en España, se encontró con Gladys Miriam en El Corte Inglés. Ese encuentro condujo a que mi tío y Jorge Luis comenzaran a visitar juntos lugares exclusivos en las noches madrileñas, gastando grandes sumas de dinero. Tales gustos dispendiosos llamaron la atención de las autoridades, que corroboraban los datos que llegaban de Estados Unidos acerca de la verdadera identidad de estos dos personajes que gastaban a manos llenas.

El 20 de noviembre de 1984, mi primo Humberto y yo nos enteramos de algo que nos era difícil creer. Las noticias escandalosas que llegaban de España nos confundían. ¿Cómo así que mi tío Gilberto era acusado de ser uno de los narcotraficantes más grandes y poderosos del mundo? No teníamos ni idea de que Estados Unidos lo pedía en extradición y, aunque lo afirmaban los periódicos, nos resistíamos a creer que fuera verdad.

Hablé con mi tía Mariela que al comienzo lo negó pero, periódico en mano, le pregunté de nuevo. Me dijo que era una confusión, que su exesposo había viajado a hacer unas inversiones inmobiliarias y lo habían confundido. Y que si quería saber algo más, le preguntara directamente a mi papá.

La pregunta que me hacía era por qué nunca nos habían dicho algo al respecto; si era así, para ellos que lo sabían, resultaba fácil, pero para nosotros, que habíamos construido un entorno social, con amigos y personas decentes, ahora seríamos tildados de delincuentes. No era fácil pasar del cielo al infierno de un día para otro.

Empezamos a analizar la situación: por un lado, personas bien educadas, que nunca se habían metido en nada ilegal y que para todo el mundo éramos hijos de empresarios prósperos de Cali; por el otro, las noticias que llegaban de España, especulaciones y acusaciones en contra de mi tío Gilberto. Nos impactó tanto la situación que llegamos a sufrir el síndrome de San Pedro al sabernos traicionados por nuestros padres. Entender el gran misterio guardado por años y que se revelaba ante nosotros con tanta claridad nos llevó al mismo punto: si tenemos nuestras familias y nuestras empresas, ¿qué vamos a hacer?, ¿a dónde íbamos a escapar?, ¿por qué teníamos que hacerlo? Tener lujos y comodidades no era delito, y menos ser hijos de Gilberto y Miguel Rodríguez Orejuela.

Después de mucho cavilar llegué a la conclusión que lo mejor sería cumplir con mi responsabilidad: entrar a la universidad y ser el mejor, como forma de demostrarle mi apoyo a mi padre en momentos tan duros como el que estaba pasando. Era lo que siempre se nos había pedido, y yo estaba dispuesto a hacerlo. Claro que cumplir con ese cometido sería el inicio de un vía crucis, cargando una cruz de la que hasta ese momento nos sentíamos exentos: la del estigma

que llegaba a nuestras vidas no por elección nuestra. Sin embargo convencí a mi primo para que le hiciéramos frente a la situación, y con la frente en alto seguimos para adelante.

Mi padre quería que estudiara Economía pero, debido a lo que estaba pasando con mi tío, decidí que mi carrera debería ser la abogacía; tal vez, de manera inconsciente lo quería emular para superarlo. Presenté examen y entrevista en la universidad, como todos, pensando que era lo mejor. Mi idea era que con la abogacía podría el día de mañana serles útil en esta lucha que apenas comenzaba.

Mi tío había sido privado de su libertad el 15 de noviembre de 1984, al salir de su casa en la calle General Oraá, en Madrid. Estados Unidos había enviado un requerimiento al gobierno español, por lo que la Interpol se encargó de realizar el operativo.

Mientras mi tío estaba a la sombra, mi padre quedó a cargo de todos los negocios lícitos e ilícitos. Una de las primeras decisiones que tomó fue cerrar una cantidad de empresas que no tenían proyección y eran poco rentables. Se enfocó en las más solventes y con mayor participación en el mercado, como las farmacias, los laboratorios farmacéuticos, emisoras de radio, entre otras, y su adorado equipo de fútbol América de Cali, su pasión. También en esa época nació la sociedad con Hólmer *Pacho* Herrera, el mayor distribuidor de cocaína en Nueva York, lo que permitió que las redes de distribución se ampliaran.

Mi padre, con lo obsesivo, meticuloso y disciplinado que es, se trazó como objetivo central liberar a su hermano de las garras de Estados Unidos. Para ello organizó el mejor equipo jurídico del país. Quería dar la batalla, al tiempo que quería mantener y hacer crecer el imperio de la familia Rodríguez. Menor que mi tío, había aprendido de él cómo aventajarse en los mejores negocios, una cualidad innata de mi tío que aplicaba en las empresas más rentables. La participación de él en Drogas la Rebaja, por ejemplo, era del setenta por ciento, mientras que a mi padre le correspondía el resto.

El líder del equipo jurídico era el doctor Álvaro Holguín, muy cercano a mi padre desde los días en que habían sido compañeros de estudio en el colegio Santa Librada de Cali. También formaba parte del equipo el hermano mayor de éste, el doctor Armando Holguín, quien había sido maestro de escuela de mi padre y que posteriormente fue constituyente y senador de la República.

Los Holguín fueron los encargados de trabajar, en conjunto con los abogados de España, para dar la lucha jurídica y lograr que la extradición de mi tío fuera a Colombia y no a Estados Unidos. Por esta razón tuvieron que abrirle cargos por narcotráfico en Colombia, con el objetivo que fuera solicitado por la justicia colombiana. En España había otro grupo de abogados liderados por los doctores Joaquín Ruiz y Carlos Cuenca; este último funcionaba más bien como un “lobista” de mucha confianza.

Mi tío tuvo que pasar 35 meses en dos centros de reclusión de España: en Meco, en Madrid, y en el puerto de Santa María. Por entonces tuve una conversación seria con mi padre, quien me dio una explicación más o menos clara de lo que estaba pasando. Su intención era seguir con las empresas. Aceptó que en el pasado habían hecho algunos negocios ilegales pero que ya no era así, y me convenció de que lo que estaba pasando con mi tío era injusto.

Como cursaba el primer semestre de Derecho, lo que me dijo mi padre me llenó de bríos para tomar la decisión de viajar a España y darle una voz de aliento a mi tío. No era para menos: esa injusticia que se estaba cometiendo con él, desde mi punto de vista, había que exorcizarla de alguna manera aunque fuera dentro de la familia.

Antes de ir a visitarlo a la prisión, sufrí un accidente en Madrid, en la residencia de la

Moraleja, cuando me dirigía a comer con mis primos Claudia Pilar y Juan Carlos. Al llegar a la puerta de hierro del condominio, ésta, por alguna razón, se desactivó. Al tratar de activarla de nuevo, introduje mi brazo izquierdo —soy zurdo— entre las rejas para alcanzar el botón de inicio. No calculé bien y en cuestión de segundos quedé atrapado entre las rejas y el muro de piedra. La puerta me quedó entre el hombro y la nuca y comenzó a estrangularme poco a poco; sus cadenas sonaban y no sabía cómo detenerla.

No podía respirar, sentía que la cabeza me iba a explotar. Pensé que iba a morir; perdí el conocimiento por un instante. Sentí que estaba en el aire, y sin explicación alguna, uno de los resortes se reventó por lo que salí expulsado de una manera extraña y caí al piso sin fuerzas. La presión reventó vasos sanguíneos en mi cara. Mi familia en Cali, después de saber que estaba fuera de peligro, bromeaba diciendo que estaba tan aburrido con la vida en España que intenté hacerme estrangular por una puerta de hierro.

Fue una experiencia muy dolorosa y traumática. El tiempo que no recibí oxígeno en el cerebro pudo haberme originado daños cerebrales irreversibles. Afortunadamente no fue así, y por eso recuerdo ese accidente como mi segundo encuentro con la muerte. El primero había ocurrido a los cinco años cuando me tuvieron que extirpar el riñón derecho, una de las primeras operaciones de este tipo que se realizaron en Cali.

Cuando visité a mi tío en la cárcel, después del accidente, quedó tan preocupado al verme la cara desfigurada y los ojos muy rojos que inmediatamente se comunicó con mi padre. Decidieron enviarme a Miami para que me realizaran exámenes médicos de todo tipo.

Mientras sucedían estos hechos, la sociedad de mi padre con Hólmer *Pacho* Herrera iba dando frutos. Tenían el mercado de Nueva York prácticamente controlado. Pacho realizaba una tarea de distribución extraordinaria, y mi padre, una perfecta de producción: la multinacional exportadora de cocaína se fortalecía a ojos vistas. En esa bonanza, mi padre viajaba constantemente a Bogotá de lunes a viernes. Se hospedaba en la suite presidencial del hotel Tequendama. Allí sostenía todo tipo reuniones con políticos, jueces, fiscales y empresarios. También sacaba tiempo libre para las reuniones sociales con personas de la farándula.

Fueron ríos de dinero los que circularon por la madre patria comprando conciencias a granel en todos los sectores sociales, particularmente entre gente de la aristocracia que se sabía que tenían influencia directa sobre los jueces. Se aprovechó el sentimiento antiyanqui que se respiraba en ese momento en España. Mi padre, después de un arduo trabajo en conjunto con los abogados, lograría un veredicto favorable de la sala de conflictos del Tribunal Supremo de España, que presidía el ilustre magistrado Antonio Hernández Gil.

El 27 de junio de 1986 llegó mi tío a la cárcel de Villahermosa, en Cali. Antes de ser recluido en ese centro carcelario, mi padre logró que fuera llevado a una casa para que todos lo pudiéramos ver y pasar con él un momento en familia. Fueron instantes emotivos para todos. Mi tío estaba tranquilo: salvarse de una extradición a Estados Unidos era para festejarlo las veinticuatro horas. Nos despedimos con lágrimas en los ojos, mientras él se mostraba optimista. Era ideal tener su nueva oficina temporal en Cali, rodeado de su familia, sitio donde podía continuar con todas sus actividades.

Los sábados teníamos que ir muy temprano a visitarlo. Llegábamos a hacer una larga fila, pues era una obligación presencial. Adentro del penal descubrimos que los murales hechos por diferentes artistas habían sido convertidos por mi padre y por mi tío en salas de espera de su corporación. Después de recibir a todos sus invitados, mi tío dedicaba una hora a la familia. Irónicamente nunca estuvimos en la lista de invitados; era más bien un requerimiento de mi

padre, que seguramente, en su mundo fantástico, pensaba que era importante que a mi tío lo visitara la familia.

Con su presencia allí, las murmuraciones en los patios era la presencia del señor Rodríguez, líder del cartel de Cali, uno de los dueños del América de Cali, equipo que había alcanzado reconocimiento nacional e internacional, ya que hasta ese momento había logrado cuatro campeonatos nacionales consecutivos.

Los internos se alegraron pues percibían que las condiciones en ese centro carcelario cambiarían. Muchos sabían que harían parte de la nómina de los Rodríguez, de la misma manera que muchos afuera sentían que con el reencuentro de los hermanos el imperio seguiría creciendo. Una realidad de la que nosotros no estábamos exentos pues nuestras mesadas subieron. También cambió nuestra seguridad: casi nula al comienzo, subió a dos guardaespaldas por cada miembro.

Mientras en la universidad leíamos desde teorías marxistas hasta las teorías más conservadoras de presidentes norteamericanos, los mismos norteamericanos no cejaban en su empeño de extraditar a mi tío a Estados Unidos. El proceso en Colombia por narcotráfico, el mismo que se logró abrir para poderlo extraditar de España a Colombia, seguía su curso, lo que empezaría a medir las fuerzas del poder.

Paralelamente, por gestión de mi padre, se trabajaba en los procesos políticos y jurídicos para hacer desaparecer la autorización de la extradición administrativa, que transitaba para la firma del presidente Belisario Betancur, por parte del Ministerio de Justicia. Para lograr un resultado positivo para mi padre y mi tío, hubo que buscar una reunión del Consejo de Ministros para que las fichas internas de mi padre detuvieran ese proceso.

Se logró que el presidente Betancur no firmara la orden de extradición. Los Rodríguez, 2; Estados Unidos, 0. Nuevamente mi padre salvaba a mi tío, demostrando que el método que empleaba era más eficaz que la fuerza y el terrorismo, mecanismos que Escobar empezaría a utilizar en contra de la sociedad colombiana.

Mi tío comenzó a asistir a las audiencias y a idear una estrategia para recuperar su libertad; finalmente fue condenado por narcotráfico por el honorable juez Tobías Iván Poso. Al cumplir su condena, mi tío intentó retomar el control total del manejo de los negocios, pero se toparía con una realidad: el poder y todos los contactos de la política, de las fuerzas del orden y del mundo del narcotráfico ya estaban en otras manos, las de mi padre, Miguel Rodríguez Orejuela.

No fui testigo de discusión alguna entre ellos por este cambio de poder, y nunca se escuchó algún comentario al respecto. Lo único que quedó claro era que mi padre era ya el número uno, que iba a continuar liderando toda la estructura de la organización y que no tenía pensado devolverle el mando a mi tío Gilberto. Mi padre le recomendó a su hermano concentrarse en recuperar su libertad y en enfocarse en los negocios legales como la cadena Drogas La Rebaja, los laboratorios Kresffor, las emisoras y, sobre todo, pasar más tiempo con la familia.

A pesar de estos cambios de jefatura, mi padre y mi tío siempre tuvieron y han tenido una relación muy estrecha, enigmática, que supera cualquier otra relación de lealtad y respeto que haya podido conocer. Mi padre veía a mi tío Gilberto como su padre, su líder natural, la persona que siempre admiró, su maestro. Por parte de mi tío, la gratitud eterna por haberlo salvado de la extradición a Estados Unidos desde España, logrando la hazaña de traerlo a Colombia, además de hacer crecer su imperio empresarial y económico, que los había vuelto más ricos y poderosos.

Es evidente que sus lazos se construyeron desde el seno familiar, y de alguna manera lo quisieron plasmar en nosotros. Su afinidad era producto de unas condiciones específicas de su época, marcadas fundamentalmente por el sufrimiento y la pobreza; esta afinidad quedó

demostrada cuando se volvieron a unir. Como estrategia y como satisfacción personal, mi padre y mi tío utilizaron su poder ocupando espacios propios de un Estado al tratar de que Cali fuera una ciudad tranquila, una ciudad donde se viviera con armonía.

Establecieron unas normas de comportamiento criminal; los grupos o individuos que pasaran por alto estas leyes de convivencia, pagarían. Cuando sucedían, los hechos eran analizados y posteriormente las personas eran citadas y llamadas al orden. Si continuaban en su actitud agresiva e irrespetuosa, eran dados de baja. Paradójicamente hoy muchos ciudadanos de Cali extrañan los códigos de comportamiento establecidos por el llamado cartel de Cali ante la inseguridad que vive mi hermosa ciudad.

Mientras mi tío pagaba su pena, yo seguí estudiando en la universidad y toda la familia seguía disfrutando de la bonanza del imperio. Se vivía una época tranquila en Cali, pero se empezaban a respirar aires tensos en el resto del país, especialmente por el incremento de la guerra de Escobar contra el Estado.

Mi tío salió de la cárcel Villahermosa de Cali en octubre de 1987. Fue otro día de celebración. Estaba contento de estar rodeado por su familia; el ambiente era de júbilo. Me llamó la atención un hecho muy particular: a la reunión llegó un hombre que nunca habíamos visto. Fue recibido y atendido directamente por mi padre y por mi tío con mucha deferencia. Mis primos y yo intercambiábamos miradas de entendimiento: nos sorprendía este trato especial, que sólo a Chepe se le daba. Era la presentación oficial del cuarto mosquetero, el señor Hólmer *Pacho* Herrera. Persona muy importante para la organización, era el encargado de recibir y distribuir toda la mercancía exportada a Nueva York. No éramos los únicos sorprendidos: mi tío no lo conocía, y su presencia en nuestra casa tenía un propósito.

Con el hecho de ganarles la batalla a los gringos y a la justicia colombiana, mi padre y mi tío saboreaban la victoria, pero tenían una nueva preocupación. Al haber logrado una estabilidad económica, no debían seguir desafiando a Estados Unidos. Los triunfos logrados eran simples batallas, y mi padre y mi tío sabían que, al final, perderían la guerra. Era el momento justo para retirarse, adoptar un estilo de vida discreto y legalizar sus fortunas.

La reunión con sus socios, más que concluir que el negocio marchaba sobre ruedas, tendría ese carácter reflexivo, buscando el beneplácito consensuado a la idea de retirarse del negocio ilegal para dedicarse a su emporio. Era lo mejor que podrían haber hecho, no sólo por ellos, sino por la familia.

Pero en la vida, cuando no se toman decisiones, la vida las toma por uno y a la duda le ganó la certeza de la guerra porque empezaron a llegar noticias que los pondrían contra la pared y los conduciría al punto del no retorno, donde ni la familia misma se salvaría.

El amor llega a mi vida

Se vivía un ambiente de tranquilidad en el seno de la familia. Habíamos pasado tiempos de mucho estrés y preocupación por el proceso de mi tío Gilberto en España. Mi padre había logrado arrebatar a mi tío de las manos de los gringos y devolverle su libertad; lo impensable para muchos. Volvimos a esa época de inicios de los años ochenta cuando éramos una familia que gozaba de prosperidad y paz. Pero esto fue un espejismo que duró muy poco porque ya mi padre y mi tío eran conocidos personajes del mundo del narcotráfico, y con el logro que habían obtenido, pisaron muchos callos en el poder que nunca les fueron perdonados. Su gestión fue calificada como un osado desafío a las autoridades de todo el mundo.

Después de esa experiencia, mi padre, Miguel, y mi tío Gilberto pensaban seriamente en retirarse del mundo del narcotráfico. Habían amasado una gran fortuna. Sus empresas eran sólidas y los hijos comenzaban a manejar su emporio; creían que era el momento perfecto de volver a vivir discretamente y legalizarse. Pero sucedería algo que los llevaría a un punto sin retorno.

En 1987 Pablo Escobar libraba una guerra demencial contra el Estado colombiano. Para poder llevar a cabo su plan terrorista, le solicitaba constantemente la colaboración económica y militar a las demás organizaciones que delinquían con narcotráfico. Muchos le ayudaron por temor: si no lo hacían, serían aniquilados por su aparato militar. El cartel de Cali, liderado por mi padre y por mi tío, nunca le ayudó; por convicción, su lucha en contra del Estado fue siempre jurídica, y aunque intentaron negociar con Escobar en otros ámbitos, pensando en el retiro, sabían que tarde o temprano les cobraría semejante afrenta.

Un incidente que sucedió en Estados Unidos por el robo de una droga marcó el inicio del conflicto que cambiaría nuestras vidas para siempre: Escobar les declaró la guerra. Ante esa nueva realidad, mi papá y mi tío abandonaron su estrategia de legalizarse y siguieron en el lucrativo negocio del narcotráfico; si iban a enfrentar la maquinaria asesina de Medellín, liderada por Pablo Escobar, necesitaban de grandes cantidades de dinero.

Sin saber lo que pasaba a nuestro alrededor, yo seguía con mi rutina. Entre semana estudiaba, los fines de semana jugaba fútbol, iba a la finca o me quedaba en Cali con mis amigos; el resto del tiempo lo intentaba pasar en familia. Estaba terminando mi quinto semestre de abogacía, y si estábamos corriendo algún peligro, nunca nos dimos cuenta hasta que comenzamos a observar cambios radicales en nuestra seguridad: nos reforzaron nuestros escoltas; pasamos de tener dos a cinco por persona; cambiaron los revólveres por pistolas 9 mm, ametralladoras y escopetas tipo “changón”; nuestra casa fue reforzada con personal adicional; los escoltas de mi tío y mi papá cambiaron de cuatro a un mínimo de doce hombres; comenzamos a ver armas en la seguridad de uso privativo del Ejército Nacional, como fusiles de largo alcance.

Uno de esos días, en un descanso entre clases, estaba con un compañero en el corredor del

primer piso. En algún momento observé en la distancia a una mujer hermosa que venía de jugar un partido de basquetbol. Caminaba directamente hacia donde yo estaba, y eso me sorprendió. Nunca olvidaré la impresión que sentí al ver sus preciosos ojos café y su hermosa figura. Saludó a mi amigo y luego siguió de largo, mirándome de soslayo, lo que despertó mi curiosidad por saber quién era tan bella mujer.

Una estudiante de Economía, me dijo mi amigo, y si quería, ya mismo me la presentaba. Era lo que hubiera deseado pero había aprendido a contener mis emociones: le respondí que todo a su debido tiempo.

Por los cambios que estaban sucediendo en nuestra seguridad, mi primo Humberto y yo comentábamos que algo raro estaba sucediendo. Algo grave rondaba a la familia Rodríguez, y aunque nos habían enseñado a no preguntar, yo no me quería quedar con esa incertidumbre, por lo que un día fui a visitar a mi padre a su casa. Vale la pena decir que había que pedirle cita con anterioridad.

Por cosas del destino, me topé con Nicol, mi antiguo compañero del colegio. Fue una agradable sorpresa. Hablamos de los viejos tiempos y después de hacer un recorrido apresurado de nuestra adolescencia, me pregunté qué hacía él en casa de mi padre. Por un momento pensé que tenían negocios, pero el mismo Nicol, como si hubiera leído mi pensamiento, contestó a mi interrogante: yo trabajo con su papá.

La respuesta no me sacaba de la duda. Él se dio cuenta y en voz baja me contó que estaba trabajando para un grupo especial en la seguridad de mi padre. El grupo era liderado por un hombre apodado el Pecos. Este hombre llevaba muchos años al servicio del cartel, y había ayudado a mi tío en una guerra que se libró en contra de una banda de secuestradores en Bogotá a finales de los años setenta.

Pensé que mi antiguo amigo era la persona que necesitaba para estar al día en los hechos “raros” que estaban sucediendo a nuestro alrededor. Por él me enteré que estábamos en una guerra frontal contra el cartel de Medellín. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo; sentí miedo por mi vida y por la de mi familia.

A pesar de que mi papá y mi tío estaban en un negocio peligroso, nunca lo habíamos sentido. Ellos se habían encargado que fuera así, pues uno de sus objetivos era que la familia no resultara involucrada en nada. Hacerlo resultaría un contrasentido. Si arriesgaron el pellejo amasando una fortuna que se suponía era para la familia, no era coherente poner a esa familia en peligro. Lo que de hecho significaba tranquilidad y seguridad para todos nosotros.

Pero cuando Nicol me informó de varias de las acciones planeadas por Escobar en contra de mi padre y mi tío, empecé a preocuparme. Supe ese día de varios atentados frustrados por la oportuna intervención de este grupo especial de hombres, que se jugaban la vida en la calle, protegiéndolos de los sicarios enviados a Cali por Escobar. Y más me preocupé cuando me contó lo que para mí, además de ser una revelación, era la confirmación de la total locura: que el atentado al edificio Mónaco en Medellín, residencia permanente de Escobar y su familia, había sido organizado por el cartel de Cali.

Entonces entendí por qué mi padre y mi tío habían decidido enviarnos a Miami. Yo cuestioné esta decisión, pero recibí una respuesta inapelable: ¡Es una orden! Mi oposición tenía dos razones: una, no quería perder clases en la universidad, y la otra era la mujer que había conocido, la jugadora de básquet. Más que desear el fin de esa demencial guerra con el cartel de Medellín, quería era conocer a esa mujer.

La vida en Miami al principio fue muy alegre: estábamos en una ciudad hecha para el turismo.

Conforme pasaban los días y los meses, comencé a añorar el hogar y mi vida cotidiana. Hablé con los grandes jefes. Les expuse que el exilio no solucionaba nada, que corríamos peligro en cualquier parte del mundo. No resultaba fácil para ninguno de nosotros romper de la noche a la mañana la rutina afectiva que vivíamos en el seno familiar. Nuestra existencia se reducía a vivir dentro de una burbuja, y necesitábamos volver a la realidad.

En medio de la guerra, regresamos a Cali. Al llegar mi papá y mi tío nos reunieron para advertirnos que podíamos regresar cada uno a su rutina pero, obviamente, por las circunstancias, nos teníamos que comprometer a llevar una vida disciplinada y regirnos por las reglas de seguridad establecidas; el que no cumpliera, sería sacado del país inmediatamente.

En esas condiciones conocí a María García. Mi amigo, al que tenía seco de tanto preguntarle, me la presentó un día de tantos. Ella, que sabía quién era yo por los rumores que corrían en la universidad, simplemente me saludó cortésmente y luego se despidió y se marchó. Mientras observaba cómo se alejaba, pensé en lo que más me había llamado la atención de ella: su hermosa sonrisa me embrujó. Dicen que los polos opuestos se atraen, y ella era todo lo contrario a mí. Alegre y amable. Ese día, a pesar del desinterés que mostró, me cautivó, y algo me indicaba que sería la mujer de mi vida. Deseaba volver a hablar con ella.

El hecho de pertenecer a la familia Rodríguez Orejuela era de por sí algo que generaba en algunos admiración, pero en otros, reticencia. Es lógico: si eres hijo de uno de los más grandes capos del narcotráfico, la gente piensa que también eres narcotraficante. María no estaba exenta de pensar así. Era una situación incómoda que, si no la sabía manejar, podía dar al traste con cualquier posibilidad de una relación seria.

La busqué en su facultad y la encontré, absorta entre libros. El comienzo no fue fácil. Mi fama de mujeriego causaba rechazo. Sin embargo, no desistí. Quería a esa mujer y me convertí en su sombra: estuviera donde estuviera, yo inventaba cualquier excusa para estar ahí. Algo nada normal en mi forma de proceder, acostumbrado a las conquistas fáciles, pero María era diferente. Comprobé que cuando se dificulta, la satisfacción al final es grandiosa.

Una insignificante coincidencia me ayudó a acercarme a su corazón: nos dimos cuenta de que ya nos habíamos conocido en el pasado. María era esa chica que vivía a una cuadra de la casa de mi abuela materna, al lado de la avenida Estación, por lo que ese día, entre risas nerviosas, concluimos que nuestros destinos ya se habían cruzado.

Por primera vez en la historia de Colombia, un delincuente lograba arrodillar a la burguesía bogotana, que había dominado los hilos del poder por más de cincuenta años. Producto de las acciones demenciales de Escobar, la oligarquía se sentía vulnerable. Realmente fueron pocos los dirigentes gubernamentales que tuvieron el valor de enfrentarse a Escobar. Hoy, esos pocos, paradójicamente, son perseguidos jurídicamente por el Estado debido a cuentos fantasiosos de criminales que pertenecieron al extinto cartel de Medellín. Entre esos perseguidos se cuentan Gustavo de Greiff, quien fue el primero en dirigir la Fiscalía General de la Nación entre 1992 y 1994; el general Miguel Maza Márquez, director del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) entre 1985 y 1991; el general Octavio Vargas Silva, quien fue director de la Policía Nacional en la época en que fue abatido Pablo Escobar.

Después de la muerte del doctor Luis Carlos Galán, se dio un hecho que daría un giro trascendental en la guerra contra el cartel de Medellín. Varios de los prohombres de la patria,

intentando preservar sus intereses, le pidieron a otra organización delincriminal, el cartel de Cali, unir fuerzas para derrotar a Escobar. Aunque a muchos les duela reconocerlo, sí existió un pacto entre delincuentes y burgueses.

Las fuerzas de seguridad del Gobierno y los llamados “señores de Cali” unieron fuerzas para liberar a Colombia de ese eje del mal, que sembró el terror en los años ochenta y principio de los noventa. No sólo lo digo yo, también lo dijo mi tío en una entrevista radial, y lo dicen muchos libros que se han publicado sobre el tema.

Después del magnicidio del doctor Galán, nuestra seguridad se convirtió en una constante zozobra. Pocas veces me podía ver con María, lo que hacía más difícil nuestra incipiente relación. Mi amigo Nicol me ponía al tanto de los actos demenciales de cada bando. En seis meses mi padre se había salvado milagrosamente de dos atentados con explosivos; gracias a la oportuna intervención del grupo especial liderado por el Pecos, habían logrado descubrir a los sicarios enviados a asesinarnos desde Medellín.

Me enteré de un plan que hoy me parece totalmente descabellado, pero que en ese momento de guerra lo vi como la salvación para el país, para mi familia y para mi incipiente relación con María. Se había contratado a cuatro mercenarios ingleses para llevar a cabo un atentado contra Escobar en la hacienda Nápoles, su finca de recreo. En preparación, se había logrado infiltrar a un personaje que daría aviso oportuno de un agasajo que se preparaba para celebrar la clasificación a la final de la Copa libertadores del Nacional de Medellín.

Nicol formaba parte del grupo de hombres que llegaría por tierra a respaldar con todo tipo de armamento a los ingleses, que iban a bombardear la finca a bordo de dos helicópteros. Nicol en esa oportunidad me pidió un favor: si era dado de baja, le tenía que jurar que el dinero que le tocaba se lo entregaría a su esposa. Por un instante lo medité. Era meterme en asuntos que no debería saber, pero, a fin de cuentas él era mi amigo, así se lo prometí.

Estaba todo listo. Se presagiaba que sería el golpe final de esa guerra infernal. Todo se había acordado y planeado en las bitácoras de vuelo. Era una maniobra complicada debido al difícil acceso a la zona montañosa que acordonaba la hacienda Nápoles. El cuidado con que se había planeado la acción daba tranquilidad a los ejecutores. Lo único que no se pudo controlar fue la irresponsabilidad de uno de los pilotos de los helicópteros, que a causa de los nervios se emborrachó la noche anterior y el día de la operación colisionó con el último cerro antes de llegar a su destino.

La noticia se supo rápidamente, lo que generó más confusión en las huestes del cartel. Con la seguridad que el plan funcionaría, mi papá y mi tío nos habían pedido a todos los miembros de la familia que siguiéramos nuestra vida normal, que en cualquier momento nos darían una sorpresa. Pero la sorpresa se la darían a ellos cuando les informaron del infortunio; la suerte le volvía a sonreír a Escobar.

Una noche me despertó una fuerte explosión. Tomé mi radio de comunicaciones interno, lo prendí y escuché: “Alfa Uno en la entrada de Ciudad Jardín”. Ciudad Jardín es el barrio donde vivíamos; Alfa Uno es el código con el cual se identificaba a mi padre. Instintivamente solté el radio, me vestí y salí corriendo. En el parqueadero, uno de los vigilantes, por mi cara de angustia me preguntó: “¿Qué le pasa, joven?”. Yo no escuchaba, sólo pensaba en mi padre. Prendí el carro y, como no tenía escoltas, me llevé al vigilante para que me cuidara; el señor no sabía qué hacer, no le di oportunidad a que lo pensara.

Llegué a la calle donde estalló la bomba, y al ver los escombros de tres casas que estaban ubicadas en la entrada del barrio, sentí angustia. Comencé a mirar a mi alrededor buscando los

vehículos en los que se movilizaba mi padre. No los vi, pensé había pasado lo peor. Intenté ordenar mis sentimientos. Lo que estaba pasando era demencial; pensé en lo que habría sentido la familia de Escobar si se hubiera acertado en el edificio Mónaco. En esas, llegó a la escena el Pecos.

—Patrón, tranquilo que el señor está bien —me dijo.

Me volvió el alma al cuerpo: —¿Dónde está?! —le pregunté.

—Está en la Casa Uno —me respondió—, pero nos tenemos que ir ya de aquí. No es seguro que esté en este lugar —y me condujo a su carro escoltado por su gente.

Mientras miraba el horroroso espectáculo por la ventanilla de la camioneta, me acordé del vigilante, a quien le expresé mi agradecimiento por su fiel compañía.

A la mañana siguiente, muy temprano, recibí una llamada de María. Quería saber qué había pasado, pues se había enterado por las noticias del atentado. Aproveché para invitarla a almorzar. Aceptó. Momentos después recibí el informe de la gente de seguridad de lo que había pasado la noche anterior. Dos hombres y una mujer, pagados por Escobar, habían comprado una casa hacía dos meses en el barrio Ciudad Jardín. Durante ese tiempo estuvieron haciendo inteligencia de los horarios, recorridos y rutas de mi padre. Tenían calculado que pasaría más o menos entre once y doce de la noche. Instalaron un carro cargado con cien kilos de dinamita en un punto estratégico para hacerlo detonar cuando pasara. Milagrosamente, esa noche mi padre había decidido regresar más temprano. Cuando los sicarios se dieron cuenta de que les había fallado el plan, trataron de regresar el carro al garaje de la casa que habían comprado, con tan mala suerte que un vecino accionó un control remoto de su televisor y los cien kilos de dinamita les explotaron accidentalmente, afectando las casas vecinas. El ángel guardián de mi padre lo salvó de las garras de la muerte.

La guerra de Escobar en contra del orden establecido arreció de tal forma que no tuvo ningún inconveniente en ofrecer una recompensa económica por cada policía asesinado, dependiendo del rango que tuvieran en la institución. Fue la época más difícil de supervivencia para los uniformados en la capital antioqueña: Escobar ofrecía dos millones de pesos por policía raso, cinco millones por cada suboficial y diez millones por cada oficial.[\[1\]](#)

Ante esta violenta arremetida que incrementó sensiblemente la tasa de mortalidad en la policía, se creó el Bloque de Búsqueda de la Policía Nacional. Éste era un comando especial compuesto por experimentados hombres jungla, de élite y con formación en Estados Unidos. La gran mayoría de ellos habían asistido a cursos en las principales agencias de seguridad del mundo y eran, por sobre todo lo demás, oficiales con una probada integridad, calificados como incorruptibles.

Ante semejante desquicio, había que responder con más locura. Mi padre y mi tío no escatimaron un solo peso para alcanzar lo que ellos consideraban que sería su mayor victoria, tal vez con la esperanza de recibir el perdón de la sociedad, y la gratitud por liberar a Colombia de ese mal.

Lo que ignorábamos era que para el mantenimiento de este comando especial mi padre y mi tío contribuían semanalmente con una suma fija que oscilaba entre ciento cincuenta y doscientos mil dólares. Además le habían puesto precio a la cabeza de cada uno de los lugartenientes encargados, no sólo de la seguridad de Escobar, sino también de la planificación y ejecución de los actos terroristas, y que eran reconocidos por los organismos de seguridad del Estado y que obedecían a los alias de Popeye, Pinina, Tyson, la Kika, Tomate, el Chopo, el Arete, el Mugre y un centenar de bandidos más que le acompañaban.

Una vez que se acordó la conformación del Bloque de Búsqueda, los amigos de mi padre y mi tío sugirieron que debía ser comandado por un coronel con arraigo en el Valle del Cauca, con prestigio en la institución y, muy importante, que fuera de su resorte. Como recomendaron, nombraron comandante al coronel Danilo González. Éste logró asombrosos resultados en contra de la estructura militar, logística y de información de Escobar, pero fue relevado a tan sólo unos meses de haber iniciado su gestión por presiones de personas influyentes en el alto gobierno que protegían a Escobar. Los amigos de mi padre y mi tío reaccionaron presionando para que el coronel Danilo González fuera restituido en su puesto. Esas presiones y la inoperatividad en la que había caído el Bloque de Búsqueda lograron que el coronel González asumiera nuevamente la jefatura, quien reanudó la persecución de inmediato.

Escobar lograba evadir los cercos que le tendía el Bloque de Búsqueda y, aunque escuchaban su voz, no lo podían capturar. Su capacidad de movimiento en Medellín y alrededores era tal que continuaba ejerciendo su poder terrorista, manipulando los hilos del poder. Él ha sido, lo repito, el único colombiano de extracción humilde que logró arrodillar y someter a la burguesía, que debió ceder ante la presión de sus actos bárbaros y estructurar la generosa legislación que le sirvió de fundamento para su sometimiento y entrega.

El 19 de junio de 1991 los colombianos y el mundo entero fueron testigos de la entrega de Escobar y su reclusión en la famosa cárcel conocida como La Catedral, una nueva mansión privada, vergüenza eterna del Gobierno. La entrega del capo se logró con la supuesta colaboración del senil y moribundo sacerdote Rafael García Herreros, fundador y gestor de la extraordinaria obra el Minuto de Dios, logrando las condiciones dignas de prisión y de cuidado por parte del Ejército Nacional, en una cárcel de máxima seguridad que el mismo Escobar mandó construir.

El hecho que Escobar estuviera preso no fue obstáculo para que continuara con sus actos terroristas, lo que en medio del fragor de esa guerra aumentaría el trabajo para los señores Rodríguez Orejuela. Congresistas, magistrados, jueces, empresarios y políticos burgueses rogaban tener una cita con ellos para que se les protegiera de una u otra forma de las agresiones de que podían ser víctimas. Con Escobar en la cárcel, el Gobierno se lavaba las manos de lo que pasara. Se suponía que legalmente un preso no podía seguir delinquir, pero Escobar demostraba que el manejo legal era comida para los medios, y el ilegal, con el que resolvía, o agravaba, los conflictos.

Como de alguna manera se sabía su ubicación, no se podía bajar la guardia por parte de los que querían acabar con Escobar, así su reclusión beneficiara al cartel de Cali. En ese tiempo este cartel aumentó sus rutas y sus negocios con las mafias internacionales crecieron: todos preferían hacer tratos con tipos que les brindaran confianza, como los Rodríguez Orejuela, y no con tipos como Escobar, a quien tildaban de loco y de conducta aberrante.

Cuando me enteré que el nuevo plan del cartel de Cali era bombardear La Catedral, pensé que la guerra ya no tenía marcha atrás. Era difícil no tomar partido. La noticia de que había descuartizado y botado los cuerpos de sus socios por los baños de la prisión me indignó; yo no comulgaba con esa forma de proceder.

Para llevar a cabo el plan, mi papá y mi tío contrataron a Jorge Salcedo Cabrera, hijo de un reconocido general, una especie de mercenario criollo que vendía sus servicios al mejor postor. En varias ocasiones coincidí con él en la casa de mi padre. Era, o es, de esas personas que de entrada no dan confianza. Ese señor nunca me gustó. Su mirada evasiva me generaba desconfianza. Dicen que los ojos son el reflejo del alma, y este señor siempre me dio un mal

presentimiento.

Mi padre comisionó a Jorge Salcedo para que viajara a Costa Rica a negociar la compra de cuatro bombas explosivas, conocidas en el mercado negro como “bombas papaya” y que tenían un valor aproximado de seis millones de dólares. En este país de Centroamérica Salcedo logró hacer el negocio. Según el plan, primero se despacharían dos bombas, que efectivamente llegaron a Colombia, y luego las otras dos. Éstas nunca llegaron a su destino ya que, según su relato, las autoridades las descubrieron cuando intentaba enviarlas, y él se había salvado milagrosamente de ser capturado. Salcedo regresó a Colombia y les informó lo sucedido a mi papá y a mi tío. Siempre quedó en el aire la duda de cómo hizo este personaje para evadir a las autoridades.

Las bombas que llegaron no podían ser lanzadas y detonadas desde cualquier aeronave. Para ello debía utilizarse un avión con características técnicas similares a las de los MiG, de fabricación soviética, lo que dio al traste con el nuevo plan y dejó en el ambiente —otra vez— un sentido de frustración. Mi tío y mi padre nos ocultaban todo esto, pero yo terminaba enterándome través de Nicol.

Generalmente cenaba en familia con mi tía y mis primos, y nuestras conversaciones terminaban, a veces involuntariamente, en la situación que suponíamos se estaba viviendo. Solamente había que ver los noticieros para darse cuenta del terror que vivía el país, y nosotros no éramos la excepción. Por mi relación con Nicol era el que más información tenía de los sucesos de la guerra que se vivía con los de Medellín. Siempre fui prudente y sólo lo comentaba con mis primos mayores; discutíamos, hacíamos elucubraciones, planteábamos posibles escenarios, y siempre terminábamos haciéndonos la misma pregunta: por qué mi tío y mi padre nunca nos hablaban de ese tema, por qué nos querían mantener con los ojos vendados frente a una situación que era evidente. Era para protegernos, nos decíamos, para no involucrarnos; o, también, que les importábamos muy poco. Creo que para ellos era una cuestión de estrategia: en esa demencial guerra, era más seguro mantener a la familia a distancia. Este razonamiento se funda, en algo que hoy me parece una creencia falsa: el narco siempre pone a su familia como lo primero, como la justificación de lo que hace. Pero es la familia la que, en última instancia, sale perdiendo, pues todos en algún momento caímos en un limbo que no nos dejaba ser una cosa ni la otra, y esa fue mi gran lucha. Yo quería ser normal, tener una vida normal, salir con mis amigos, estudiar, trabajar, divertirme... pero no lo podía hacer debido a la situación de guerra en que vivíamos, o mis movimientos eran limitados cuando lo hacía.

Como dicen los expertos militares, una guerra se gana si se sabe cuándo va a terminar, pero Escobar nunca conoció esa máxima, y los demás narcotraficantes, que le debían tributar para su guerra y sostenimiento, se cansaron. El grupo denominado “los doce del patíbulo” tomó la decisión de viajar a Cali y hablar con mi padre y mi tío para pedir protección. Es así como nacen los Pepes, acrónimo de Perseguidos por Pablo Escobar. Estas personas conocían la organización criminal por dentro, y con la información que tenían comenzaría un plan de ejecución de todas las personas allegadas a Escobar, incluidos sus abogados y familiares, lo que ayudaría a debilitarlo.

Para ese momento el gobierno de Estados Unidos daba asistencia al Bloque de Búsqueda con un grupo de Delta Force y agentes de la CIA enviado a Colombia. Estos hombres conocieron de la ayuda directa que daba el cartel de Cali en la lucha contra Escobar, pero nunca dijeron nada; para ellos, el fin justificaba los medios.

Pablo Escobar se escapó de La Catedral. Sus lugartenientes fueron asesinados o simplemente

capturados. Era cuestión de tiempo. Mi padre y mi tío habían ofrecido diez millones de dólares de recompensa por su muerte, por lo que se sabía que su captura sería un homicidio.

Debido al asedio permanente del Bloque de Búsqueda y a su desesperación por no saber de la suerte de su familia, se pudo triangular una llamada de Escobar a su hijo. El capo fue ubicado y, luego, ejecutado en compañía del Limón, el último de sus colaboradores que aún estaba libre.

Al día siguiente de este hecho, que alegró a todo un país y enlutó a una familia, los jefes del llamado Bloque de Búsqueda de la Policía Nacional viajaron a Cali y recibieron el pago por la labor realizada: los diez millones de dólares que habían ofrecido mi papá y mi tío por la cabeza de Pablo Escobar Gaviria.

El juicio de la historia contemporánea debe reconocer y tener en cuenta la participación del cartel de Cali, liderado por Miguel y Gilberto Rodríguez, como los principales gestores de la guerra en contra de Pablo Escobar que acabó con seis años de guerra, incertidumbre y miedo, no sólo para el país, sino también para la familia Rodríguez.

Días después de su muerte, por algunas afirmaciones hechas en caliente por su hijo, mi padre y mi tío recibieron a la viuda y al hijo de Escobar, a quienes les prometieron dos cosas: protección y que la guerra había terminado. A la familia de Escobar nada le pasaría. Incluso les aconsejaron que se fueran del país; los enemigos de Escobar eran muchos, y nadie podría contenerlos a todos.

Ese diciembre, y en particular el año nuevo, invité a María para que lo pasara con nosotros. Era una tradición en mi familia estar juntos alrededor de mi abuela materna a la media noche y recibir su bendición. Pero algo ya no era lo mismo. Por la guerra que se había librado contra Escobar, se respiraba otro aire; éramos diferentes y lo pude comprobar con una conversación entre mi padre y uno de sus allegados.

—¿Qué pedís para el año nuevo? —le preguntó su amigo.

La respuesta de mi padre me hizo a entender lo que estaba sucediendo: me di cuenta que él estaba perdiendo el sentido de la realidad.

—Poder, más poder —respondió mi padre. Era lo único que quería para el siguiente año, y lo dijo con tal seguridad que me estremeció.

Sentí que mi padre ya no era el mismo. Aquellos humildes personajes que habían tratado de vivir vidas paralelas entre el bien y mal, tratando de amasar una gran fortuna para luego legalizarla, se estaba comenzando a parecer peligrosamente a aquel hombre que había muerto en el techo de una casa en Medellín.

Mi verdadera pasión

A finales de los años cuarenta, el fútbol colombiano pasó de mediocre a ser un fútbol de primer nivel gracias a que en la Argentina los futbolistas se declararon en huelga para luchar por sus derechos. El club Millonarios de Bogotá, aprovechando esa huelga, trajo a Adolfo Pedernera, a Rossi y a una promesa del fútbol gaucha, Alfredo Di Stéfano, quienes junto a jugadores colombianos conformaron uno de los mejores equipos del mundo: el Millonarios de El Dorado.

La poca legislación que había en nuestro país respecto a la conformación de clubes sirvió como marco para que nuestra liga fuera una especie de liga pirata, llamando la atención de grandes figuras que emigraron de sus países a jugar en equipos colombianos. La ilegalidad de la liga colombiana trajo como consecuencia un florecimiento del fútbol llamado El Dorado. Esa época es recordada por un partido que Millonarios le ganó al Real Madrid. El Millonarios era considerado como el mejor equipo del mundo.

En 1953 Colombia arregló sus diferencias con la FIFA y puso fin a la liga pirata. Las estrellas regresaron a sus equipos de origen, y nuestro país volvió a tener un fútbol mediocre; sólo en 1978, con el Deportivo Cali, Colombia llegó a la final de la Copa Libertadores de América. En cuanto a la selección de mayores, sólo una vez había participado en un mundial —en Chile, en 1962— y había obtenido un subtítulo de la Copa América —en Lima, en 1975.

Mi gran sueño era ser jugador profesional de fútbol. Mi padre jamás me lo permitió. Él tenía planeado que mi destino no fuera precisamente dentro de una cancha sino dentro de una oficina, como un alto ejecutivo de su emporio. Sin embargo, yo continuaba con mi sueño y probé suerte en el equipo rival del América, el Deportivo Cali, en su tercera división.

Lastimosamente, me discriminaron por ser un “niño bien”, por lucir mejores implementos deportivos. Los jugadores que venían de un estrato social diferente tenían preferencia. Eso generó una gran molestia en mí: yo no tenía la culpa de tener comodidades ni de tener la familia que tenía. Esas injusticias hacían hervir mi sangre y me lie a golpes con el líder del sindicato en un entrenamiento. Por esa razón desistí de ser jugador profesional, no porque no tuviera el talento necesario. Pensaba que era una pasión desigual: la mía era el fútbol, la de la mayoría de los jugadores, una oportunidad. Decidí, entonces, centrar mis esfuerzos y mis esperanzas en los estudios de Derecho.

Desde niño mi padre fue hincha furibundo del América de Cali, equipo del pueblo, “la mechita”. El equipo de los que no tenían nada, míticamente asociado a una maldición que le hizo un hincha para que nunca ganaran; por años fue conocido como el “equipo infarto”: perdía o ganaba en el último minuto.

A finales de los años setenta todo cambió para esta modesta institución. De cenicienta pasó a ser el equipo más importante de la historia de Colombia, reconocido por la FIFA en 1997 como el segundo mejor equipo del mundo.

En 1979 mi padre, cansado de ver perder a su equipo del alma, decidió acercarse a la institución y le propuso a la junta directiva que él y un grupo de hinchas estarían en capacidad de regalarle tres refuerzos para el equipo. La junta directiva aceptó: Juan Manuel Battaglia, González Aquino y Carlos Alfredo Gay reforzaron al equipo.

Con tal regalo, Pepino Sangiovanni, presidente del América, pudo contratar al doctor Gabriel Ochoa, técnico laureado del fútbol colombiano, estratega de mil batallas. Ese mismo año Ochoa condujo a “la mechita” a saborear los néctares de la victoria, consiguiendo el primer título nacional para una hinchada sufrida que había esperado ansiosamente por más de cincuenta años.

La gratitud de la junta directiva fue tan inmensa que invitaron a los donantes para que se unieran como socios y miembros titulares de la junta de socios. Es así como Miguel Rodríguez pasó a ser el nuevo mecenas de esta humilde institución. Mi padre invirtió grandes cantidades de dinero en el equipo, lo que hizo posible la contratación de excelentes jugadores, como Willington Ortiz, Ricardo Gareca, Roberto Cabañas, Julio César Uribe, César Cueto y muchos más.

A raíz de esta inyección de capital y liderazgo, América consiguió cinco títulos en línea del campeonato doméstico en los años ochenta; además, en tres oportunidades quedó sub campeón de la Copa Libertadores de América, el torneo más prestigioso en el continente. Algunos relacionan esas derrotas con la maldición del garabato o culpan al diablo que lleva grabado el escudo del equipo, pero esos son sólo mitos que sirven de excusa a los hinchas, no a los directivos. Éstos eran conscientes de que las derrotas en esas finales obedeció a una cuestión táctica, no a un asunto de brujería.

Mi padre, en principio, estuvo en la dirigencia del América para satisfacción de una sufrida hinchada que no sabía lo que era ganar, pero cuando comenzó a darse cuenta del poder y las relaciones que podía manejar con un simple pedazo de papel, cambió. Las personas hacían cualquier cosa por una boleta, y estar en una final de su equipo amado era el mayor premio. Los teléfonos de la institución o de los directivos no paraban de sonar para conseguir una entrada. Desde un simple parroquiano hasta el alcalde de la ciudad esperaban el sobre con sus entradas al coliseo sanfernandino.

Esto lo comprendió muy bien mi padre y utilizó el fútbol para relacionarse en las altas esferas del país. Fue pionero entre un grupo de hombres que en los años ochenta aprovecharon un nicho que el Estado y la empresa privada habían dejado libre e invirtieron grandes cantidades de dinero provenientes del narcotráfico, logrando con ello el renacimiento del balompié colombiano.

Esta bonanza hizo que, como en la época de El Dorado, floreciera nuevamente el fútbol nacional. Importantes jugadores extranjeros comenzaron a ver a Colombia con buenos ojos y, junto a las nuevas estrellas nacionales, hicieron que el fútbol fuera competitivo. Al ser competitivo el campeonato, los jugadores nacionales se exigieron más y surgieron figuras como Carlos *Pibe* Valderrama, Rincón, Asprilla y otros más que protagonizaron lo que yo llamo El Segundo Dorado. En esta época el país vivió grandes satisfacciones, como la clasificación a tres mundiales.

La sociedad, contenta con esos triunfos, aceptó a un grupo social emergente que invertía dinero mal habido en renglones fundamentales de la economía, especialmente en el deporte. Asimismo aceptó los beneficios que dejaban las inversiones, sobre todo en personas e instituciones que se desempeñaban en negocios tradicionales legalmente constituidos.

De igual manera, todos los que nos acercábamos al fútbol buscábamos, además de satisfacción personal, reconocimiento. Muchos llegaban pensando ilusamente que administrar un equipo de fútbol era como soplar y hacer botellas. Ser ejecutivo de una multinacional o dueño de una

empresa no garantizaba conseguir los triunfos tan fácilmente. El fútbol es un negocio con variables impredecibles: los egos de los jugadores, sus necesidades afectivas, su psicología, la hinchada, los factores extradeportivos son contingencias que requieren ser comprendidas para darle el buen manejo en momentos difíciles, lo que implica una dedicación de tiempo completo, con mentores que de alguna manera muestren el camino hacia el éxito.

Mi padre tuvo a Pepino Sangiovanni y al doctor Gabriel Ochoa, que le enseñaron los secretos. Yo lo tuve a él, que me enseñó cómo manejar los grupos de jugadores, algo fundamental a la hora de intentar cualquier objetivo. Aprendí la estrategia de la zanahoria y el garrote: cumplir con lo que se promete para exigir resultados.

Cuando llegué a América en 1989 lo hice con el propósito de comenzar un cambio revolucionario: de un equipo netamente comprador, nunca preocupado por las divisiones básicas pues contaba con la chequera de mi padre para comprar a los mejores jugadores colombianos profesionales, quería forjar un equipo proveedor de figuras jóvenes formadas en casa. La misión no era nada fácil. La institución estaba acostumbrada a los éxitos y no creía en el jugador joven que debutaba aproximadamente a los veinte años. Sin embargo, estructuré y lideré un comité de prósperos empresarios con los que comencé a trabajar aplicando un modelo establecido con éxito en los ochenta en el Ajax de Holanda. El modelo consistía en reforzar las divisiones inferiores, dándole a las áreas técnica, física, psíquica y nutricional veeduría para descubrir talentos. Una vez descubiertos, se les daba fogueo internacional, haciendo que el jugador creciera integralmente como persona y como profesional.

Fuimos pioneros en cuanto a las divisiones menores. Sabía que en cualquier momento estallaría la burbuja irreal del dinero fácil, por la guerra frontal que se estaba dando en contra del narcotráfico, y tarde o temprano mi padre no iba a poder seguir ayudando económicamente el equipo. Pensando en que la única manera de salvarlo sería con un equipo autosuficiente, me dediqué en cuerpo y alma a esta tarea, exorcizando aquella frustración de no haber sido jugador profesional.

Como encargado de las divisiones menores, visualicé al equipo siendo campeón del fútbol colombiano. Logré ese sueño seis años después, justo en el tiempo que lo había proyectado.

Lo primero que hice fue cambiar la parte técnica. Busqué a los mejores formadores en el mercado para fortalecer un grupo subdiecisiete, y en 1992, poniendo todas mis esperanzas y esfuerzos en estos jóvenes, organicé el Torneo de la Esperanza y los fogueé contra equipos internacionales como Real Madrid, River Plate, Flamengo y otros más.

Este torneo se hizo por varios años, dándoles el roce necesario a nuestros jugadores para que ganaran experiencia y pudieran llegar al equipo profesional. Gracias a este esfuerzo aparecieron jugadores como Franki Oviedo, Jairo Castillo, Gerson González y Leonardo Moreno.

A principios de 1994, a raíz de la persecución a mi padre por parte de autoridades colombianas y extranjeras, él me cedió el manejo del equipo profesional; me sorprendió porque mis muchachos no estaban listos para asumir el reto de llevar el peso del equipo. El equipo grande tenía jugadores reconocidos internacionalmente como Jorge Bermúdez, Anthony De Ávila, Leonel Álvarez, Óscar Córdoba y muchos otros.

Sin embargo, me puse la camiseta y ese año peleamos un duro campeonato que, debido a una dudosa decisión arbitral en Medellín, nos hizo perder el título. No me di por vencido y para el siguiente año hice un mejor equipo, pero el mismo árbitro, en Barranquilla, me volvió a arrebatar el campeonato con dos goles fuera de lugar. Ese día entendí que en el fútbol no sólo se necesita un buen equipo; hay que tener al de negro al lado, pues son ellos quienes, en últimas, definen un

partido.

En 1995 cayó preso mi padre, una época muy dura para la familia y también para la institución. El desplazamiento semanal de toda la familia de Cali a Bogotá era un costo alto, no sólo por el gasto en pasajes, sino por el esfuerzo que significaba hacerlo; implicaba tener tiempo, disposición, ánimo y, sobre todo, una tremenda logística de seguridad en Cali y Bogotá, pues empezaban a emerger nuevas organizaciones de las que mi padre y mi tío nos tenían que cuidar. Pero eso no me preocupaba tanto como que, a causa de su encarcelamiento, nuestro benefactor no podía seguir ayudando económicamente al equipo América de Cali. La situación tan crítica se puede ilustrar con una advertencia de mi tía Amparo, encargada de la parte administrativa del equipo.

—Hijo, no tenemos ni para el café — me dijo.

—Tranquila, tía, que de ésta salimos; simplemente tenemos que vender jugadores que ya cumplieron su ciclo —le dije mirándola fijamente a los ojos, pensando en la buena labor que hacía como administradora.

Lo de no tener para el café mostraba la situación por la que pasaba el equipo. Las arcas estaban vacías y no porque se hubiera administrado mal, sino porque el fútbol, más que un negocio, por mucho que lo administres, termina siendo una pasión, que como te puede dar también te puede quitar.

La tranquilidad con la que le hablé a mi tía nacía de los acercamientos que había tenido con Bavaria, empresa que nos quería dar un millón de dólares por la camiseta. Además, habíamos clasificado para la Copa Libertadores, lo que significaba más ingresos.

Entendí que era el momento de hacer realidad mi sueño de convertir al América en un equipo autosuficiente vendiendo a los jugadores maduros y formando, con las nuevas figuras, un grupo fuerte para pelear la Copa Libertadores. Me ayudó que comenzaron a aparecer algunos de mis jugadores formados en las divisiones menores para darle apoyo a los veteranos.

Fue una gran decepción para todos volver a perder la Copa Libertadores. Estuvimos muy cerca, pero otra vez nos equivocamos en el tramo final. Se comentó que la fortuna nos había fallado, pero la suerte es la disculpa de los incapaces. Yo sabía que me había equivocado al escoger el capitán del barco y era el momento para buscar un técnico ganador. Decidí contratar al profesor Luis Augusto *Chiqui* García, quien había comenzado como entrenador de las divisiones menores de Millonarios, y luego, con el equipo de mayores, había ganado dos estrellas en el rentado doméstico en 1987 y en 1988.

La decisión de contratarlo para el América de Cali, en principio me trajo dificultades con mi padre. Él tenía malos recuerdos de el Chiqui. Lo asociaba afectivamente con Gonzalo Rodríguez Gacha, socio mayoritario de Millonarios y socio de Escobar en el cartel de Medellín, enemigos acérrimos cuando se libró la guerra en su contra. Sin embargo, a pesar de su recelo, me llevé una sorpresa cuando me dio su aval. Creo que la decisión de mi padre de aceptar que el Chiqui dirigiera a América fue por un sentimiento de culpa por lo que a mí me había pasado. O sea, gracias a mi atentado, Luis Augusto pudo dirigir el equipo.

Desde el principio hubo química entre el profesor García y yo. Hablábamos el mismo lenguaje; él veía el fútbol como un negocio donde se hacen ciclos de máximo cinco años y se trata de llevar a los jugadores al máximo de rendimiento para luego venderlos en su mejor momento. La mayoría de los directivos se encaprichan con sus buenos jugadores y dejan que envejezcan en la institución, frenando así el ciclo formativo en las divisiones menores; además nunca se recupera la inversión. Es como el circo: si uno no cambia los payasos, el espectáculo se

muere porque el público se aburre y no vuelve más.

Creamos un gran equipo. Para esa campaña tenía una columna de mucha experiencia, y aquel equipo que había formado cinco años atrás en las divisiones menores estaba listo para asumir el reto de lograr lo impensable en el América: ser campeón con más del ochenta por ciento de jugadores hechos en casa.

Ese año se disputó el torneo más largo de la historia del fútbol colombiano. Duró año y medio para conocerse al nuevo campeón, decisión maquinada desde Medellín por mi rival de esa época, el Nacional. Nacional tenía mucho poder a raíz de los patrocinios que daba una empresa a los equipos del rentado colombiano, pero yo ya no era el muchacho inexperto de 1994, cuando perdí una estrella por decisiones antideportivas. Ahora sabía lo que era manipular los hilos del poder, y estaba preparado para hacerlo si era necesario.

Con el profesor García a la cabeza, hicimos la mejor campaña de la historia del América de Cali, ganando quince partidos en línea. Esto sólo lo había logrado el Ajax de Holanda, y hoy en día el Barcelona de España. A raíz de esa campaña, y por haber llegado a la final de la Copa Libertadores el año anterior, en 1997 fuimos considerados el segundo mejor equipo del mundo según la FIFA, orgullo del fútbol colombiano y una gran satisfacción para la familia americana.

Éramos los seguros ganadores del campeonato esa temporada, pero otra vez manos oscuras querían boicotear nuestro trabajo. A medio camino, la federación modificó el campeonato argumentando la necesidad imperante de tener dos campeones en un mismo año. Una estrella cada seis meses por cuestiones económicas.

Cuando vi que la federación había logrado los votos de la Dimayor, la agremiación de equipos, moví cielo y tierra con el objetivo claro de asegurar que el primero de ese año fuera directamente a la final. Lo logré. América quedó primero, lo que significó tener asegurada la plaza.

En esos seis meses nos dedicamos a prepararnos con tranquilidad para esa final mientras los demás se desgastaban por conseguir la plaza. Nos tocó jugar contra el Bucaramanga, un equipo de provincia, que realizó una excelente campaña dejando por fuera a rivales de tradición.

Todo estaba servido para coronar un trabajo arduo de cinco años de esfuerzo y dedicación. Ganamos la novena estrella, consiguiendo llevar a la realidad mi sueño de ser campeón del fútbol colombiano con jugadores formados en más del ochenta por ciento en casa, gracias a una junta directiva dispuesta a conseguir el dinero necesario para motivar a un grupo espectacular de jugadores, un técnico ganador como el profesor García y el apoyo incondicional de una inmejorable hinchada. Para toda la familia americana fue una gran alegría que hubiéramos vuelto a conseguir estar en la cúspide del balompié nacional, y la mejor noticia era el bienestar económico por el que pasaba el equipo.

Viajé a Bogotá a visitar a mi padre y dedicarle el triunfo. En el fondo buscaba su reconocimiento a una labor bien hecha, pero me recibió con un baldado de agua fría. No tuve su apoyo para la continuidad del profesor García, decidió apoyar erradamente a otra parte de la junta directiva, de la que hacía parte mi tía, que quería sacar al profesor García de la dirección técnica del equipo.

Decepcionado y con la moral por el piso, le contesté que regresaría a las divisiones menores y que él, con su hermana, manejara su equipo profesional. Yo no iba a aceptar la llegada de Francisco Maturana a la dirección técnica de la institución, y así fue. Cuando recibí la llamada del profesor Maturana que quería saber si era cierto que lo estaban buscando, le dije que no tenía chance por lo que de manera inteligente decidió retirarse, dejando el camino libre para que otro

director técnico tomara las riendas del equipo.

Como el profesor Maturana les dijo que no, decidieron nombrar erradamente a Diego Umaña como entrenador del equipo profesional. Umaña había estado conmigo en los primeros años de mi inicio en el fútbol profesional y habíamos fracasado; sólo era cuestión de tiempo para que su experimento fracasara otra vez. Me dediqué a planificar el futuro deportivo del equipo para los siguientes cinco años buscando otra vez fortalecer las bases.

Gracias al consejo de Fernando Velasco, un amigo, conocí a un joven entrenador vallecaucano, Jaime de La Pava, que estaba haciendo una carrera exitosa en las divisiones menores. Me gustó su forma de ver el fútbol y lo contraté para la tercera división. Ese mismo año ganamos el torneo nacional de esa categoría, un buen prospecto para el futuro.

Desafortunadamente el equipo profesional fracasó y el profesor Umaña se retiró en noviembre de 1998 antes de terminar el campeonato. Lo reemplazó el joven profesor De La Pava.

Mi padre me citó a Bogotá a su sitio de reclusión para discutir quién sería el nuevo técnico del equipo para la temporada del año siguiente. Él quería traer un técnico de alto nivel pero, a raíz del fracaso rotundo de la campaña anterior, las arcas estaban vacías. Me preguntó mi opinión y recomendé, por la situación económica del equipo, al profesor Jaime de la Pava. En principio dudó pero al final aceptó.

Me reuní con el profesor De La Pava para trazar los lineamientos para afrontar una dura temporada con un equipo de jugadores cuyo promedio de edad era veintitrés años, la mayoría de ellos formados en las divisiones menores del América. Con esa realidad, se vislumbraba que la campaña sería la más complicada: ni los jugadores ni el técnico tenían la experiencia necesaria. Me propuse de nuevo sacar ese barco adelante y les metí en la cabeza a todos, desde directivos, jugadores y empleados hasta la señora de los tintos las palabras “ganar y ganar”. Eso no sólo significaba triunfos para el equipo, sino también buen dinero para el bolsillo de los jugadores.

Para lograr esa meta era indispensable asegurar dos aspectos: el dinero para pagar oportunamente los salarios y los premios y, en segundo lugar, vetar la participación de cierto árbitro que nos había perjudicado en el pasado. En cuanto al primer aspecto, la junta directiva me apoyó. Para asegurar el segundo, viajé a Bogotá y me reuní con la plana mayor del fútbol colombiano para dejarle claro que no quería que el mejor árbitro, un señor de Villavicencio, me pitara los partidos de América. Logré vetar al mejor árbitro de Colombia por las malas experiencias que había tenido en el pasado. Esa gestión de controlar las decisiones arbitrales me permitió darles confianza a mis jugadores, a quienes había mentalizado con la idea de que lo único que nos servía era ganar y ganar.

Efectivamente, ese año ganamos el primer título internacional en la historia de América: la Copa Merconorte. Además, fuimos subcampeones del rentado colombiano al perder en Medellín por penales. Era un balance positivo que permitía solidificar a un grupo de jugadores y a un técnico con mucho futuro para el fútbol nacional.

Todos mirábamos la llegada del nuevo milenio con muchas esperanzas. Analicé las fallas del año anterior: sabía que necesitaba reforzar tres posiciones claves. Traje a Luis Barbat para la portería, a Luis García para el medio y a Julián Vásquez para el ataque; estos jugadores le dieron la experiencia necesaria al equipo y le ayudaron a ganar la décima estrella para satisfacción de una hinchada y una ciudad.

Había logrado que el equipo sintiera lo que se necesitaba para triunfar: hambre de triunfo. Logré que América fuera una máquina engrasada para el éxito; en 2001 volvimos a ganar el campeonato nacional. Dos meses antes de que éste culminara, me reuní con el profesor De la

Pava y llegamos a la conclusión de que era necesario, después de esa campaña, que se tomara un año sabático. El fútbol es una profesión cambiante, y se tiene que estar actualizado, como en cualquier otra profesión, para seguir teniendo éxito.

Pero mi padre volvió a cruzarse en mi camino. No compartía mi opinión y me desautorizó y convenció al profesor De la Pava para que continuara un año más. Esa fue la gota que llenó la copa. No podía continuar soportando tanto irrespeto de una persona que no estaba en el día a día del movimiento y sus decisiones iban, para mi entender, en contra del futuro de la institución. Decidí irme. Le escribí una carta ofreciéndole mi renuncia irrevocable y le remarqué una frase, que creo le dolió en el alma: “América no es de nadie, es una pasión que se lleva grabada en el corazón y es de todos”.

Éste fue mi legado en el fútbol. Trabajé por el bien de una camiseta. Nunca cobré un duro y construí una estructura dirigida hacia el futuro. Si seguían los lineamientos, continuarían cosechando éxitos, como se hizo bajo mi mandato. Pero hoy veo con tristeza en lo que han convertido mi querida “mechita”.

Los que me sucedieron buscaron satisfacer sus intereses personales y no los de la institución. Sus excusas eran trivialidades, como la lista Clinton o “lista negra” creada en 1995 por la Oficina de Control de Bienes Extranjeros del Departamento del Tesoro de Estados Unidos, en la que se enumeran las empresas y personas vinculadas con dineros provenientes del narcotráfico. Yo le hice frente a esa lista, y jamás me limitó para cosechar los éxitos anhelados por la hinchada. Bajo mi administración deportiva, muy provechosa desde el punto de vista económico, se obtuvieron cuatro títulos del campeonato nacional colombiano, un título en la Copa Merconorte, un subtítulo en la Copa Libertadores de América y dos subtítulos del fútbol nacional.

Para vivir juntos, prefiero seguir viviendo con mi familia

Para nadie era un secreto que el cartel de Cali, con su liderazgo y con aportes de grandes cantidades de dinero, había colaborado en el desmembramiento del cartel de Medellín. Había financiado el Bloque de Búsqueda; había entregado valiosa información de inteligencia; había donado equipos especializados para la interceptación y ubicación de llamadas. Además, el cartel de Cali pagó las recompensas ofrecidas por abatir a Escobar, al Mexicano y a la gran mayoría de sus colaboradores.

En el transcurso de la guerra con Escobar, me gradué de abogado. Tenía la clara intención de organizar mi compañía de abogados, lo que daría inicio, pensaba yo, a una vida profesional en el mundo del litigio, entrenándome para futuras batallas que tendría que dar por mi estabilidad jurídica, como la de mi familia. Mi padre y mi tío comenzaban negociaciones trascendentales para su futuro.

Dios pone las oportunidades en el camino y solamente uno decide si las toma o las deja ir. Mi padre y mi tío tenían todo el escenario a su favor para entregarse a las autoridades y resolver de esa manera su situación jurídica. Muchos sectores sociales estaban altamente agradecidos con los “señores de Cali” por la muerte de Escobar.

A principios de 1994 iniciaron un acercamiento con el entonces Fiscal General de la Nación, Gustavo de Greiff, para lo que se planteaba como el sometimiento a la justicia colombiana del llamado cartel de Cali. El Gobierno estaba interesado en cerrar este capítulo no sólo por la paz de Colombia sino también por las presiones del gobierno norteamericano, que quería la captura inmediata de los jefes del cartel de Cali.

La negociación estaba destinada al fracaso desde el comienzo. Ninguna de las partes pensaba seria y sinceramente llegar a un feliz término. Mi padre y mi tío habían perdido la noción de la realidad, se creían invencibles por haber conseguido dos triunfos casi imposibles: la extradición de mi tío a Colombia, y no a Estados Unidos como querían los gringos, y la caída del cartel de Medellín. Era entendible que sus egos estuviesen engrandecidos y, caminando sobre una nube, creyeron ilusamente que podían afrontar cualquier reto que se les presentara en el camino. El poder los nubló y ahí perdieron: creyeron que estaban por encima de la ley. Dejaron ir la mejor oportunidad que tuvieron para resolver sus problemas jurídicos y los de la familia.

Comenzaron haciendo una propuesta inaceptable para las autoridades: obtener el beneficio de casa por cárcel, algo impensable tras el ridículo que hizo el gobierno Gaviria con el experimento de La Catedral con Pablo Escobar. Las peticiones eran tan absurdas que agotaron la paciencia del Gobierno y de un hombre honesto como el doctor De Greiff.

El poder político es cambiante como el viento. César Gaviria aspiraba a ser el nuevo Secretario General de la Organización de Estados Americanos (OEA) y necesitaba la aprobación y apoyo del gobierno norteamericano, por lo cual no podía ofrecerle a los Rodríguez nada

diferente a lo establecido en el ordenamiento jurídico para que se sometieran. Además, el cartel de Cali era el nuevo objetivo del Departamento de Estado de Estados Unidos en el tema de la lucha contra el narcotráfico.

En agosto de 1991 el barco *Mercader del Continente* arribó al puerto de Miami. El entonces agente Edward Kacerosky investigaba cargamentos que llegaban a Miami. Cuando inspeccionaron el barco encontraron un cargamento de postes y piedras angulares de cemento rellenos de cocaína: doce toneladas, con un valor de alrededor de doscientos millones de dólares en las calles de Estados Unidos. Bajo las órdenes de Kacerosky, decidieron dejar pasar el cargamento y seguirle la pista. Después de capturar a varias personas en Texas, iniciaron la investigación más grande en contra del narcotráfico y del lavado de dinero por parte de las autoridades norteamericanas; la denominaron Operation Cornerstone. A partir de entonces, el agente Kacerosky, de origen polaco, amante del arte y del basquetbol, inició una persecución sin cuartel contra el cartel de Cali. Quería demostrarle al mundo que esta organización era igual de poderosa que la de Medellín y que ahora controlaba, según su información, el ochenta por ciento del mercado del narcotráfico en Estados Unidos.

Mientras sucedía el avance de Kacerosky, mi padre y mi tío, por su propia condición humana, caían en la trampa de tan ilustres e inteligentes personajes de la política que, como sabandijas, lograron subirlos a un falso pedestal y les hicieron creer que podían ayudarles a solucionar políticamente su situación, cosa que nunca sucedió.

En esos momentos tormentosos yo acababa de regresar de España de cursar una maestría en Empresas y Mercadeo en el Instituto de Empresas de Madrid y me enfocaba en mi compañía de abogados, con buenos dividendos por las relaciones que mi padre tenía en el sector judicial. Comencé a heredar esos buenos contactos gracias a lo que mi padre me había enseñado sabiamente acerca de cómo manipular un sector carcomido por la corrupción: todo puede tener solución si tienes el contacto correcto o el dinero necesario para comprar conciencias, me decía.

Comenzaba a experimentar el néctar dulce pero peligroso del poder que como un narcótico va ingresando en el sistema circulatorio y lentamente se va apoderando de la conciencia. Por la situación tan complicada que vivía mi padre, comenzó a delegarme tareas dentro de las actividades legales como el manejo del equipo de fútbol, la administración de las empresas inmobiliarias y la coordinación de varios procesos en contra de la familia.

Comencé poco a poco a ser una ficha importante en su engranaje, lo que me llenaba de alegría, pero cuando veía su actitud, me llenaba de tristeza: entre más hacía las cosas bien, menos reconocimiento obtenía. Nunca pude entender ese aspecto de su personalidad. Tal vez era su forma muy particular de prepararme para que fuera el mejor. Ésta era mi situación al momento de recibir una noticia inesperada.

Durante estos años, María había estado siempre a mi lado. Con paciencia desmedida había esperado a que yo me preparara, viajara, conociera, experimentara, con la seguridad que regresaría a su lado. Para María nuestra relación era una relación seria, no por el compromiso sino más bien por la comprensión que había que tener por el tipo de persona que yo era. María era quien me visitaba en la casa, y no lo hacía por filosofía de vida sino por seguridad. Detalle que siempre agradeceré, pues sabiendo el riesgo que corría en vista de los enemigos de mi padre y de mi tío, nunca dejó de hacerlo. También tuvo que soportar una época de mi vida que yo llamo “inconsciente”, producto del poder falso que da el dinero y la adrenalina: un coctel que siempre trae malas consecuencias.

Cuando María me contó que estaba embarazada, mi mundo giró ciento ochenta grados. El

hecho me hizo reflexionar en lo que estaba haciendo con mi vida, no por el embarazo, que tomé como la mejor noticia, sino porque me di cuenta que, por estar buscando reconocimiento, mi vida se había convertido en lo que mi padre y mi familia querían, en lo que querían los demás; nunca había pensado en mí, como ser que es parte de un engranaje.

Me había dedicado a imitar otras vidas dentro de un ambiente bohemio y vacío y me consumía en alcohol y placer. Cuando me proyecté como padre, entendí que ya no era un muchacho, que tenía que tomar con seriedad el nuevo rol que la vida me estaba planteando, y empecé a ver los puntos positivos de tomar una decisión como la de casarme.

Recordé cómo añoraba tener una familia cuando mis padres se separaron y María tenía para mí el verdadero significado de una buena mujer, con principios e inteligente. Convencido de que era la mujer con la que quería pasar el resto de mi vida, tomé una decisión basada en el amor genuino que sentía por ella y en el deseo de que mi hija tuviera una familia como la que yo no tuve. Sabía lo importante que era crecer rodeado de la figura de un padre y una madre afectuosos y pendientes de su bienestar.

Mi suegra, una mujer de principios intachables y a la que admiro y respeto a pesar de su carácter fuerte pero noble, se opuso rotundamente a mi propuesta. Le propuse a María que nos fuéramos a vivir juntos. Ella, con la tranquilidad y decencia que la caracterizan, me respondió: “Para vivir juntos, prefiero seguir viviendo con mi familia”.

Educada con buenos modales y buenos valores, me demostró ser la gran mujer que es. No iba a salir de su casa sino era unida a mí en sagrado matrimonio. Esa claridad me dio las fuerzas necesarias para tomar la decisión. Estaba seguro que María sería, y lo es, la mejor mujer para compartir el resto de mi vida, y así también asegurar una familia para nuestro futuro bebé.

El siguiente paso fue hablar con mi padre. Fui a visitarlo a una de las casas donde se ocultaba. Instalado en la pequeña mesa del corredor en donde acostumbraba recibir a las personas que le entregaban información y desde donde manejaba todos los negocios de la familia —en eso se había convertido su oficina— me dijo, para mi sorpresa, que consideraba que María era una gran mujer. También me dijo que se alegraba mucho por la noticia, que estaba feliz de saber que sería mi esposa.

Con la decisión tomada regresé a mi casa y le comuniqué a mi tía Mariela mi decisión. Ella lo vio con tan buenos ojos que no tuvo más que darme un abrazo lleno de amor y sentimiento. Me dijo ése era el camino correcto. Al otro día, anillo en mano, estaba frente a doña Emma pidiendo la mano de su hija.

El día del matrimonio, al salir del cuarto vestido para la ceremonia, mi tía Mariela se quedó mirándome de arriba abajo en silencio. Pensé que algo estaba mal en mi traje. Tras ese preámbulo me dijo algo que tal vez había soñado para mí, unas palabras que nunca olvidaré: “El matrimonio es una responsabilidad que se debe tomar con amor, no es nada más”. Luego me dio la bendición y me sugirió dejar las indecisiones de muchacho para tomar las decisiones de un hombre adulto.

Salí del apartamento con la tristeza de saber que ya no iba a volver a entrar de nuevo como habitante de ese hogar que tanto amor me había dado. En la entrada del edificio me esperaban mis escoltas. En la iglesia Santa Teresita, lugar de la ceremonia donde se oficiaría nuestra unión, estaban presentes parte de nuestras familias, mi abuela (quien me acompañó al altar), mis primos y amigos. Mi tío y mi papá estaban ausentes: corrían demasiado riesgo si se presentaban.

Nos trasladamos al lugar de la recepción en un BMW. Nos desplazamos por el costado de la ciudad contemplando el hermoso atardecer de Cali, lo que hacía más romántico nuestro

matrimonio. Conversamos de nuestro noviazgo, del día que nos conocimos en la universidad, de las buenas y malas cosas por las que habíamos pasado hasta comentamos cómo transcurriría la fiesta. Fue un momento emocionante, lleno de inquietudes por el futuro real de nuestras vidas.

Los sistemas de seguridad estaban activados. Desde el corazón del Bloque de Búsqueda nos informaban de cualquier movimiento extraño de tropas. También nos informaban desde el aeropuerto Alfonso Bonilla Aragón de Palmira, desde uno de los hangares vecinos a los de la Policía y el Ejército. La persecución a mi padre y a mi tío estaba caliente, por lo que mi matrimonio sería la última gran fiesta del cartel de Cali donde estuvieron los grandes jefes. Una fiesta con más de doscientos invitados en la que, según se decía, era para homenajear a la nueva pareja.

Las invitaciones se habían enviado sólo hasta el día anterior, por aquello de tener la formalidad de las tarjetas y para que finalmente los invitados constataran de que se iba a realizar el evento. Las tarjetas tenían una particularidad: no mostraban la dirección del encuentro. Era cuestión de seguridad. El día del matrimonio los invitados deberían llegar a un sitio y allí, solamente allí, se les revelaba la dirección de donde sería la recepción.

Se establecieron varios anillos de seguridad para velar por la seguridad de mi padre y de mi tío, quienes por su situación no habían podido ir a la ceremonia. El trayecto al lugar y todas las vías de acceso al sitio de la reunión, que era el club El Remanso, estaban controladas por su gente de seguridad. Era un lugar hermoso a las afueras de la ciudad donde mi padre había construido un salón de fiestas espectacular para sus eventos sociales.

El sitio era estratégico por su ubicación geográfica. En caso de una posible evacuación, tenía caminos entre cañaduzales y trochas entre bosques de guadua, perfectos para el desplazamiento de varias motocicletas en una huida rápida.

La fiesta dio inicio después de la recepción de muchos personajes. Mi padre dio un discurso conmovedor y la noche transcurrió casi sin ningún contratiempo, amenizada por varias orquestas que alegraban la fiesta, presagiando que esos tiempos cambiarían y que tal vez nunca más volverían. El derroche era inusual y extraño en personajes como mi tío y mi papá, que siempre fueron moderados en sus celebraciones.

Como tengo un agudo sentido de observación, en plena celebración me di cuenta que esa tremenda fiesta no era para mí, y mucho menos lo era para celebrar mi decisión de casarme. ¡Era para él! Como en la película *El Padrino*, todo el mundo se presentaba y le daban sus respetos primero al Don, en vez de venir a nosotros que éramos los agasajados. Me di cuenta que la fiesta, las orquestas, la champaña, la mejor comida no eran para celebrar nuestro matrimonio, era para ostentar su poder. Eso, más el alcohol que había ingerido, me calentó la sangre y nos enfrascamos en una discusión que, aunque mi tía Mariela la calmó rápidamente, hizo evidente la nube en la que mi padre y mi tío estaban viviendo.

A las cinco de la mañana emprendí el viaje hacia el hotel Intercontinental a pasar mi noche de bodas. Dejando atrás el sinsabor por la discusión, nos entregamos a un hermoso amanecer en el que los únicos presentes eran el sol y mi amor por María. Ignoraba que un viento tormentoso vendría del norte por las presiones del gobierno de Estados Unidos a las autoridades colombianas para que capturaran a mi padre y a mi tío con base en las investigaciones del agente Edward Kacerosky.

Las capturas y el mercenario

La primera etapa de la persecución al cartel de Cali organizada por los organismos de seguridad de Colombia fue un total fracaso. Quienes se encargaban en principio de esta labor en los puestos operativos de control y decisión eran, de una u otra manera, amigos o aliados de mi padre y de mi tío. Esos contactos eran resultado de la reciente guerra contra Pablo Escobar.

Viendo que no se lograba ningún resultado positivo, el Gobierno nacional y Estados Unidos decidieron cambiar de estrategia. Por influencia de Washington, nombraron en la Policía Nacional al recién ascendido General Rosso José Serrano, quien se había comprometido con Estados Unidos a llevar a cabo la difícil misión de capturar a la cúpula del cartel de Cali. Ernesto Samper, presidente salpicado con el escándalo del llamado Proceso ocho mil, estaba con las manos atadas y tuvo que ceder ante los requerimientos de Estados Unidos de nombrar al general Serrano como director general de la Policía Nacional. En un acto inteligente, el general Serrano designó a hijos de generales en retiro para las direcciones alternas de la Policía, con el convencimiento de que para los líderes del cartel de Cali sería más difícil corromperlos.

Aparecieron en escena entonces los llamados hombres grises, los hijos de los generales en retiro que comenzaban su carrera en la Policía Nacional, de los cuales algunos aún hoy ocupan importantes cargos en la Policía. Durante la dirección del general Serrano llevaron a cabo una persecución sin cuartel en contra de mi familia para presionar la captura o entrega de mi padre y de mi tío, realizando constantes acosos con allanamientos repetidos a nuestros hogares. En mi oficina realizaron allanamientos cada dos semanas aproximadamente, con un despliegue cinematográfico de hombres jungla que, con el rostro pintado y armados hasta lo dientes, buscaban información que nunca encontraron, porque nunca la tuve. Por la violación constante de la privacidad de mis clientes me vi obligado a cerrar mi oficina: quién iba a querer que lo representara alguien cuya oficina era allanada cada quince días. Lo mismo sucedía en nuestras casas, sin importar que hubiera niños pequeños, les daba lo mismo; era una arbitrariedad que teníamos que soportar por ser miembros de las familias de los Rodríguez Orejuela. Lo importante para ellos era cumplir con su estrategia de presionar, aburrir, desesperar, con el objetivo de que mi tío y mi papá se entregaran.

Lo único que realmente sirvió para lograr su objetivo fueron las recompensas ofrecidas y los datos suministrados por sus informantes. En Colombia no capturan a nadie por informes de inteligencia, lo hacen por delación de informantes.

La ciudad de Cali en 1994 podía aún ser fácilmente controlada con un esquema de seguridad nada complejo: redes de informantes, manejo de comunicaciones y amigos en diferentes puntos estratégicos. Era sencillo realizar labores de contrainteligencia y conocer anticipadamente hacia dónde se dirigían las autoridades en sus primeros allanamientos.

La radio, la prensa y la televisión ofrecían recompensas por la captura de los jefes del cartel de

Cali, incluidos mi padre y mi tío. En esos avisos anunciaban los números telefónicos a los cuales podían acudir quienes tuvieran información que condujera a su captura. Los hombres encargados de la contrainteligencia, designados por mi padre y por mi tío y al mando del mayor Del Vasto, interceptaban esas líneas telefónicas y a diario realizaban una evaluación de riesgo y hacían un reporte directo a sus jefes, quienes eran los únicos que tomaban decisiones en cuanto a movimientos o cambios de domicilios. Era tal el grado de infiltración que se tenía en estos grupos especiales que siempre se iba adelante, es decir, se sabía con antelación los sitios que allanarían, a quién y cuándo, permitiendo dar aviso oportuno a las personas para que se ocultaran o movieran la información transcendental de la organización.

Algo que aún hoy no tiene explicación sucedió con el entonces contador del cartel de Cali, Guillermo Pallomari, un chileno que resultaría una ficha importante en la estructura del cartel de Cali por sus conocimientos en informática e ingeniería de sistemas. Mi padre, una hora antes de un allanamiento que le hicieran las autoridades a su oficina, le avisó y nadie entendió, ni entiende hoy, por qué se quedó en el lugar con el maletín donde estaban todas las cuentas del cartel. El maletín decomisado con la información recaudada daría origen a un proceso judicial en contra de la clase política que había recibido millones de dólares por muchos años, vendiendo su conciencia a la mafia colombiana. Ahí nació el famoso Proceso ocho mil, el cual fue utilizado como herramienta política por el entonces Fiscal General de la nación, Alfonso Valdivieso.

Ante el fracaso de la estrategia desplegada en la fase dos, con el general Rosso José Serrano a la cabeza, el Gobierno, con la presión de los norteamericanos, cambió de estrategia. Los gringos colaboraron con más dinero, lo que les permitió aumentar la cifra de la recompensa por la captura de los jefes del cartel de Cali, razón por la que dejé de ver a mi padre por más de tres meses, hasta que un día su gente de confianza me abordó; según ellos, me necesitaba.

Cuando nos vimos me pidió que me entrevistara con un abogado en Bogotá que le estaba planteando la posibilidad de lograr mediante una acción de tutela —mecanismo previsto en el artículo 86 de la Constitución Política de Colombia, vigente, que busca proteger los derechos constitucionales fundamentales de los individuos— que se dejaran de transmitir en la televisión nacional los avisos donde se incluía su foto, con base en un artículo de la Constitución que se refiere a la protección del buen nombre, y algún otro derecho fundamental que se violaba con esta práctica.

Efectivamente —y como quienes teníamos derecho a presentar esa petición de amparo éramos mi abuela, por su condición de madre, o yo, por ser uno de sus hijos—, acepté el encargo y presenté el escrito ante un Juzgado Civil del Circuito de Bogotá, que falló favorablemente y ordenó la suspensión de la transmisión por televisión de los avisos de recompensa.

Este acto jurídico provocó una investigación penal en contra de mi padre, quien era permanentemente escuchado gracias a la tecnología con que contaban las autoridades en Cali, mas no podía ser ubicado. Él utilizaba un sistema especial de encriptación que sólo hasta su captura sería descubierto. Imprudentemente, en alguna conversación telefónica hizo referencia al supuesto compromiso que podía tener el funcionario judicial que había aceptado las razones de derecho planteadas en la acción de tutela. Eso dio inicio a una investigación.

Aun cuando se logró un triunfo judicial, el cual me convirtió en protagonista, tuve que asistir a la Fiscalía Delegada ante la Corte para desvirtuar mi participación en el presunto cohecho que nos endilgaban.

Entretanto, Jorge Salcedo —irónicamente, un hijo de un general en retiro—, encargado de las comunicaciones del cartel de Cali, como todo buen mercenario comenzaba a darse cuenta de que

este barco estaba a punto de naufragar e ideó una estrategia maquiavélica para entregar a su jefe, iniciando un acercamiento traicionero hacia mi padre.

Al ser un simple encargado de las comunicaciones del cartel, no podía tener acceso a los anillos de seguridad, y menos a la información que necesitaba para cumplir con su trato con los gringos de entregarles en bandeja de plata a los jefes del cartel. Luego del episodio de Costa Rica en el que las autoridades “incautaron” dos bombas papaya, mi tío Gilberto, si bien lo mantenía como jefe de comunicaciones por su conocimiento y experiencia, en el fondo desconfiaba de Salcedo.

Salcedo se había comprometido con los norteamericanos a entregar a los jefes del cartel de Cali o a hacer lo que fuera necesario para acabar con éste, pero no tenía el cómo. La presión permanente de los agentes gringos lo puso contra la pared por lo que decidió darles un adelanto y entregar a su amigo, el encargado de la seguridad de mi padre, el mayor Mario del Vasto, un hombre leal al cartel.

La estrategia consistió en ganarse la confianza de Mario del Vasto para conocer sus desplazamientos. Cuando se enteró que iba a dar una capacitación a sus hombres en una sede campestre ubicada al sur de Cali, Jorge Salcedo dio aviso a sus contactos. Estos montaron un impresionante operativo que dio como resultado la captura del mayor y de los doce hombres que lo acompañaban. Se les acusó de formar parte de la estructura de seguridad de Miguel Rodríguez, y posteriormente fueron condenados por enriquecimiento ilícito. Ésa fue una jugada maestra orquestada por los agentes norteamericanos, demostrando que ellos eran los ideólogos de la captura de mi padre y no los famosos informes de inteligencia que con tanto bullicio difundía el General Serrano.

En cierta ocasión, a causa de una pelea con su esposa, mi padre decidió no ir a visitarla a un apartamento del barrio Granada al norte de Cali, donde se reunían cada vez que les era posible. Jorge Salcedo sabía de esas reuniones, y de esta particularmente informó a su contacto en el nuevo Comando Especial Conjunto. La suerte acompañó a mi padre; ese día sólo envió el vehículo con algunos elementos de su propiedad. Esperaron el ingreso del automotor al inmueble y a la una de la madrugada iniciaron el allanamiento, con el consiguiente resultado fallido.

A partir de este allanamiento mi padre tomó medidas extremas. Al darse cuenta de su vulnerabilidad, se aisló por completo, reduciendo sus desplazamientos al mínimo. Mi tío Gilberto, en cambio, manejaba un esquema de seguridad totalmente diferente. Uno de sus secretarios particulares cometió la imprudencia de traer desde su pueblo natal a vivir en su casa de Cali a un amigo de la infancia, con la intención de ayudarlo a combatir su adicción a las drogas. El secretario de mi tío, el Flaco, comentaba imprudentemente las gestiones de su trabajo con su amigo. Éste sospechó quién podía ser su jefe e informó a la policía. La policía siguió al Flaco hasta su lugar de trabajo, en el norte de la ciudad de Cali, muy cerca de la sede principal de la empresa Carvajal, una tradicional compañía colombiana.

El sector era particular. Para su acceso se utilizaban unas empinadas escaleras y sólo contaba con una vía de penetración, lo que hacía fácil la identificación de quienes no vivieran en el sector. Debido a este inconveniente, la policía le encargó a un grupo especial de jóvenes mujeres oficiales, que rutinariamente se dedicaban a realizar ejercicios físicos en esa zona, que vigilara los pasos del Flaco hasta que lograron detectar el inmueble al que se dirigía. Planearon el operativo un viernes en la mañana y en la tarde le cayeron a la casa: mi tío fue capturado el 9 de junio de 1995.

El hecho de que la captura de Gilberto Rodríguez se hubiera logrado gracias a la información

proporcionada por otra persona preocupó a Jorge Salcedo, que no sólo había incumplido los compromisos adquiridos con las agencias norteamericanas, sino que le preocupaba no obtener la recompensa, que era en últimas lo que más le interesaba. Decidió entonces enfilar todas sus baterías hacia su objetivo y jugársela a fondo, considerando inminente la captura de su jefe, Miguel Rodríguez.

En su desesperación, mi padre convocó de nuevo a Jorge Salcedo a una reunión y le pidió su colaboración para evadir el hostigamiento y los allanamientos. Salcedo vio la oportunidad perfecta para reparar la resquebrajada confianza que mi padre le tenía y le brindó decididamente apoyo pensando sólo en su objetivo: entregarlo para reclamar la recompensa.

Habían pasado sólo unos días desde la captura de mi tío. Jorge Salcedo supo que mi padre se encontraba en una casa de Santa Mónica Residencial, un exclusivo sector del norte de Cali. Con la dirección exacta en mano —lo había dejado allí sólo unos minutos antes—, mandó a la esposa para que llamara a los teléfonos del Comando Especial Conjunto.

Mi padre había contratado a otro hombre conocido como Pinchaíto, quien a diario le hacía llegar los casetes que contenían grabaciones de las llamadas al Bloque de Búsqueda. Mi padre recibió la cinta que contenía la grabación de la llamada en la cual se entregaba la dirección exacta de la casa a la una de la tarde, por lo que ordenó desocuparla inmediatamente y huir. Los hombres del Comando Especial Conjunto llegaron a las dos y treinta de la tarde. Una vez más mi padre lograba evadir a los que trataban de capturarlo, pero la interrogante de quién podría ser el informante flotaba en el ambiente.

Aún aturdido por el allanamiento, mi padre se trasladó a un apartamento en el Barrio Santa Rita, al oeste de Cali, donde se escondió durante casi diez días. Jorge Salcedo conocía la zona pero no sabía con certeza cuál edificio era, hasta que un día mi padre cometió el error de pedirle que lo dejara en el parqueadero del inmueble. Con la ubicación exacta, de nuevo, Salcedo informó al Comando Especial Conjunto.

El nuevo operativo de allanamiento se planeó contemplando, incluso, la participación del general Serrano. Éste, con la certeza de que la información procedía de los agentes de la DEA, le comentó a su piloto, un capitán informante de mi padre, que salían para un operativo en la ciudad de Tulúa. Este capitán le hizo saber a mi padre el destino del general Serrano, lo cual lo tranquilizó. No obstante, después cayó en cuenta que desde Tulúa podían llegarle a Cali, conclusión que resultó acertada. Los hombres del Comando Especial Conjunto se ubicaron en la Portada del Mar, la salida de Cali que conduce a Buenaventura, y desde allí se desplazaron caminando hasta el edificio Santa Rita, a casi un kilómetro de distancia.

El Comando Especial Conjunto se tomó el edificio a las cinco y treinta de la mañana. Mi padre, enterado de la presencia de los uniformados, se escondió en una caleta casi perfecta que había mandado construir. Los uniformados allanaron todos los apartamentos y en el del segundo piso descubrieron la presencia de su secretario, por lo que iniciaron el registro del inmueble centímetro a centímetro.

Entretanto, una vez enterados de lo que sucedía, Nicol y Darío —este último era el segundo al mando en el esquema de seguridad de mi padre— me informaron lo que estaba sucediendo. Decidimos trasladarnos a un lugar más próximo al allanamiento y nos ubicamos en una cafetería del barrio Centenario. Allí hice citar a Jorge Salcedo, no sin antes enviar a los campaneros, los encargados de vigilar en moto un perímetro de cinco a diez cuadras. Necesitaba evaluar qué estaba sucediendo y qué podíamos hacer para ayudar a mi padre.

Era tanta la desesperación de los hombres del Comando Especial Conjunto que trajeron

ingenieros para que tomaran medidas y ubicaran la posible caleta dentro del apartamento de Santa Rita. En ese intento destrozaron con taladros el apartamento, y uno de los hombres que usaba una broca especial se hirió una mano gravemente.

En los alrededores del edificio —ya casi eran las seis de la tarde— Darío me comentó acerca de las dudas que tenía sobre la lealtad de Jorge Salcedo, quien, preso de un pánico contenido, iba y venía al sitio donde estábamos reunidos. Esta actitud sospechosa, además de las reservas de Darío, me hizo desconfiar de Salcedo. Por eso, en uno de sus regresos le comenté falsamente que mi padre ya había salido y estaba en un lugar seguro. Él informó inmediatamente a su contacto en el Comando Especial Conjunto, quienes suspendieron el operativo, lo que salvó a mi padre.

Para los que estábamos reunidos en esa pequeña cafetería, había quedado muy claro quién era el traidor. La situación era muy grave.

—¿Qué hacemos, patrón, lo echo en el baúl? —me preguntó Nicol.

Lo pensé, pero dudé de inmediato: no estaba acostumbrado a tomar esas decisiones de quién vive y quién muere. Creo que en esa milésima de segundo tomé la mejor decisión de mi vida.

Lo miré y le dije: —Tranquilo, mijo, que mi papá tomará la decisión de qué hacer con este hijueputa.

Para poder salir mi padre hizo entrar hasta el sitio en donde se encontraba encaletado a un sargento del Bloque de Búsqueda que le entregaba información, que él llamaba Martha, con la intención de planear su salida del edificio. En un principio “Martha” se ofreció para sacarlo en el baúl de su vehículo, pero esta idea se abortó al percatarse que todos los automotores que salían del edificio eran requisados por los uniformados. La única manera de salir de ese sitio era traspasando una tapia de casi tres metros de altura que lindaba con la montaña. Bien entrada la madrugada, con la ayuda de “Martha” y dos personas más, mi padre superó la tapia y caminó un par de horas entre la maleza hasta llegar a uno de los apartamentos de su esposa.

Ese mismo día le informé por medio de Darío lo que habíamos deducido sobre Jorge Salcedo, pero él, por el trance de locura en que estaba por el estrés, no nos creyó. Según él, Salcedo era un hombre leal por sus servicios prestados en la guerra contra el cartel de Medellín.

Jorge Salcedo se entrevistó con mi padre en el apartamento de su esposa y concretaron su traslado al apartamento del edificio Hacienda Buenos Aires, donde finalmente fue capturado.

Una vez instalado mi padre en su nuevo sitio, los agentes norteamericanos llamaron a Jorge Salcedo. Molestos, le exigieron resultados positivos, o perdería los beneficios pactados. Salcedo pidió una semana, con el argumento de que estaba logrando información valiosa para la confiscación de una importante suma de dinero.

Transcurrieron ocho días y se programó otro operativo con la seguridad de que el informe de Jorge Salcedo era veraz. El general Serrano se inventó la celebración de un foro de policías en Cali para no alertar a sus infiltrados, y en la madrugada del 6 de agosto de 1995 se inició el operativo que condujo finalmente a la captura de mi padre.

Los campaneros que se encontraban fuera del edificio no se percataron de la presencia de los hombres del Comando Especial Conjunto, que llegaron caminando por la montaña trasera del edificio. Una vez en el inmueble, volaron la puerta para no darle tiempo a nada, pues sabían, por información de Salcedo, de la perfección de sus caletas.

Tras la explosión, mi padre agarró un maletín con la intención de esconderse en la caleta, pero su esposa se lo impidió, pensando que podrían ejecutarlo. Fue sometido en su cuarto. El *show* continuó en Bogotá con la reseña y con la respectiva rueda de prensa. Ese mismo día lo llevaron a la cárcel La Picota, donde lo esperaba impacientemente mi tío, quien llevaba casi dos meses en

ese sitio de reclusión.

Fue un duro golpe, pero también fue un alivio para muchos de nosotros. Teníamos información de que las autoridades estaban perdiendo la paciencia y hablaban de la posibilidad de eliminarlos en los operativos. Fueron momentos de angustia y zozobra porque el barco quedaba sin timonel. Al día siguiente recibí una llamada de mi padre; me solicitó que me trasladara a Bogotá. Lo hice de inmediato, y pude visitarlo aprovechando mi tarjeta profesional de abogado, que me permitía el ingreso diario sin permiso del ente regulador, el Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario (INPEC).

Fue un encuentro emotivo pero triste, porque, aunque sabía el peligro que corría, nunca imaginé que llegaría ese día. Discutimos muchos temas referentes a las empresas y su dinero y acerca de cómo funcionaban las cosas, en quién debía confiar y cómo debía actuar. Al final de la jornada me dijo: “A lo mejor no estás preparado, hijo, pero ha llegado el día, tienes que asumirlo y ayudarme en esta lucha jurídica y política que debemos afrontar para tratar de salvar nuestra familia”. Ese día, como buen hijo, leal a su padre, asumí un compromiso. Se iniciaba así una nueva etapa de mi vida.

La mayoría de los delincuentes—como ya lo dije— caen porque son delatados por personas como Jorge Salcedo, un personaje que hoy es de los pocos que pueden decir que realmente el crimen sí paga. Este hombre se paseó por el código penal colombiano haciendo terrorismo y conspirando, y hasta confesó en un libro su complicidad en asesinatos. Al final recibió un millón y medio de dólares por entregar a su jefe, y nunca pisó una prisión federal.

En la persecución sin cuartel a mi padre y a mi tío no falleció un solo policía, y en todos los allanamientos que antecedieron a la captura de ambos, no obstante los atropellos y las arbitrariedades, no se disparó un solo tiro, lo que demuestra que nuestra lucha con el Gobierno siempre fue jurídica.

Proceso ocho mil

El día 15 de junio de 1994 el excandidato presidencial Andrés Pastrana Arango recibió de la DEA los casetes con las grabaciones acerca de los aportes del cartel de Cali a la campaña presidencial de Colombia. Esas cintas desataron uno de los mayores escándalos políticos de Colombia y dieron inicio al llamado proceso ocho mil, que aún hoy levanta ampollas en quienes fueron sus protagonistas.

Alberto *Loco* Giraldo era un reconocido periodista y relacionista público experto en *lobby* político y militante conservador de los afectos del presidente Misael Pastrana Borrero, padre de Andrés Pastrana Arango. Giraldo, quien conoció a mi padre luego de la captura de mi tío Gilberto en España a mediados de 1984, fue un pilar fundamental en la tarea de traer de vuelta a Colombia a mi tío dada su cercanía al Partido Conservador, que estaba en el poder en ese período presidencial.

Es oportuno recordar que la captura de mi tío en territorio español obligó a mi padre a trasladar su residencia casi permanentemente a Bogotá en donde despachaba en la suite Colombia del Hotel Tequendama. En dicha suite atendía a cuanto político, abogado y funcionario de la administración central tuviera ideas o injerencia en la decisión de poder extraditar a mi tío Gilberto a Colombia, y no a Estados Unidos como se pretendía. Allí conoció al Loco Giraldo. Su asesoría para que no extraditaran a mi tío al país del norte fue fundamental e iniciaron una amistad que luego se consolidaría al punto de que mi padre y mi tío le solicitaron que siguiera trabajando con ellos. Los grandes jefes del cartel ignoraban que, como consecuencia de la vida social agitada, el Loco Giraldo padecía de alcoholismo. Modelos, actrices, *jet set* criollo y parrandas eran el diario vivir del Loco. Ese estilo de vida lo llevó a cometer un error que marcaría el inicio del fin del cartel de Cali, dejándole muy claro a los norteamericanos el poder corruptor de esa organización dentro del entorno político colombiano.

Era un momento histórico propicio para que un personaje como el futuro candidato liberal Ernesto Samper Pizano saliera a la palestra pública con propuestas modernas y novedosas. Político liberal con un ascendente propio no sólo por su intelecto, sino por su formación y su discurso en relación con el narcotráfico: “El problema es transnacional”, decía, “y los puentes de las relaciones están contruidos”. Este discurso llamó la atención de los jefes del cartel de Cali, que lo veían con admiración en momentos cruciales cuando la comunidad internacional estaba alerta al tema del narcotráfico por su consumo en aumento y por las exorbitantes ganancias que afectaban a las débiles economías de la región. Lo que más preocupaba, en particular a los gringos, era que la economía subterránea del narcotráfico fuera a dar al traste con el Plan de las Américas, creado por Estados Unidos para sus aliados en esta parte del planeta. En sus inicios el plan contemplaba el mejoramiento de la calidad de la democracia, la transformación y prevención de conflictos, con fines claros de inversión social y sustitución de cultivos, pero

terminó siendo el soporte de fumigaciones indiscriminadas, lo que trajo consecuencias nefastas para el campesinado, para el que esos cultivos representaban la manera decente de ganarse la vida.

El doctor Eduardo Mestre Sarmiento, importante político a quien sólo le faltó ocupar el solio de Bolívar, se convirtió en el mejor puente para poder conversar con el futuro candidato liberal, no sólo por su conocimiento de la cuestión política sino también por su extraordinaria habilidad de negociador. Su cercanía con el candidato le permitía conocer su agenda en detalle. Mestre también era amigo de mi padre y de mi tío.

Tengo los mejores recuerdos de la presencia democrática del doctor Mestre en el Congreso de la República defendiendo las causas que se le asignaban. Me aterra la manera como terminó su carrera política: traicionado por su jefe y amigo.

Con el fin de iniciar un plan de trabajo jurídico serio y comprometido con unos objetivos legales bien definidos, Mestre programó una reunión en la capital de España, a la que asistieron emisarios de mi padre y de mi tío, Samper —futuro candidato liberal, entonces embajador en España—, Alberto *Loco* Giraldo y Eduardo Mestre. La petición fundamental de los “señores de Cali” era lograr su reinserción a la vida civil con el pago de prisión domiciliaria, así como la posibilidad de lograr rebajas de penas. Los Rodríguez se comprometerían a liderar entre los narcotraficantes la iniciativa de reducir paulatinamente los embarques de droga, lo que llevaría, en un plazo corto, a acabar con el negocio; quienes no se adhirieran a este plan, serían juzgados con todo el rigor de la ley. Los fines eran claros: acabar con el narcotráfico, por lo menos en Colombia, y qué mejor que fuera el resultado de una política de Estado seria y coherente. Ésa fue la propuesta del virtuoso y eventual electo presidente.

Lo anterior es muy similar a lo que el gobierno de Álvaro Uribe pretendió viabilizar con las Autodefensas Unidas de Colombia en la Ley de Justicia y Paz: perdón y olvido, desmovilización y reinserción. Lamentablemente, una vez elegido presidente Ernesto Samper, la irresponsabilidad del *Loco* Giraldo daría al traste con esas buenas intenciones: hizo llamadas que, sin saberlo él, las autoridades grabaron.

Los norteamericanos, preocupados por las “amistades peligrosas” del futuro presidente solicitaron, a través de sus agencias en Colombia, la colaboración de los famosos hombres grises de la Policía Nacional, quienes recibían prebendas de Washington; su misión era ubicar al relacionista del cartel y conocer no sólo sus movimientos sino también sus conversaciones.

Así descubrieron que el *Loco* Giraldo se comunicaba a diario con mi padre y con mi tío desde el apartamento de una de sus amantes.

En “El Pacto de Recoletos”, como se conoció la reunión de Madrid, el candidato liberal se comprometió a gestionar, si era electo presidente, una ley de sometimiento a la justicia similar a la de Gaviria con Pablo Escobar y a la de Belisario Betancur con el M-19. Pero tras el escándalo por las conversaciones interceptadas al *Loco* Giraldo, el Congreso se legitimó imperialmente, tramitando y aprobando un paquete legislativo propicio para abusos y atropellos proscritos desde la Edad Media.

La estrategia norteamericana empezaba a dar frutos. Seguían demostrando su impresionante habilidad en el manejo de la información y en la manipulación de la manera de pensar de la gente del común. Con los narcocasets en sus manos, sólo necesitaban el momento oportuno para hacer explotar esa bomba informativa y desatar una avalancha en contra del cartel de Cali y el presidente electo que iniciaría su período en 1994.

Santiago Medina, conocido no sólo por ser un anticuario sino también por su *glamour*, era

amigo de mi tío Gilberto y de su esposa desde cuando éstos tenían cabida en los principales clubes capitalinos en la época de su prosperidad empresarial. Debido a esa relación, negociaron muchas antigüedades y obras de arte. Cuando fue designado tesorero de la campaña presidencial de Samper, el vínculo se reactivó. El anticuario Medina se desplazaba a Cali cada vez que se requería cuadrar algún tipo de logística para el transporte del dinero que se necesitaba en la campaña.

El encargado de optimizar la recolección del dinero en Cali era un colaborador de mi padre, quien con el tiempo resultó de los afectos de Medina y posteriormente inculminado por él al aceptar los cargos que le hiciera la Fiscalía.

Samper, ya siendo presidente electo, siempre negó saber del ingreso de dineros del narcotráfico a su campaña, y aún hoy se sostiene en esta afirmación. Famosa se hizo su frase “a mis espaldas” y aún más famosa aquella descripción del entonces presidente de la Conferencia Episcopal, monseñor Pedro Rubiano Sáenz, cuando afirmó que, frente a los hechos, era como si a la casa de alguien se metiera un elefante y su morador no se diera cuenta.

Desafortunadamente en algún momento de ansiedad indescriptible, que aún es motivo de cuestionamientos, no entiendo cómo mi padre y mi tío, hombres experimentados en mecanismos de información imposible de interceptar, recibieron llamadas de Giraldo. Éste irresponsablemente describía con exactitud la estrategia de campaña, las necesidades financieras que se tenían y la complicación que significaba la otra campaña, la de Pastrana, que estaba tomando ventaja considerable sobre la de Samper. Eventualmente se llegó a pensar en la posibilidad de, incluso, asistir financieramente también al candidato Conservador.

Los comentarios del Loco eran innecesarios, habida cuenta de que mi padre y mi tío habían puesto a su entera disposición un avión Comander bimotor, con tripulación disponible las veinticuatro horas en el aeropuerto El Dorado de Bogotá, con el objetivo de que pudiera viajar a Cali las veces que fuera necesario para hablar sobre el tema de la financiación de la campaña y de cómo iba la situación en cuanto al debate propiamente dicho.

El avión Comander sirvió para transportar al Loco Giraldo, al Ovejo —hombre de confianza de mi padre— y al anticuario Medina, que eran los encargados de recolectar el dinero en Cali y destinarlo a la campaña liberal en diferentes ciudades del país que necesitaban de liquidez inmediata para llevar a cabo su objetivo de ganar la primera vuelta.

Como no se cumplió con el umbral de votos requeridos por la Registraduría Nacional, fue necesario, por mandato constitucional, programar una segunda vuelta. El candidato presidencial liberal, angustiado por la dificultad financiera que aquejaba su campaña, enviaba razones a sus amigos de Cali, reiterándoles su compromiso adquirido en el pacto de Recoletos, en la eventualidad de que fuera elegido presidente de los colombianos.

Mi padre y mi tío al recibir esas razones alentadoras para sus propósitos, hicieron ingentes esfuerzos para recoger el dinero que se necesitaba para la campaña. Valga la pena decir que el proyecto político de sometimiento que se pretendía lograr con este financiamiento podría haber sido el inicio del fin de un problema que no era sólo de mi tío y de mi padre, y en el cual la cuota de responsabilidad que se les impuso no se compaginaba con las verdaderas ganancias del negocio. El proyecto tenía una buena intención y la formación e intelecto del futuro presidente liberal le daban el respaldo suficiente para defenderlo. El objetivo del proyecto era acabar con el negocio del narcotráfico; hipotéticamente, el negocio disminuiría si se controlaban los embarques desde Colombia y se obligaba a los narcotraficantes a entregar sus rutas.

Una mala idea para los que pretendían seguir lucrándose indirectamente, y pésima para los que

políticamente creían que la defensa de sus propios intereses está por encima de cualquier propuesta moderna que implicara negociación.

Andrés Pastrana Arango se convirtió de un momento a otro en bastión moral: con su tradicional exceso de maquillaje salió a los medios a solicitar la renuncia del presidente Ernesto Samper Pizano al que acusó de recibir dineros del narcotráfico en su campaña presidencial. En la primera vuelta el cartel de Cali aportó el equivalente a cuatro millones de dólares; en la segunda, seis millones de dólares más. Un aporte que no tuvo como justificación primaria comprar un presidente; tenía como intención necesaria llegar a un acuerdo para tratar de dar fin a uno de los azotes que sufría la sociedad colombiana.

A partir de ese momento, las especulaciones y el denominado proceso ocho mil por cuenta de la Fiscalía General de la Nación, bajo la dirección de Alfonso Valdivieso Sarmiento, se convirtieron en el tema de moda durante casi una década. Tanto que el doctor Valdivieso aspiró a llegar a la presidencia de la República. Su gestión fue duramente cuestionada cuando se opuso a una facción especial de la dirigencia política, que siempre se ha querido mostrar como la más pura e incorruptible.

La estrategia de la Fiscalía, en conjunto con la embajada de Estados Unidos, era simple: lograr la renuncia de Samper, y para eso presionaron al anticuario Medina y a los demás miembros que conformaban la dirección de la campaña. Su vicepresidente, Humberto de la Calle, a quien los norteamericanos veían con buenos ojos, podría asumir la primera magistratura. Además, De la Calle era cercano al expresidente Gaviria, su jefe natural, y quien desde la Organización de Estados Americanos (OEA), con sede en Washington, le señalaría los derroteros a seguir según el Plan de las Américas.

Los intereses políticos se sobreponen a los jurídicos, según una máxima de los norteamericanos. Samper no renunció, lo que le valió al anticuario Medina, tesorero de la campaña, y a Fernando Botero Zea, hijo del maestro Fernando Botero y quien fuera secretario de la campaña y ministro de Defensa, ir a la cárcel. El país del Sagrado Corazón: es inexplicable cómo el secretario y el tesorero de una campaña presidencial terminan condenados y el presidente termina absuelto.

La inmutabilidad del presidente que se resistía a renunciar, obligó a los norteamericanos a cambiar de estrategia. Decidieron convertirlo en su aliado haciéndole saber la agenda legislativa que debería desarrollar en su cuatrienio, con la intención de demostrarle no sólo al país sino también al mundo entero que nada tenía que ver con personas relacionadas con el narcotráfico.

Efectivamente durante la legislatura del gobierno Samper no sólo se tramitaron sino que también se aprobaron las leyes de extinción de dominio, legislación que le permitía al Gobierno quedarse con los bienes incautados al narcotráfico y a la subversión. Las iniciales referidas al lavado de activos fueron catalogadas como de tipo penal autónomo. El enriquecimiento ilícito se tipificó de manera independiente, permitiendo acusar a cualquier persona de este delito, incluso a los testaferros, y la extradición de naciones, siendo necesario para su promulgación reformar la Constitución Política.

Durante todo su gobierno existió un correo permanente y directo con mi padre y con mi tío. El buen presidente electo constantemente los extorsionaba sobre su condición en las cárceles de Colombia y su permanencia en el país, haciéndoles saber que si llegaban a decir algo relacionado con la financiación de la campaña, los extraditaría administrativamente, y que de hecho contaba con el beneplácito de los gringos. Mi tío y mi padre, por convicción, nunca hablaron de este tema.

Mi metamorfosis

Después de la captura de mi padre y de mi tío tuve que asumir deberes y obligaciones que cambiarían mi vida para siempre. Antes me movía en mi mundo bajo sus parámetros, desempeñándome como una persona común y corriente, alejada del mundo oscuro de los negocios ilegales, cumpliendo su sueño de desarrollarme como empresario y como un gran profesional alejado de sus negocios.

Pero ante las turbulentas circunstancias que se presentaban en nuestro entorno, se necesitaba de alguien que pusiese el pecho en nombre de la familia, razón y motivo por la que comenzaría un camino sin retorno que casi acaba con mi vida. Habiendo buscado el reconocimiento y la aprobación de mi padre, ésta era la oportunidad perfecta para demostrarle de qué estaba hecho, que por mis venas también corrían células suyas. De acuerdo con este supuesto, me convertí en su instrumento necesario en la calle para asumir retos que se presentarían después de su captura.

Sin saberlo, me esperaba una lucha sin cuartel. Los norteamericanos tenían sus ojos puestos en Colombia, no sólo por la proliferación del narcotráfico sino también porque querían abrir de par en par la puerta de entrada a Suramérica, a la que veían afectada en sus economías dependientes por los ríos de dinero provenientes del fenómeno, lo que podría dar al traste con sus planes de dominio, que se tambaleaba por efectos de la globalización. No querían que un dinero suelto y sin control les generara más problemas de los que ya tenían en otras regiones del mundo.

Su plan tenía tres objetivos, y para conseguirlos negociaron con sus lacayos criollos. Para lograr el primero —acabar con el narcotráfico— aprovecharían el escándalo del presidente electo, Samper, salpicado con la revelación del ingreso de dinero del cartel de Cali a su campaña, e implantarían los pilares jurídicos fundamentales para expedir una ley de extinción de dominio y lavado de activos, dando uso efectivo a la extradición de nacionales. Los otros dos objetivos eran el Plan Colombia: acuerdo bilateral entre Estados Unidos y Colombia, realizado en 1999, con el objetivo de generar una revitalización social y económica, terminar el conflicto armado en Colombia, crear una estrategia que pusiera fin al narcotráfico y acordar los Tratados de Libre Comercio, que hoy en día tienen a varios sectores de la economía colombiana en bancarrota.

Fui adquiriendo protagonismo en este contexto, pero fundamentalmente lo adquirí dentro del esquema que necesitaba mi padre para, además de coordinar su defensa, hacerle frente a los proyectos de ley que se presentarían al Congreso de la República durante el período presidencial del doctor Ernesto Samper.

Durante este período crítico comencé a experimentar cambios drásticos en mi personalidad. Descubrí que el poder es un narcótico que va nublando la conciencia, que hace creer que el fin justifica los medios y hace olvidar los valores aprendidos en casa para conseguir los resultados.

Tuve una gran metamorfosis: pasé de ser una persona común y corriente a ser una especie de superhombre que todo lo podía, asumiendo compromisos con mi padre a los que una persona que

está en sus cabales nunca se hubiese comprometido. Como he dicho, quería su reconocimiento, y él necesitaba de alguien dispuesto a darlo todo en una guerra jurídica contra el imperio.

Una de las primeras misiones que me encomendó fue buscar un acercamiento con el Gobierno y clarificar su posición frente a los compromisos adquiridos en España sobre una futura ley de sometimiento y rebaja de penas. Además quería que empezara a trabajar en la ley que se pensaba tramitar en el Congreso sobre enriquecimiento ilícito. Ley peligrosa para la estabilidad jurídica de mi familia y de los mismos congresistas comprometidos en el proceso ocho mil.

Me puso en contacto con un político de Cartago conocido como el Gordo, amigo de la casa Samper por muchos años, quien nos había hecho diligencias en el pasado. En la reunión que tuvimos en Bogotá le expuse nuestra necesidad de tener un acercamiento con el Gobierno para despejar interrogantes. No recibí respuesta alguna en los siguientes dos meses.

A finales de noviembre de 1995 recibí una llamada del Gordo. Me dijo que tenía un mensaje importante del Gobierno y me citó de urgencia en la ciudad de Bogotá. Como su amigo Fernando Botero Zea estaba a punto de contar la verdad sobre la financiación de la campaña presidencial de 1994, en la que el cartel de Cali invirtió diez millones de dólares, por petición del ministro de Gobierno de la época quería que cuadráramos una cita en el Cantón Norte, una base militar al norte de Bogotá donde se encontraba preso el exministro Botero por el escándalo de los narcocasetes. Querían calmarle su ansiedad dándole un parte de que seguía firme nuestro compromiso de luchar con todos nuestros recursos para que la ley de extinción de dominio y enriquecimiento ilícito no fuera aprobada por el Congreso. Si la ley era aprobada por el Congreso y se individualizaba este delito del narcotráfico y la subversión, él iba a ser el primer condenado.

Un mensajero de Fernando Botero Zea me recogió en una Supertienda Olímpica del barrio El Chicó. Me acompañaba el congresista Chavarriaga, quien supuestamente tenía un interés ideológico en combatir las leyes —retrógradas, según él— que iba a aprobar el Congreso; su interés era más bien material, pues sabía que esas leyes las aplicarían contra ellos, los congresistas y senadores, como realmente sucedió.

Ingresamos al Cantón al filo de la medianoche, sin ningún tipo de requisa. En el casino de oficiales nos esperaban el ministro de Gobierno y el exministro Fernando Botero Zea. En la reunión, y luego de comentar sobre la difícil situación del país, Botero fue vehemente en su discurso; afirmó que no estaba dispuesto a ser condenado por enriquecimiento ilícito, y le aterraba la posibilidad de que ese delito fuera aprobado por el Congreso como autónomo.

El ministro de Gobierno intentó tranquilizarlo diciéndole que el presidente iba a hacer todo lo posible para que no sucediera, y me pidió que interviniera para apuntalar lo dicho por él. Informé al exministro Botero sobre las gestiones que adelantábamos en el Congreso con la ayuda del representante Chavarriaga y de algunos congresistas amigos. Intenté transmitirle confianza en nuestras gestiones y le pedí cordura. Le expliqué que no era conveniente para el país, por la inestabilidad política que se vendría encima y por el peligro que representaba, no sólo para mi padre y para mi tío el tema de la extradición por vía administrativa sino también para él, como protagonista de ese escándalo político.

Los debates en el Congreso fueron muy duros, y al final los perdimos porque los medios de comunicación, controlados por el embajador de Estados Unidos, Myles Frechette, reaccionaron y asustaron a los honorables senadores y representantes, que traicionaron su palabra con el aval del Gobierno.

Fernando Botero Zea, traicionado por su antiguo jefe y luego de haber sido aprobado el delito de enriquecimiento ilícito de particulares como autónomo, me volvió a citar a su sitio de

reclusión. Nos reunimos la noche del viernes 19 de enero de 1996. Me comunicó su decisión de contar toda la verdad acerca de ese penoso episodio de nuestra política colombiana, sin importarle lo que le sucediera a él ni lo que nos sucediera a nosotros. Botero era consciente de que su carrera política estaba terminada.

El noticiero del periodista Yamid Amat en la emisión del lunes 22 de enero abrió con la siguiente noticia: “Botero se revienta”. Al ser interrogado sobre si el presidente Samper sabía o conocía del ingreso de dineros del narcotráfico a la campaña, el exministro, con impavidez de monaguillo, le dijo la verdad al país: “El presidente sí sabía del ingreso de los dineros del narcotráfico a su campaña”.

Esa noche, la caballería del Ejército y los aviones de combate de la Fuerza Aérea hicieron acto de presencia en la capital del país. Samper fue tajante: “Aquí estoy y aquí me quedo”. Lo decía porque tenía el aval de los gringos, a quienes les acababa de prometer que terminaría con el narcotráfico, mostrando su esencia maquiavélica y traidora con sus más cercanos colaboradores. Ese fue y siempre será el proceder de este ambicioso político, quien tuvo la oportunidad de darle ejemplo al país con un acto de contricción pero prefirió mantenerse en el poder.

Durante ese período y antes de mi atentado, se vivieron otras épocas tormentosas para la familia. Había asumido un rol protagonista en el mundo de la política y el bandidaje resolviendo todo tipo de inconvenientes, debatiéndome entre la vida, la muerte y la cárcel. Enfrentándome a retos tan grandes como el del exministro Fernando Botero Zea, o reuniones clandestinas con los nuevos amos del narcotráfico tratando de hacer valer nuestra posición, como la que sostuve en el departamento de Córdoba con Carlos Castaño y los señores del cartel del norte del Valle.

No puedo negar que me gustaba lo que hacía. Vivía en un estado de trance donde la adrenalina era el alimento que engrandecía mi iluso ego que buscaba poder y reconocimiento, olvidándome de cosas transcendentales de la vida, como María mi esposa, y mi hermosa hija.

En esa etapa de mi vida comencé a tener serios problemas en mi hogar. María me recriminaba mi nueva forma de proceder. Su sexto sentido, que estaba por encima de mis impulsos, sabía muy bien que iba a terminar mal, por lo que me reprochaba continuamente mi cambio. No había comparación entre ese hombre normal del que se había enamorado en la universidad y esta nueva especie de monstruo que había perdido su rumbo. Me desesperaba con sus confrontaciones. Cuando se vive fuera de la realidad, sólo se escucha lo que se quiere oír. Sin medir las consecuencias, casi acabo con mi matrimonio pensando que no era nada comparado con el poder que supuestamente estaba obteniendo. Ignoraba que nadaba en las aguas peligrosas de la perdición, enamorado de mi propio ego.

Fue por entonces cuando conocí a una hermosa mujer, con unos ojos azules profundos como el mar, que me ayudó; sus brazos me dieron refugio en momentos de soledad; sus palabras, siempre positivas, me ayudaron en momentos difíciles. Pero era un amor imposible por la significativa diferencia de edad entre los dos; creo que ha sido la única mujer que pudo en algún momento separarme de mi hogar. Hasta el día de hoy, todavía recuerdo con cariño a Paulina.

En mayo de 1996, las cosas se complicaron aún más. Fue cuando sufrí el atentado hecho por un comando enviado por el cartel del norte del Valle. Estuvimos al borde del exterminio en manos de unos dementes sin principios ni valores. Este atentado cambiaría mi vida para siempre. Comprendí que había cosas más importantes que el poder y el reconocimiento. Desafortunadamente lo entendí hasta ese momento y aprendí una dura lección que no olvidaré: cada vez que me veo al espejo y observo mis cicatrices, siento mi dolor y el dolor por los amigos que perdí.

Sólo la dedicación, el amor incondicional y la fortaleza providencial que recibí de mi esposa en un momento crítico, atenazado por el miedo, me dieron las suficientes fuerzas para recuperarme y cambiar mi actitud. Así pude recuperar de nuevo mi hogar entendiendo que, al fin de cuentas, lo que queda es el amor por las personas que siempre están al lado de uno.

Durante quince meses viví con intensidad creyendo tocar el cielo: corriendo peligros, corrompiendo voluntades y principios, tratando de pelear una guerra que desde el inicio estaba perdida en contra de un gigante como los Estados Unidos de América.

En junio de 1996 tomé la decisión, junto a mi esposa, de dejar toda esta locura y huir a la Argentina. Cuando teníamos todo listo nos enteramos de otra noticia nefasta: fui acusado formalmente en una corte de la Florida en el caso contra el cartel de Cali llamado Piedra Angular, liderado por el agente especial Edward Kacerovsky. Según las autoridades norteamericanas, yo era el nuevo jefe del cartel de Cali.

A raíz de esa noticia, viví uno de los peores episodios de mi vida. Quería huir pero no podía poner un pie fuera del territorio colombiano; tenía una orden de captura internacional de la Interpol llamada circular roja, y si lo hacía, sería capturado inmediatamente y puesto a disposición de las autoridades norteamericanas.

Durante este tiempo de mi recuperación se intentaba lograr un acuerdo de no agresión entre los “señores de Cali” y los del norte del Valle. A raíz de mi atentado se vivieron episodios de mucha tensión, pero afortunadamente sobreviví y pudimos llegar a un acuerdo para solucionar tantos malentendidos divulgados por Don Efra —ya difunto— con los que pretendió, dentro de su mente ególatra, ser el número uno del narcotráfico. Según él, mi padre y mi tío eran obstáculos para su egoísta interés, e inventaba y comunicaba a sus socios que mi padre y mi tío eran los autores de cualquier anónimo que llegara a la Fiscalía en contra del cartel del norte del Valle.

Hubo varias reuniones en la cárcel La Picota de Bogotá entre Orlando Henao, mi padre y mi tío para pactar acuerdos. En una de esas pacíficas tertulias mi padre planteó la necesidad de hacerle frente en conjunto a un proyecto de ley muy peligroso para el futuro de todas las personas del mundo del narcotráfico; se refería a la ley de extinción de dominio. De esa reunión salió un acuerdo para hacerle frente en conjunto. Los del cartel del norte del Valle se comprometerían a recolectar dinero en el mundo del bandidaje, y nosotros nos encargaríamos de la parte legal del proyecto.

¿Quién lideraría este proyecto en la parte política? Los señores del cartel del norte del Valle insistieron en mí como la persona indicada para librar esta tarea. En un principio mi padre se opuso pero, ante la insistencia de los nuevos padrinos, tuvo que acceder y fui citado a una reunión cumbre en La Picota. Mi tío tomó la palabra para darme las razones por las que debía ayudarles en esta misión. Estaba en juego la estabilidad económica de la familia y, sobre todo, su palabra ante los señores del cartel del norte del Valle.

Al principio dije que no. No me sentía con la capacidad psíquica para dar lo mejor de mí, y mucho menos para hacer alianzas con personas que no cumplían su palabra y que además habían atentado contra mi vida. Mi padre me recomendó que lo pensara. Si les mostraba a esos personajes resentimiento, estaría poniendo en peligro no sólo mi vida sino también la de toda la familia; teníamos que ser inteligentes. Más adelante les cobraríamos las cuentas pendientes cuando menos lo esperaran.

Luego de meditar sobre las palabras de mi padre, concluí que tenía razón. Estaba atrapado en una red sin escapatoria; en eso se había convertido mi vida. Acepté dar la pelea en una causa que

sabía íbamos a perder, y lo hice por respeto y lealtad a mi padre.

En medio de la lucha jurídica que dábamos al interior del Congreso de la República para que no se aprobara la ley de extinción de dominio, me reuní en el *lobby* del hotel Tequendama de Bogotá con Fabio Ochoa Jr., el menor del clan Ochoa, líderes del extinto cartel de Medellín. Le expliqué lo importante que era aliarnos y combatir el proyecto de ley que iba a dejar secuelas muy profundas en nuestro patrimonio, pues por medio de él expropiarían todos nuestros bienes con retroactividad.

Creo que Fabio no entendió mi explicación de los detalles jurídicos de la ley ni comprendió el alcance que podía tener dentro del ordenamiento jurídico. Como muchos personajes del mundo del narcotráfico, pensaba que eran leyes ideadas y aprobadas para atacar estrictamente la estructura del cartel de Cali. Luego sufrieron en carne propia los alcances de estos proyectos elaborados por los norteamericanos para golpear a las organizaciones del narcotráfico donde más les dolía: el bolsillo. Obviamente la intención era quitarnos capacidad económica para reaccionar e impedirnos dar una buena pelea jurídica.

Fabio ofreció apoyarnos con cincuenta mil dólares. Le dije que una vez que hablara con mi padre y con mi tío le daría respuesta. Yo sabía que esa cantidad era de poca ayuda y que mi padre se disgustaría por ese insignificante ofrecimiento.

Cuando iba a ser aprobada la ley de extinción de dominio, Chavarriaga y yo llegamos a la conclusión de que teníamos sólo dos posibilidades para ganar este debate en la plenaria de la Cámara de Representantes. Una era hablar con el ministro de Gobierno —quien con su “vibrata” y oratoria convencional en el Congreso, siempre nos derrotaba— para convencerlo de que no se presentara ese día a la plenaria; la otra era tener a favor al ponente de dicho proyecto, un congresista afrodescendiente del Chocó, a quien le dimos cien mil dólares para que planteara en su ponencia por lo menos la aplicación no retroactiva de la ley, lo cual cumplió al pie de la letra.

En la reunión pactada con el ministro de Gobierno, Chavarriaga y yo lo convencimos de que no asistiera a la plenaria. Tuve que utilizar la táctica de recordarle su origen, y aunque liberal, era de ideas de izquierda, además de jurista, por lo que le expuse nuestra tesis de que la ley de extinción no podía ser retroactiva. Era una ley netamente penal, aunque la quisiesen disfrazar de administrativa. Al final, y para asegurarme de que nuestra labor no se perdería, traje a colación nuestra ayuda en la absolución del presidente de la República en la Cámara de Representantes.

El ministro de Gobierno viajó a Barrancabermeja el día de la votación para estar presente en un homenaje que le hacían en su pueblo natal. Esa noche los noticieros se preguntaban “¿Y dónde está el ministro de Gobierno?”.

Le habíamos ganado una batalla al imperio y sus burgueses lacayos en la Cámara de Representantes, por lo que veíamos llorar en el Capitolio a María Emma Mejía, ministra de Educación y luego de Relaciones Exteriores del presidente Samper.

Dimos una gran batalla por nuestro futuro económico y el de nuestras familias. Habíamos empatado la disputa en la Cámara de Representantes, luego del resultado adverso en el Senado, donde perdimos la votación por mayoría, lo que me significó un esfuerzo titánico, e implicaba un peligro por mis compromisos con mis parientes y nuestros aliados del norte del Valle, quienes nos dejaron solos sin cumplir con su compromiso.

Cuando existe un desacuerdo entre el Senado y la Cámara en lo concerniente a una ley es necesario hacer una comisión de conciliación para resolver la disputa. Al formarse dicha comisión, se eligió a quince honorables parlamentarios, de los cuales teníamos la mayoría. Los señores del norte del Valle no entendieron lo que estaba pasando e incumplieron con la suma de

dinero pactada.

Nosotros teníamos problemas de liquidez y no tuvimos cómo reaccionar. Perdimos porque el Gobierno, presionado por los medios de comunicación y los norteamericanos, repartió dádivas a todos los parlamentarios. El resultado fue catorce a favor y uno en contra, y la retroactividad de la ley fue aprobada. Ahí perdimos todo nuestro futuro económico y gran parte de esta guerra jurídica.

Triste y derrotado, en un hotel de Bogotá comprendí que no había nada qué hacer, que nuestra suerte estaba echada, que nuestra pelea jurídica era pírrica al lado de la estrategia política liderada por el imperio y la clase dominante del país para sacarnos del medio. Tenía razón un gran amigo mío, militante del M-19, quien me decía que no botáramos más dinero en leyes y procesos jurídicos.

Atacados por todos los flancos, nuestra única esperanza eran los actos políticos o los actos de violencia. Nuestra formación jurídica siempre nos llevó a dar la pelea en el ámbito legal, y por eso al final perdimos; pero esa era nuestra filosofía de vida, y nunca la traicionaríamos.

Fuga a la muerte

Don Chepe, o simplemente Chepe para su familia y amigos, fue la persona que inició a mi padre y a mi tío en el mundo del narcotráfico. Aparte de una sociedad, los unió una relación de amistad basada fundamentalmente en la lealtad. Hubo varias tormentas en esa amistad, como cuando Chepe huyó de la cárcel La Picota de Bogotá, contando con la aprobación de mi padre.

Chepe fue el típico bohemio de los años sesenta. Además de su calidez, alegría y espontaneidad, era leal con sus amigos e implacable con sus enemigos. Por su forma de ser, Hélder Pachó Herrera también le tenía afecto. Mi tío Gilberto, en cambio, siempre lo vio con recelo: como tomaba decisiones independientes, lo consideraba una rueda suelta que podía afectar el bienestar del grupo.

Le gustaba vestir informalmente y comer en buenos sitios. Un buen día, mientras cenaba en el restaurante Carbón de Palo de Bogotá, después de una ardua labor de inteligencia —a saber: informantes, pagos de recompensas y demás—, fue capturado y encarcelado junto con sus antiguos socios.

Mi tío y mi padre estaban reclusos en el pabellón B de máxima seguridad de la cárcel La Picota. Al llegar Chepe, el único de los cuatro presuntos integrantes del tristemente célebre e inexistente cartel de Cali que quedaba libre era Hélder Pachó Herrera.

En mis visitas a La Picota me enteré, por lo que se comentaba, que Chepe era un pésimo prisionero. Se quejaba de lo que consideraba no sólo una mala jugada del destino sino también una traición de la clase dirigente de este país. La burguesía que por más de veinte años aceptó y participó en negocios donde siempre estuvieron presentes los “señores de Cali”, reconociéndolos como hombres de empresa, serios, y sobre todo, respetuosos de la institucionalidad, hoy le daba la espalda.

Chepe tenía como consigna que, mientras estuviera vivo, nunca renunciaría a su forma de vida, y lo cumplió incluso cuando estaba en prisión. Decía que para tener el control y el respeto de lo que se pretendiera, no sólo entre los bandidos sino también con el mismo Estado, no podían renunciar a su estatus ni al dinero. Mi padre y mi tío, en cambio, querían alejarse del negocio creyendo ilusamente que las autoridades norteamericanas les perdonarían semejante desafío; creyeron que lograrían lo imposible: intervenir en la política de Estado impuesta desde Washington manteniendo, un protagonismo egocéntrico que al final les sería cobrado por los dueños del poder.

Ernesto Samper Pizano, ya elegido presidente de la República de Colombia, se había declarado enemigo del narcotráfico a causa del escándalo del proceso ocho mil y tramitaba una serie de proyectos en su Congreso que nos quitaba el sueño. Chepe tenía la certeza de que tarde o temprano se implementaría nuevamente la extradición y que ellos, los presuntos jefes del cartel de Cali, serían los primeros.

El tiempo le dio la razón, y hoy mi padre y mi tío se encuentran presos en una cárcel de Estados Unidos, sin posibilidad de regreso.

Al caer preso, Chepe delegó en sus colaboradores inmediatos la ejecución de un sinnúmero de tareas. El poder y el respeto que ostentaba cuando estaba en libertad, al estar en la cárcel se fue difuminando no sólo a causa de esa situación sino también por la intervención de quienes querían llenar el vacío de poder generado circunstancialmente.

En Cali existía un personaje del bajo mundo, Capulina, un sicario que, enriquecido con el auge del narcotráfico, gozaba de fiestas y excesos. En Jamundí, un municipio a seis millas al sur de Cali, un villorrio agradable, se presentó un conflicto entre Capulina y un familiar cercano a el Sejo, el lugarteniente de Chepe. Capulina se enteró tardíamente que la persona con la que había cruzado fuertes palabras y amenazas era familiar del hombre de confianza de Chepe. Capulina, inquieto, recurrió a Orlando Henao, a quien luego de darle su versión de los hechos sucedidos en la cabalgata de Jamundí, le pidió que intercediera ante mi padre y mi tío con el fin de que se parara la orden de Chepe. Orlando Henao, el Sejo y Capulina se reunieron con mi padre, mi tío y Chepe en el pabellón B de máxima seguridad de la cárcel La Picota. Luego de almorzar se plantearon nuevamente los pormenores de lo sucedido en Jamundí. Capulina, consciente del error que había cometido, pidió disculpas y Chepe las aceptó, pero el Sejo no se quedó con esa afrenta y dio órdenes de ejecutar a Capulina. Esto generó roces entre los dos carteles, pero Chepe, seguro de lo que era, respaldó al Sejo. Un grave error. Los jefes del cartel del norte del Valle, a quienes había acudido Capulina como sicario de su organización, lo tomaron como un desafío y se inició un conflicto que no sólo ocasionaría la ejecución de Capulina, sino que nos puso a todos en graves aprietos durante varios años.

En esa época y hasta antes de su muerte, producto de un infarto, el puente conciliador con la gente del norte del Valle era Iván Urdinola Grajales, que se encontraba preso con mi padre y mi tío, quien siempre trató de aminorar los efectos de cualquier situación que pudiera afectar la tranquilidad de todos. Tras su captura, mi padre y mi tío consideraron prudente alejarse de cualquier actividad ilegal, para convertirse en una especie de “bandidos legales”, como los llamé yo en alguna oportunidad.

Todo había que calcularlo en la multiplicidad de sus consecuencias, y si bien era cierto que habían ganado poder en la guerra contra Pablo Escobar, también era cierto que ahora no sólo sufrían la persecución del Estado, sino que también la familia y las empresas resentían ostensiblemente su liderazgo, poniendo en peligro todo nuestro futuro en vista de los enemigos ocultos que tenían. Por esto mi tío nunca estuvo de acuerdo con la forma de proceder de Chepe y le recriminó permanentemente, hasta su huida, por la muerte de Capulina. Había empeñado su palabra, y en vez de asesinarlo, le reclamaba, pudo haber utilizado los buenos oficios de Iván Urdinola para evitar posteriores agresiones. Nadie le creyó que había sido una decisión que el Sejo había tomado por su cuenta y riesgo.

En el colegio Santa Librada de Cali, mi padre se distinguió por ser un virtuoso de la caligrafía y el dibujo, aficiones que aún cultiva y que aprovechó al caer preso. Con la colaboración de un bachiller que cumplía su servicio de asistencia obligatoria en La Picota, logró reconstruir en dibujos a escala, no sólo la distribución del penal, sino también la de cubículos, pasillos, mampostería, vigilancia electrónica; pensaba en una eventual fuga si se aprobaba por vía administrativa su extradición. Este dedicado y minucioso trabajo lo compartió imprudentemente con Chepe, quien sin pedir autorización le sacó copia y lo aprovechó para planificar su fuga.

La justicia colombiana había creado los jueces sin rostro, una oscura e inquisidora legislación

de la cual hoy nos avergonzamos. Estos seres de otro mundo hacían su ingreso al pabellón de máxima seguridad de La Picota en vehículos blindados y totalmente polarizados, dado su carácter de seres “sin rostro”, impolutos, infranqueables e incorruptibles. Nadie, ni los funcionarios del INPEC, que se encargaban de vigilar las cárceles, los podían ver; sólo se limitaban a constatar su identificación. Fueron muchos los procesos disciplinarios que se iniciaron en contra de guardianes del INPEC que osaron violar la identidad de fiscales y jueces sin rostro, al abrir las puertas de los vehículos de estos invisibles administradores de justicia. No era difícil saber la facilidad para el acceso y la volatilidad para hacer una suplantación, que sería lo que planeó en principio Chepe. Se reunió con el Sejo y le comunicó su plan: seguir los vehículos de la Fiscalía que ingresaban al pabellón de máxima seguridad y redactar una minuta de su rutina diaria. El siguiente paso fue conseguir un vehículo idéntico y, cuando estuviera listo, fijar la fecha de la fuga. Se acordó a principio de semana, cuando más errores se cometían en la rutina de estos personajes, no obstante los millones de dólares invertidos en cursos de capacitación y adiestramiento.

El vehículo blindado polarizado mellizo ingresó a la cárcel La Picota sin ningún tipo de retén: supuestamente se desplazaba en su interior un fiscal sin rostro. En realidad, los personajes sin rostro que viajaban en su interior eran el Sejo y su asistente. Minuciosamente instruidos por Chepe, éstos cargaban con una copia de los dibujos hechos por mi padre y las herramientas necesarias para cumplir con su plan.

Eran cerca de las dos de la tarde del 11 de febrero de 1996 y, como de costumbre, estaba por terminar el concurrido almuerzo con la presencia usual de abogados, familia y amigos de los internos más famosos del país. Chepe se acercó a la mesa donde se encontraban mi padre y mi tío, se despidió jocosamente diciéndoles que se iba del todo, que había sido llamado por un guardián: tenía supuestamente un requerimiento por parte de un fiscal sin rostro en uno de los cubículos. Sus amigos reaccionaron con una sonora carcajada; fue la última vez que lo vieron con vida.

Ya en el interior del penal, los hombres de Chepe desmontaron la estructura del cubículo con las herramientas que traían en la camioneta “clonada”. Chepe cruzó el cristal polarizado con la ayuda de sus colaboradores, dado que era de contextura obesa. Una vez reinstalado el vidrio, y sin que se notara, huyeron del lugar con la inmunidad que les daba la suplantación de un fiscal sin rostro.

A las cuatro de la tarde, el capitán a cargo del conteo y verificación que se hace todos los días en el pabellón, palideció cuando por ningún lado aparecía José Santacruz Londoño. Indagó con sus compañeros, quienes le informaron que alrededor de las dos de la tarde había sido llamado para atender una diligencia de un fiscal sin rostro. El capitán se trasladó presuroso a los cubículos; al constatar de que no había nadie, dio la señal de alerta de que José Santacruz Londoño se había fugado. La primera medida fue encerrar bajo estrictas medidas de seguridad a todos los reclusos, incluidos mi padre y mi tío, quienes vivieron momentos difíciles y llegaron a temer por su extradición.

La Policía Nacional tomó el control del pabellón y toda la guardia de turno perteneciente al INPEC fue destituida e investigada por todos los organismos de control.

Después de estar ocho días escondido en Bogotá, Chepe viajó a Medellín con la intención de neutralizar lo que consideraba era una decisión del cartel del norte del Valle de acabar con lo que quedaba del cartel de Cali. Para lograrlo, decidió reunirse con un antiguo aliado en la guerra contra Pablo Escobar, Carlos Castaño. Éste tenía fuertes vínculos con los jefes del cartel del

norte del Valle, quienes habían comenzado a financiar su guerra contra la guerrilla. Para conversar ampliamente sobre diversos temas, Castaño le propuso a Chepe una reunión, a la que era indispensable que asistiera Hélder *Pacho* Herrera, en una finca cercana a la vía de Las Palmas en Medellín.

Pacho siempre dudó de la lealtad de Carlos Castaño, pues consideraba que éste era un mercenario. Su amigo, decía él, había sido Fidel Castaño, fundador de las AUC, quien fue un aliado del cartel de Cali en su lucha con el cartel de Medellín. Fidel murió después a manos de su propio hermano Carlos, quedando éste como único jefe de las AUC. Por fortuna, tomó la decisión correcta y no asistió a la reunión. En su lugar envió a una persona de confianza y quedó a la espera de cualquier eventualidad, no sin antes cambiar su lugar de residencia.

Al llegar a la reunión Chepe no sólo se encontró con Castaño, también se encontró con una veintena de hombres armados, algo inusual en este tipo de reuniones. Cuando se percató de la presencia de Orlando Henao y de Efraín Antonio *Don Efra* Hernández, cayó en cuenta que había sido traicionado por su supuesto amigo Carlos Castaño.

Chepe y el enviado de Hélder *Pacho* Herrera fueron torturados para sacarles la información necesaria que los llevara al sitio donde se encontraba escondido Pacho. El plan acordado previamente con el coronel Danilo González era darle un positivo a la Policía con la captura y muerte de Chepe y de Pacho, pero en esa oportunidad sólo lograron la de Chepe.

En un absurdo montaje en la vía de Las Palmas, en donde presuntamente había hecho caso omiso a la orden de alto de un retén de la Policía, se informó a la opinión pública que José Santacruz Londoño había sido abatido. Las balas asesinas de la Policía no guardaban relación con la ubicación no sólo del vehículo sino tampoco del cuerpo. Estos hechos no fueron investigados, ya que podrían haber afectado la excelente gestión que para esa época adelantaba la cúpula de la Policía Nacional en su lucha contra el narcotráfico.

Al morir Chepe, el escenario de los enemigos ocultos se descubrió y comenzó una época muy difícil para mi familia. Cualquier mentira con perversa intención era explotada por el cartel del norte del Valle para justificar nuestro exterminio. Los presuntos amigos de mi padre plantearon la necesidad de organizar una reunión en la que debían estar presentes representantes de la familia Rodríguez para atender los cuestionamientos que se nos hacían. La reunión se programó para mediados de marzo de 1996 con la presencia de Carlos Castaño y sus nuevos socios. El viaje a Montería implicaba pasar una noche en Bogotá; el único vuelo directo para esa ciudad ganadera salía de la capital a las siete y treinta de la mañana.

Cumplido el itinerario, me di cuenta de que en el avión viajaba Don Efra, quien me saludó cordialmente. Este detalle pasaría inadvertido, pero luego tendría trascendencia. Una vez en Montería, mi primo Humberto y yo nos hospedamos en un hotel de la plaza principal. Luego de un par de horas, nos recogió un hombre joven con presencia de militar activo, quien conducía hábilmente una camioneta por carreteras rurales; casi una hora y media duró el viaje hasta llegar al sitio donde éramos esperados.

Era una finca agradable que contaba con dos casas y un quiosco vigiladas por un centenar de hombres armados de fusiles que portaban brazaletes de las AUC. Éstos obedecían respetuosamente las órdenes de su comandante, Carlos Castaño, quien había convocado a ese encuentro y que al final sería el garante de sus resultados.

Nos recibió Castaño quien nos invitó a seguir al quiosco para dar inicio al evento que contaba con la presencia de no menos de veinte hombres, los más importantes del mundo del narcotráfico, liderados por Orlando Henao y Don Efra. Castaño inició su discurso justificando el

homicidio de Chepe; afirmó que tenía mil pruebas de que Chepe y nosotros éramos colaboradores de la guerrilla, y que además se había enterado de que Chepe y mi padre querían entregarlo a la guerrilla: éstos eran “motivos suficientes” para ejecutarlo.

Posteriormente tomó la palabra Don Efra, quien afirmó que mi padre y mi tío eran unos sapos que enviaban constantemente anónimos a la Fiscalía con información sobre las actividades que se estaban desarrollando relacionadas con narcotráfico y lavado de activos. Este personaje se olvidaba de los dolientes y viudas que había dejado en la calle por tanto asesinato injusto alimentado por su ego de psicópata. A continuación Orlando Henao reafirmó lo que había dicho Don Efra y fustigó vehementemente lo que daba como un hecho: las supuestas delaciones.

Luego de sus intervenciones, refuté lo que habían dicho e hice un llamado a la cordura; los exhorté a que no pretendieran tapar el sol con un dedo y se dieran cuenta de que, si su actividad permanente era la del narcotráfico, mal hacían en culpar a una sola persona o un pequeño grupo de sus descalabros, pérdidas y problemas judiciales. Les recordé cómo en varias oportunidades no sólo mi padre sino también mi tío, en solidaridad empresarial, si así puede llamarse, les informaron sobre la presencia en sus organizaciones de personas que los estaban delatando. De igual manera le recordé a Carlos Castaño cómo en varias oportunidades se había desplazado solo hasta Cali a reuniones con mi padre y mi tío, cuando la guerra con Pablo Escobar, y nunca, ni por sospecha, podía afirmar que ellos lo iban a entregar a la guerrilla.

Una vez planteados mis argumentos, Carlos Castaño tomó la palabra ante un auditorio inmutable. Sentenció que en adelante mi primo y yo seríamos los garantes de la familia frente a cualquier acto probado de delación o colaboración que pudiera afectar directa o indirectamente, y se probara, los negocios de los señores del cartel del norte del Valle.

Era claro que a partir de este momento la enemistad quedaba planteada. La muerte de Chepe y la perversa intención de Don Efra eran el combustible que alimentaría los hechos que más adelante se presentaron.

La memoria de Chepe permanecerá intacta en el corazón de sus familiares y amigos que lo conocimos. Fue un visionario de lo que debía hacerse, y no se hizo. Al fin y al cabo, es el que más libre está descansando en paz; prefirió una tumba en Colombia que una triste celda en Estados Unidos.

El sueño de mi padre y de mi tío era lograr por todos los medios jurídicos y económicos sanear su fortuna. Estaban dispuestos a pagar penas cortas en casa y así seguir trabajando en sus empresas y corporaciones hasta retirarse como buenos jefes fundadores del imperio Rodríguez-Orejuela.

Pero en ese camino cometieron muchos errores. No aprovecharon la oportunidad para negociar y entregarse, pagando las mismas penas que pagaron los Ochoa, quienes a mi entender sí fueron maestros del ajedrez al adoptar un estilo de vida discreto. Todos ellos lograron recuperar su vida, salvo Fabio que siguió relacionado con personajes del narcotráfico y terminó extraditado a Estados Unidos.

No habían transcurrido dos meses de la famosa reunión en la finca de Montería cuando, en un caluroso viernes 24 de mayo de 1996, me levanté muy temprano con la intención de visitar al Señor de los Milagros en la basílica de Buga, municipio ubicado a una hora por carretera al norte de Cali. Ese Cristo cuenta con especial veneración por parte de la comunidad católica por su condición de milagroso. El día anterior, es decir, el jueves 23 de mayo, en Cali había sido asesinado en horas de la tarde Edgar *Mono* Veloza, un teniente retirado del Ejército que trabajó como jefe de seguridad de mi tío Gilberto durante la guerra con Pablo Escobar.

El homicidio del Mono Veloza fue el detonante de mi atentado al día siguiente, consecuencia de una mala interpretación a lo dicho por el exprocurador Guillermo Villa Alzate, quien luego de trabajar en la Procuraduría General de la Nación se había convertido en abogado de confianza de mi padre. Villa Alzate había sido secuestrado y llevado ante el máximo consejo de los enemigos ocultos, liderado por Orlando Henao y Don Efra. Éstos querían que diera explicaciones sobre dos anónimos enviados a las autoridades en los cuales se delataban actividades de narcotráfico y lavado de dinero, y que supuestamente habían sido escritos y enviados por mi padre y mi tío. El doctor Villa Alzate les aseguró que desconocía la existencia de esos escritos, que calificó de panfletarios, pero también les aseguró que conocía de otros anónimos que había elaborado en anterior oportunidad de mi padre. Sin más explicaciones, los nuevos amos del narcotráfico encontraron la excusa perfecta para comenzar con la ejecución de los encargados de dirigir la seguridad de mi familia.

A lo que en realidad se refería el procurador Villa Alzate era al tema del excoronel Carlos Alfonso Velásquez, que como comandante del Bloque de Búsqueda del Ejército Nacional con sede en Cali, los había perseguido incansablemente. Este excoronel, tras ser seducido por una mujer contratada por mi padre, fue grabado en pleno acto sexual, lo que le costó el cargo, además de ser trasladado a otra unidad militar por el escándalo que generó tal grabación. La verdad sobre este asunto en cuanto a lo que pretendió explicar el doctor Villa Alzate sólo se supo después de los atentados del 23 y 24 de mayo de 1996, luego de que emisarios de un bando y del otro se reunieron en el norte del Valle y en La Picota.

Nueva vida, nuevo cartel; un fantasma

Al despertar de la cirugía, después del atentado en el que recibí ocho impactos, mi primer recuerdo es que María, mi esposa, estaba a mi lado. Apenas abrí los ojos le pregunté sobre Fernando Parra y con voz trémula me dijo que había fallecido en el quirófano hacía un par de horas.

Pedía bendiciones por el alma de Fernando cuando María me pasó el teléfono. Mi padre del otro lado de la línea quería saber sobre mi estado de salud y sobre cómo habían sucedido los hechos; le respondí con evasivas. Según mi criterio, lo importante era que estaba con vida, y me parecía prudente, antes que nada, pensar en la tranquilidad y seguridad de la familia. Me interrogaba insistentemente sobre los móviles. Como era consciente de que no sólo éramos escuchados por los organismos de seguridad sino también por los enemigos ocultos —que ya no eran tan ocultos y que habían comenzado a exterminarnos—, le pedí prudencia. Los dos meses que siguieron a mi recuperación, tanto en la clínica como en mi residencia, fueron una constante y permanente angustia, no sólo por el despliegue de seguridad sino también por el momento que se vivía.

Después de que capturaron a mi padre y a mi tío, empezó un movimiento fuerte al interior del cartel de Cali y del nascente cartel del norte del Valle. Se hicieron reuniones en distintas ciudades del país, y hasta en la misma cárcel La Picota de Bogotá, con enviados de un lado y de otro, incluido Orlando Henao quien buscó conciliar y apaciguar los caldeados ánimos que en contra de nuestra familia pretendían enfilear Efraín Hernández, Don Efra y Wilber Alirio Varela, alias Jabón.

Orlando Henao y Don Efra eran los nuevos amos del mundo del narcotráfico. Ambos controlaban el negocio y controlaban la Policía con su amigo y socio, el coronel Danilo González; además, tenían en el bolsillo al mercenario número uno y creador de las AUC, Carlos Castaño. Con semejante poder, nunca pude entender por qué estos hombres del mundo mafioso se desgastaban en trivialidades al querer demostrar quién era el más grande. Incluso llegaron a hacerle el juego a las autoridades, sus enemigos naturales. Siempre traté de convencerlos de esta realidad en varias reuniones a las que tuve que asistir para desvirtuar rumores malintencionados de Jabón en contra de mi padre y de mi tío, y en las que casi pierdo la vida por defenderlos. Con el correr del tiempo, la vida se encargaría de cobrarles el mal que hicieron, corroborando que la justicia divina está por encima de la humana.

Don Efra fue asesinado en su oficina, ubicada en el exclusivo sector de Santa Bárbara en la ciudad de Bogotá, por Cifuentes, uno de sus más cercanos socios y colaboradores, a quien permanentemente agredía, no sólo física sino también psicológicamente. El asesino, aprovechando el momento coyuntural y conociendo el odio que sentía su socio y jefe por la familia Rodríguez, intentó inculparnos de ese homicidio. El asesino había sido citado a su oficina por Don Efra para

responder por una gran cantidad de dinero que había tomado y que no tenía cómo pagar. Aprovechando la confianza que tenía con la secretaria, le pidió prestado el baño principal, donde escondió una pistola Colt calibre 45. Cuando llegó a la reunión a la que había sido citado para arreglar cuentas se encontró con que además de Don Efra estaba su contador de confianza, y uno de sus socios. Esperó que la secretaria saliera a almorzar y, tras constatar que no había nadie más, pidió prestado el baño. Regresó con el arma y los ejecutó; después salió de la oficina como si nada.

El asesino, sin saber que Herman, otro socio de Don Efra, había sobrevivido, recibió llamada de Orlando Henao, que quería saber sobre lo acontecido. El asesino le dijo que estaba seguro que habían sido los Rodríguez. Orlando Henao lo citó y lo asesinó; de antemano sabía la verdad de lo sucedido por boca de Herman.

Al fallecer Don Efra, Orlando Henao entendió que mi padre y mi tío no eran sus enemigos, que realmente el enemigo del narcotráfico era el gobierno de Estados Unidos y lógicamente la legislación que se plasmaba en proyectos en el Congreso, resultado del compromiso adquirido por el Gobierno de turno con los gringos.

Luego del atentado que sufrí, por los buenos oficios de algunos allegados, tuve que tomar responsabilidades en reemplazo de mi padre. Por eso me reuní con Orlando Henao; no era fácil estar frente a alguien que me había hecho tanto daño, pero aprendí a ser un perfecto actor para poder sobrevivir esta etapa oscura de mi vida. Orlando manifestó su complacencia por encontrarme bien y justificó la acción en contra de Nicol Parra por su condición de jefe de seguridad de mi padre, concluyendo lapidariamente que mis amigos y yo estábamos en el lugar equivocado y la hora equivocada.

Lamentablemente el daño estaba hecho. Los diarios del mundo habían dado la noticia con titulares como el siguiente: “Asesinados seis de sus escoltas y herido de muerte el hijo mayor y heredero del cartel de Cali”. La Policía, la Fiscalía y las agencias antidrogas de Estados Unidos necesitaban fabricar un nuevo jefe, y quién mejor que el hijo de Miguel Rodríguez, “el nuevo jefe del cartel de Cali”.

Las ansias de poder y las peleas por negocios de narcotráfico darían lugar a otra guerra en la que perdieron la vida Hélder Pachó Herrera y Orlando Henao. Este último, privado de la libertad, fue asesinado por el hermano paraplégico de Pachó, que le descargó toda la munición de su revólver.

Como en estos homicidios siempre trataron de vincular a mi padre y a mi tío por su cercanía con Hélder Pachó Herrera, de nuevo tuve que acudir a la mediación para evitar que nos exterminaran. Por suerte conté con interlocutores válidos como Hernando Rasguño Gómez, Gabriel Puerta e Iván Urdinola. Éstos, cuerdos y conciliadores, aclararon los móviles de cada uno de esos asesinatos, marcando una época en la que no sólo capoteé al enemigo natural —la Fiscalía y el gobierno norteamericano, con sus permanentes persecuciones y chantajes— sino también a esta especie de talibanes que buscaban cualquier pretexto para acabar con nuestras vidas.

Algunos personajes que se perfilaban como los nuevos jefes pensaban que mi padre y mi tío estaban arrodillados, pero no era así: sólo esperaban la oportunidad para cobrarles tanto mal que nos hacían. Afortunadamente para mí, se cumplió el proverbio que reza: “Me sentaré en el balcón de mi casa a ver pasar el ataúd de mis enemigos”; y los he visto pasar a todos. Nunca movimos un dedo para seguirles el juego de la muerte, el atentado contra mí revirtió en una maldición para ellos por matar inocentes.

Asistí a las reuniones que debían hacerse para aclarar nuestra posición sensata, inteligente y de supervivencia, desestimando los comentarios y las mentiras malintencionadas de Jabón. Este hombre siniestro nunca le perdonó a mi tío que hubiera dado orden de exterminarlo por el incumplimiento de una promesa cuando asesinó a un cercano colaborador de mi padre y mi tío en la guerra contra el cartel de Medellín. Mi tío se dejó convencer por Orlando Henao y le perdonó la vida, pero hombres de su calaña nunca agradecen; al contrario: siempre trató de inventar rumores para que nos asesinaran. Sólo pudo salvarnos la lealtad de un amigo como Rasguño.

Pero había otro problema. Con mi atentado, mi intervención en el Congreso, la afinidad con los políticos en las discusiones de los proyectos de ley, dada mi formación como jurista, y las prebendas que daba me hicieron un blanco perfecto para el inicio de una fuerte agresión jurídica por parte de Estados Unidos, que ahora pretendían extraditar no sólo a los hermanos Rodríguez Orejuela, sino también a toda su familia.

Al percatarme de lo que sucedía, traté ilusamente de no llamar la atención, pero mi ego y mi afán de protagonismo por seguir falsos ídolos —el poder, el dinero, el reconocimiento— me marcarían un camino en el que lo menos malo fue la cárcel, porque gracias a un milagro me salvé de morir bajo las balas asesinas del cartel del Norte del Valle, lo que corroboraba que en el mundo de la delincuencia sólo hay dos caminos: una tumba o una celda.

Después del atentado me dediqué a mis empresas y al fútbol, y volví a litigar aprovechando las relaciones que había conseguido en los últimos años dentro de la rama judicial. Obtuve buenos resultados económicos y profesionales y, aunque vivía en ocasiones situaciones complicadas por los rumores de los nuevos amos del narcotráfico, intenté llevar una vida común y corriente.

En esos vaivenes propios de la nueva correlación de fuerzas llegó el nuevo siglo, y con éste se renovaron las esperanzas de, algún día, estar juntos en familia, como en los viejos tiempos. Sin embargo, las autoridades norteamericanas no descansaban y, por medio de Edward Kacerosky, seguían maquinando sus estrategias para llevarnos ante la justicia de ese país.

La altura de una ciudad como Bogotá comenzaba a afectar la salud de mi padre y de mi tío que eran hombres sexagenarios. Habíamos movido cielo y tierra intentando su traslado al Valle del Cauca pero había sido imposible. Su permanencia en Bogotá era orden directa de los norteamericanos, aprovechando la fuerte relación que tenían con el director general de la Policía, quien controlaba los sitios de reclusión de los Rodríguez.

Afortunadamente se dieron cambios y se nombraron en cargos estratégicos a dos antiguos colaboradores de la guerra contra Pablo Escobar. Un general con quien teníamos cierta relación, fue nombrado en la dirección de la Policía Nacional, lo mismo que con el coronel Jaramillo, quien fue nombrado en la jefatura del Departamento Administrativo de Seguridad, DAS.

A comienzos de enero se presentó a visitar a mi padre y a mi tío en La Picota una persona de nombre Santiago, que había sido en el pasado médico general de mi tío Gilberto en Bogotá. Llegó en su calidad de médico personal de la casa Pastrana. Resultó que el presidente de la República necesitaba un favor de los hermanos Rodríguez Orejuela: algo irónico, pues quien se había ufanado de ser el defensor de la moral pública en el gobierno de Ernesto Samper ahora quería negociar con narcotraficantes. El honorable presidente necesitaba que un antiguo colaborador de mi padre y de mi tío, de apellido Aparicio, un conocido lavador de dinero en el Valle del Cauca, cambiase su testimonio en contra de Álvaro Leyva Durán, político conservador, exministro de Gobierno, congresista y constituyente. El presidente lo necesitaba para estructurar y realizar el tan nombrado acuerdo de paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de

Colombia (FARC).

En principio su petición fue agresiva y amenazante, casi ordenándoles que tenían que hacerle este favor. Mi tío y mi padre despidieron a este médico con un mensaje para el presidente: nosotros no funcionamos con amenazas. El emisario regresó la semana siguiente.

—¿Qué quieren a cambio de ese favor? —les preguntó el emisario en un tono conciliador.

Mi padre y mi tío pidieron ser trasladados a una prisión del Valle. Ése fue el pacto: el traslado de prisión a cambio de que ellos hicieran que Aparicio cambiara su versión. Así pudo el presidente realizar su acuerdo de paz con la guerrilla.

Ésta es la verdad de este traslado, no como se afirma en el libro *El cartel de los sapos*: que habían sido trasladados a Palmira porque “sapearon” un túnel por donde pretendía volarse Asprilla. Mi padre y mi tío podrán ser muchas cosas, pero nunca unos sapos; por eso están pagando una cadena casi perpetua, por seguir su código *omertà*.

Con la bendición del presidente, y ninguna objeción del director de la Policía ni del DAS, fueron trasladados a Palmira, lo que preocupó a los norteamericanos que aún veían un fuerte poder de parte de los Rodríguez Orejuela.

Con ellos en Palmira ahora las cosas eran más fáciles. Los continuos viajes a Bogotá nos desgastaban económica y físicamente. La toma de decisiones en los aspectos económico, legal, empresarial y familiar se agilizaron. Cuando se presentaba algún malentendido con los enemigos ocultos o la toma de alguna decisión que beneficiara a estas organizaciones, yo coordinaba con Rasguño las visitas a ese centro de reclusión.

La extradición de Fabio Ochoa por esas fechas prendió las alarmas: era una confirmación de que tarde o temprano íbamos a sufrir la misma situación. En una reunión con mi padre en prisión, mi tío dijo que cualquier persona en Colombia que pensara que la extradición no se iba a aplicar, estaba loco; los norteamericanos y el gobierno de Colombia sólo querían tener esa figura para aplicarla a todo el mundo. Yo opiné que la extradición debía reglamentarse de manera que se analizaran las pruebas en Colombia y que se aprobara si, y sólo si, las pruebas lo ameritaban.

Pero eso no ocurre en Colombia, razón por la que buscamos que no fuera sólo un proceso administrativo en la rama judicial y ejecutiva. Hoy por hoy a los colombianos los extraditan con el precepto de que deben defenderse de las pruebas que las otras cortes internacionales tienen. No hay garantía al preso de analizarlas u otorgarle el derecho de una asesoría legal para defenderse; simplemente se rigen por lo que están siendo acusados, mas no en el fondo de la acusación.

Por los hechos sucedidos traté de convertirme en un fantasma; pasar absolutamente inadvertido, consciente de que, con el atentado y la constante mención de mi nombre en los medios de comunicación, el daño estaba hecho; y por mi condición, era un objetivo señalado para los norteamericanos que veían en mí el camino, el puente, el nexo causal para conseguir lo que habían ansiado durante los últimos veinte años: tener en una cárcel de Estados Unidos a Gilberto José y Miguel Ángel Rodríguez Orejuela.

Nada más claro que este mensaje, tanto para las personas destinatarias de la política de Estado norteamericano, como para los mismos países que de una u otra manera tienen alguna relación con el imperio. Es cierto, el crimen no paga. El narcotráfico es una actividad despreciable, como en algún momento lo manifestó mi primo en alguna entrevista. Por desgracia, toda la familia tuvo que padecerlo.

En medio de todos estos movimientos, el distrito sur de Nueva York vio en mí un caso importante para ganar protagonismo ante la comunidad que estaba ávida de resultados en la

lucha contra el crimen y, sobre todo, contra el terrorismo, especialmente después de los atentados del 11 de septiembre. La justicia requería hacer una acusación en la cual apareciera mi nombre. Mal informados por un testigo pago, que les decía lo que ellos querían escuchar, iniciaron un proceso contra mí. Mediante el testimonio de ese testigo pago, me inventaron cargos de conspiración con la falsa acusación de haber participado en una presunta sociedad criminal con Fernando Henao, cuando la verdad es que era un hecho muy conocido que Henao y Rodríguez eran como los Capuleto y los Montesco, las familias rivales entre sí de la obra de Shakespeare, *Romeo y Julieta*.

El 22 de diciembre un abogado al servicio de algunos despachos profesionales con sede en Estados Unidos me confirmó los pormenores de la investigación y del proceso contra mí de las autoridades norteamericanas. Se me vinculaba como presunto socio, coautor, casi pariente de Fernando Henao (¡hermano de Orlando Henao!) en una extraordinaria conspiración para la importación de grandes cantidades de cocaína, que incluía no sólo a los narcotraficantes más famosos de Colombia sino también enlaces y reuniones en las que supuestamente estuve presente o de manera virtual en Venezuela, Cuba y México. Los gringos y su mentalidad calvinista los inducía en la práctica perversa de creación de precedentes para su mantenimiento y sostenimiento, como es el caso de nuestra familia y los míos. El mensaje para el resto del mundo era claro: el crimen no paga; la ley, aunque dura y a veces injusta, es la ley.

Para mi sorpresa, nuestro eventual enemigo, Fernando Henao, se comportó íntegramente. No aceptó ningún tipo de negociación en la cual tuviera que ser testigo de cargo en mi contra. Tengo la certeza de que lo hizo porque sabía y le constaba mi total inocencia. Al leer copias de los mensajes de correo electrónico que supuestamente intercambié con el mencionado testigo, me sorprendió que se utilizara un lenguaje soez de parte y parte. Me ofendió no sólo porque era un sucio montaje sino también porque no renunció a mi cuna ni a la formación que he recibido académicamente para supuestamente expresarme de tal manera. De algo debe servir mi lauro del pregrado en la Universidad de San Buenaventura de Cali, así como las maestrías en Empresas y Mercadeo del Instituto de Empresas en Madrid.

Estaba dispuesto a someterme al polígrafo y a cualquier otra prueba legalmente aceptada para demostrar mi inocencia ante el tribunal que conocía de este caso. Mi apoderado judicial lo sabía, y en eso mi voluntad era indeclinable; además, no podía fallarle a mi supuesto enemigo que, como un hombre, se mantuvo en la verdad.

Finalmente, después del largo proceso en Estados Unidos, en el que el distrito de Nueva York se peleaba mi custodia para aplicar una estrategia que llevara ante la justicia norteamericana a mi padre y a mi tío, fui desvinculado. Una de las pruebas consistía en una grabación de mi voz en la que discutía sobre negocios de narcotráfico con el testigo estrella, pero que al realizarse el análisis se comprobó que no era mi voz ni mucho menos estaba implicado en dicha negociación.

Durante los dieciocho meses que duró esta primera investigación del distrito de Nueva York tuve que huir, haciendo cosas que consideraba debía hacer para demostrar mi inocencia, pero fue en vano, porque fui vinculado a otra investigación que me inició el distrito de Miami. Una vez enterado, tuve que contratar a una persona en el DAS para que me tuviera al tanto de la expedición de las boletas de captura. Lo irónico fue que esa persona no me avisó, pero mi ángel guardián me salvó de nuevo. Un antiguo aliado en la guerra contra Pablo Escobar fue el que me dio aviso de las órdenes de captura, obligándome a comenzar una nueva etapa de mi vida que sobreviví porque me convertí en un fantasma.

Una ilusión, una cadena perpetua

La reflexión y la interiorización del costo político y no jurídico del hecho de ser el hijo mayor de Miguel Rodríguez lo he asumido con la entereza de mi formación y valores, teniendo muy en claro su realidad. Desafortunadamente, mi padre y mi tío no lograron entender este último juego de ajedrez planteado por los norteamericanos. Si Estados Unidos no estaba dispuesto a perdonarles su vinculación y liderazgo en el mundo del narcotráfico, menos les iba a perdonar el poder que tuvieron y trataron de utilizar políticamente al buscar un espacio de perdón y olvido en el contexto específico de la elección de un presidente y un Congreso, que supuestamente les daría vía libre a su sometimiento, entrega y pago de condenas leves.

La clase dirigente colombiana que maneja y conforma la administración de justicia y los organismos de seguridad del Estado no iba a aceptar que unos hombres, en principio considerados empresarios exitosos y posteriormente símbolos del narcotráfico mundial, estuvieran tranquilos y libres en su país. Siempre traté de hacerles ver esa verdad, pero mi padre y mi tío, que habían perdido el norte de su situación, nunca consideraron lo que para mí era evidente. Incluso, estando presos, con las dificultades propias de cárceles de máxima seguridad y la permanente presencia de las agencias norteamericanas, que monitoreaban hasta sus más mínimos movimientos, se negaron a aceptarlo.

La inclusión de la familia en la lista Clinton, el inicio de procesos penales en diversos países en los cuales se tenía en desarrollo algún tipo de actividad empresarial legal, los procesos penales en contra de la gran mayoría de los miembros de la familia y empresas del grupo que la conformaban, así como las acciones de extinción de dominio, con legislación y jurisprudencia propia, eran muestra de la presión norteamericana, que obedecía a un sistemático plan de persecución y exterminio civil. Este plan fue cohonestado durante años por las más altas esferas del poder; burgueses que apenas se sintieron a salvo, se olvidaron del servicio que mi padre y mi tío les prestaron al acabar con el más peligroso y único criminal que en la historia de este país logró arrodillarlos: Pablo Escobar.

Mi padre y mi tío, presos en la cárcel de máxima seguridad en Palmira, estaban convencidos de que la solicitud para que extraditaran radicaba en algún viejo enemigo que en nada los vinculaba, ni involucraba. Intentaron manejar los tiempos de su eventual extradición —que aún no se formalizaba y que, según sus apreciaciones, era una invención de mi parte— contratándome un prestante abogado y profesor universitario de la ciudad de Bogotá, quien se vanagloriaba de sus éxitos y que atendió juiciosamente los requerimientos de sus clientes dejando perder no sólo tiempo precioso sino también oportunidades inaplazables de haber conseguido unas mejores condiciones para sus clientes en las negociaciones con la justicia norteamericana.

Es importante ubicarnos en el tiempo y en la autoridad que solicita y requiere mi extradición.

Se trata del distrito sur de Nueva York, la oficina jurisdiccional que me pide en extradición sólo a mí, y cuya petición se formaliza en julio de 2002. Para esa época ni mi padre ni mi tío habían sido pedidos en extradición, y se encontraban muy cerca de recuperar la libertad por pena cumplida. Tenían la plena certeza de que no serían extraditados, pues aparentemente no habían cometido ningún delito por el cual pudiesen ser pedidos por Estados Unidos. Su garantía, según ellos, era la Constitución de Colombia.

En noviembre de 2002, mi tío recuperó la libertad. Se formó un impresionante escándalo porque nadie en el país se esperaba que la justicia tomara esa decisión; todo el mundo, en particular en el Departamento de Estado de Estados Unidos, pensaba que mi tío no volvería a ver la luz del día en su vida. Aunque era vigilado permanentemente por la policía judicial, tuve la oportunidad de entrevistarme con él el 13 de febrero de 2003 en un sector cercano a Manizales; paradójicamente, en el encuentro de ese día, por cosas del destino, él estaba libre y yo prófugo. Él viajó hasta Armenia y allí cambió de vehículo, para reunirse finalmente conmigo. El momento del encuentro fue emotivo debido a las circunstancias; almorzamos juntos y luego conversamos ampliamente sobre nuestra situación y la de la familia.

Su percepción era totalmente fantasiosa. Él, en su nuevo estado de libertad, había perdido por completo la noción de la realidad. Cuando lo exhorté a que nos entregáramos para salvar, no sólo a la familia sino también alguna de las empresas y poder asegurar así una vida decorosa para nuestra descendencia, me expresó que no estaba de acuerdo con mi punto de vista y me instó a que no fuera trágico. Según él, los hechos lo demostraban: él estaba libre, y mi padre lo estaría muy pronto. Creía que mi situación se podría solucionar: con el tiempo y alguna estrategia jurídica se demostraría mi inocencia en la corte del distrito sur de Nueva York.

Yo respetaba mucho la opinión de mi tío, pero lamentablemente esta vez no tenía razón. Se dejaba llevar más por una ilusión que por la realidad, y por eso perdió. Él estaba convencido de su inocencia, y subestimó a sus enemigos del Norte, que no descansarían hasta verlo morir en una cárcel de Estados Unidos.

En marzo de 2003, en un impresionante operativo, realizado conjuntamente entre personal de la DIJIN y de la policía y funcionarios de agencias norteamericanas, fue capturado nuevamente mi tío Gilberto. Él se desplazaba en un carro por las calles de Cali cuando fue interceptado por cinco carros de la DIJIN; veinte hombres se desplegaron a su alrededor apuntando a todas partes, sin contar los que no se veían; lo bajaron de su carro y lo subieron a uno de los de ellos. Lo condujeron a las oficinas de la Policía para hacerle la respectiva diligencia de reconocimiento. A continuación fue trasladado en un helicóptero a Bogotá, a la cárcel de la Picota.

Mientras le hacían la diligencia de reconocimiento a mi tío en el complejo policial de Cali, a un abogado amigo que lo asistió se le acercó un capitán de la DIJIN, de apellido Mesa, hijo de un coronel retirado y a servicio de la DEA, para preguntarle sobre mi estado. Al final lo increpó para que me convenciera de que me entregara y que no hiciera más difícil la vida de mi familia, que tenía que sufrir allanamientos cada vez que la Policía trataba de hacer efectiva mi captura. Las acciones de estos policías hacen grande la institución: allanar de madrugada un apartamento en donde residían indefensas mujeres. Mi esposa y mis dos pequeñas hijas tuvieron que soportar el acoso de tan “valientes hombres”.

Ante la propuesta del capitán Mesa —irónicamente, hoy preso en Estados Unidos por recibir dádivas de la organización de Juan Carlos Ramírez, el Chupeta— el colega continuó entrevistándose con él. Incluso se llegó a concertar una reunión en la ciudad de Panamá para auscultar la posibilidad de una negociación y de una eventual entrega, pero nunca se pudo lograr.

Querían la cabeza de mi padre, o sea, que yo declarara en su contra, que lo hundiera. Les contesté con un no rotundo, y les dije que tendrían que seguir buscándome.

De todos modos, los mensajes de Nueva York eran claros: la materialización de una solicitud de extradición de Gilberto y Miguel Rodríguez sólo era cuestión de tiempo. Las autoridades norteamericanas harían lo que tuvieran que hacer para que los Rodríguez terminaran su vida en una cárcel en ese país. Los mensajes de ida y vuelta, por la participación de mi abogado y su colega en Miami, comenzaron a circular sin demora. Ya era una diferencia de jurisdicciones y una pelea en contra del tiempo para ver cuál de las dos cortes se quedaba con el botín, la extradición de los hermanos Rodríguez.

Lo mas fácil para mí hubiese sido entregarme a la justicia norteamericana en ese momento y afrontar los cargos de ambos distritos para, eventualmente, llegar a un arreglo donde el único beneficiado hubiera sido yo (y a lo mejor no pagar un solo día de prisión), pero mantuve mi convicción intacta de buscar una solución plena para toda la familia. Además, no quería tener en mi conciencia que mi padre y mi tío fueran extraditados por mí, así hoy muchos quieran echarme la culpa de sus desgracias, olvidándose de todo el mal que hicieron.

La corte del distrito sur de Miami pedía nuestra entrega sin ser solicitados en extradición. A cambio, previa aceptación de cargos por narcotráfico y lavado de dinero, tendríamos la posibilidad de quedarnos con una de las empresas, siempre y cuando se entregara una suma cuantiosa de dinero al gobierno de Estados Unidos. Asimismo ellos se encargarían de excluir a la familia de la lista Clinton y se comprometían a darme a mí una condena de diez años, y a mi padre y mi tío, una pena de prisión de máximo veinticinco años. Esta fue la propuesta más concreta y seria que en algún momento se pudo tener, pero no fue posible concretarla por la falta de decisión de mi padre y de mi tío, que continuaban pensando que con el chantaje a la clase política colombiana, a la cual tanto le habían dado, no serían extraditados.

El 22 de diciembre de 2003, los medios informaron al país de la solicitud formal de extradición de Miguel y Gilberto Rodríguez Orejuela, presos en diferentes cárceles de máxima seguridad en Colombia, enfrascados en una pelea jurídica por lograr su libertad por el vencimiento de términos y pena cumplida.

A partir de ese momento mi padre y mi tío iniciaron una campaña de persuasión a la clase política para que, de una u otra manera, influyeran en la decisión que debían tomar tanto la Corte Suprema de Justicia como el presidente de la República, quien era en última instancia quien decidía si firmar o no la extradición de un ciudadano colombiano.

No era lógico creer que un presidente que había firmado más de trescientas extradiciones en su gobierno, fuera a sustraerse de la obligación “moral” de firmar las de los hermanos Rodríguez Orejuela.

A principios de diciembre de 2004 fue extraditado a Estados Unidos mi tío Gilberto. Estaba en una de las fincas, huyendo, y observé por televisión este acto bochornoso. Sentí un dolor profundo; él había sido como mi segundo padre. Ese acto representaba el comienzo del fin para el resto de la familia.

Recuerdo su última carta en la que me pedía que conservara mi estado prófugo, prometiendo dar la pelea jurídica y resolver la situación de todos en la familia. De cierta manera su extradición, en medio de la profunda tristeza, era la oportunidad perfecta para solucionar el problema mayor de la familia, y por fin quedar libres de la maldición.

Transcurrieron varios meses antes de que ocurriera la extradición de mi padre. Mi tío no adelantó negociación alguna con los norteamericanos, sabiendo que mi padre pronto llegaría, y

poder continuar su ya larga estrategia de estar los dos al frente de cada situación. Pero mi tío seguía equivocado al pensar que si ganaba tiempo fortalecería su estrategia. En realidad pasaba todo lo contrario: las autoridades norteamericanas recolectaban más testigos y el caso se ampliaba a más miembros de la familia. Sin saberlo, todos estábamos en peligro.

El 11 de marzo de 2005 fue uno de los días más tristes de mi vida. Mi padre fue extraditado finalmente a Estados Unidos. En ese cálculo mi tío no falló. Su hermano llegaría a hacerle compañía. En similar situación al día que extraditaron a mi tío, estaba en algún lugar remoto de Colombia, huyendo, y vi cómo subían a mi padre a un avión de la DEA con destino a Estados Unidos.

Reflexioné tratando de entender los sentimientos que me embargaban. Rabia, dolor, desesperanza; sabía que mi padre había perdido esta guerra jurídica de más de veinte años en contra del imperio. Decidí entregarme a la justicia norteamericana. Con mi padre preso, sentía que había cumplido como hombre, como hijo, como miembro de familia y como soldado leal a él y a una causa, buscando el bienestar colectivo por encima del individual.

Mi llanto frente a las imágenes hicieron que recapacitara; recorrí de nuevo mi vida, lo que hice y lo que no hice, dónde estaba y cuál sería mi futuro. Nuevamente me encontraba en la encrucijada de cómo salvar a mi familia y salvarme de la mejor manera posible en medio de lo imposible, que era evitar mi persecución y posible captura en Colombia.

Me reuní con mis hermanos para analizar las estrategias que teníamos que seguir para estar listos a enfrentar, sin la ayuda de mi padre y con mi liderazgo, lo que venía por delante. Con mi padre y mi tío extraditados, quedábamos a merced de las autoridades que no nos dejarían tranquilos, como efectivamente ha sido hasta el día de hoy.

Fui claro ante la familia de que había llegado el momento de que cada uno tomara sus propias decisiones. Visualizaba que yo tendría un final parecido muy pronto, y ellos tendrían que tomar su propio rumbo, pero sin dejar de estar juntos para enfrentar este nuevo cambio.

Mi tío y posteriormente mi padre llegaron directamente al Special House Unit, conocido como SHU, parte del Federal Correctional Center de Miami, e iniciaron un tortuoso calvario, incluso para designar un apoderado de confianza y pagarle sus honorarios.

Era lógico que la comunicación se dificultara; se encontraban en un país diferente, en las peores cárceles del mundo, por lo que cualquier tipo de comunicación se debía hacer por medio de otra persona. El tiempo, y los fracasos en los anteriores intentos, con el desgaste propio de lo que pudo ser pero no fue, obligaban a buscar otros caminos, otras alternativas, otras expectativas, para lograr un sentido de vida, de oportunidad, de salvación de la familia, poniendo en segundo lugar los intereses personales para que la siguiente generación no sufriera lo que la nuestra había sufrido: eso pensaba yo, pero mi papá y mi tío seguían pensando otra cosa.

Por cosas del destino, tuve acceso a una carta enviada por ellos a la familia. Como sabían de mi condición de prófugo, quisieron evitar que mi esposa conociera el contenido de la carta, donde se marcaba la estrategia que estarían utilizando. En la carta no estaban las promesas que me habían manifestado a través del abogado; estaba su estrategia de negociación, que en pocas palabras consistía en salvarse ellos, pensando de manera ilusa que les darían pocos años y, según lo que María y yo analizamos, yo no contaba en esa estrategia. Ese tremendo secreto fue el detonante de mi decisión que me llevaría a entregarme a las autoridades norteamericanas.

Después de entender que los guiaba más el deseo que la razón, con suposiciones infundadas, como que sólo pagarían quince años de prisión, algo irrisorio para unos símbolos del narcotráfico mundial. Me sentí profundamente decepcionado por las personas a las que había dado toda mi

lealtad.

Ante tanto engaño y demora, en un momento de lucidez y desesperación me acordé de un antiguo colega, con el cual había tenido negocios y que contaba con visa para ir a Estados Unidos: el doctor Restrepo. Le hablé por teléfono, nos reunimos y elaboramos una estrategia de acercamiento y eventual entrega y sometimiento, en el caso de lograr algunas contraprestaciones, reales y viables.

Restrepo viajó a Miami con el poder que le otorgué, sin más que mi firma y mi huella. Se dirigió al edificio federal con la intención de contactar al agente Edward Kacerosky, especialista en la familia y encargado de nuestra persecución por más de catorce años. Kacerosky, obsesivo y enamorado del caso, nos había perseguido sin cuartel y no descansó hasta vernos presos en su país.

Ya en el edificio, Restrepo informó en la recepción la gestión a la cual venía. Esperó durante más de una hora antes de que apareciera el agente especial Edward Kacerosky, acompañado por un policía y un agente de la DEA. En cuanto lo vieron, le preguntaron si él era William Rodríguez, que si venía a entregarse. Luego de superada la sorpresa y al sobreponerse del susto, les informó su verdadera condición: era el abogado de William Rodríguez, no William Rodríguez.

Antes de iniciar la reunión formal, y dado el ritual propio de los asuntos relacionados con la justicia, se hacía necesaria la presencia de un abogado norteamericano para que me representara y asumiera mi defensa, por lo que fue llamado el doctor Humberto Domínguez, quien asistió a Restrepo en esta primera reunión de acercamiento para negociar mi entrega.

Tras esta reunión, que el doctor Domínguez manejó de forma profesional, Restrepo concretó una cita con mi esposa, y con otro abogado en quien yo confiaba, en la ciudad de Panamá. El objetivo era conocer ampliamente las condiciones para mi familia y, lógicamente, para mí, a cambio de mi entrega a la justicia norteamericana, y así evitar el desgaste propio de este tipo de actuaciones, que en nada contribuyen al buen nombre de la pronta, oportuna y eficaz administración de justicia.

Se abría una puerta para la familia y para mí. Les envié una carta a mi padre y a mi tío informándoles de los problemas legales y económicos que nos acechaban, y mi posición en cuanto al juicio que se iniciaría el año siguiente. Como siempre, hicieron caso omiso y mandaron decir que esperara, seguían empeñados en que ganarían unas mociones en su juicio que consistían en que les garantizarían no ser juzgados por delitos cometidos antes de 1997, rasero que medía la implantación nuevamente de la extradición.

La posición que asumieron sólo es entendible por la condición humana y el inmenso poder que en un momento detentaron. Desafortunadamente no lograron comprender su verdadera situación y la de la familia y, de nuevo, perdieron.

En Estados Unidos los castigos son ejemplarizantes, y eso es ampliamente conocido. Mi padre y mi tío no tenían ninguna oportunidad de triunfar jurídicamente, pero ellos no lograron entenderlo, hasta que la historia se repitió. En el hipotético caso de no ser juzgados por hechos cometidos antes de 1997, la fiscalía de la Florida contaba con más de cuarenta testigos, y continuaba reclutando más.

El abogado norteamericano, Domínguez, concertó una cita con los fiscales del caso, quienes, conocedores de la situación familiar y personal, me plantearon la posibilidad de aceptar el cargo de narcotráfico: un jaque mate para mi padre y para mi tío. Mi respuesta fue enviar puntos muy precisos de peticiones nada descabelladas, eminentemente jurídicas y que redundarían en

beneficio de la familia; ésa era para mí la única manera de aceptar su propuesta.

No estaba dispuesto a entregar mi dignidad por nada distinto al bienestar de mis consanguíneos. Un negocio pragmático, como la filosofía norteamericana. Un general hábil sabe cuándo debe transar para evitar mayores perjuicios. En este caso, un juicio llevaría al abismo a más familiares inocentes. Esperé con ansiedad la respuesta de las autoridades norteamericanas a mi propuesta; sentía que las autoridades se acercaban cada vez más, y el tiempo se acababa.

¿Qué pensarían mis hijas?

Cuando me enteré, en diciembre de 2001, que tenía un proceso abierto por narcotráfico en el distrito sur de Nueva York, empecé a tomar precauciones. Por información confidencial me había enterado que un grupo de once hombres de la DIJIN, del resorte de la DEA, me estaba haciendo inteligencia. Yo también los vigilaba a través de mis contactos de primera mano, quienes se habían comprometido a avisarme apenas las autoridades expidieran la orden de captura con fines de extradición.

Veinte días antes de que expidieran la orden de mi captura, en el verano de 2002, me trasladé a Cartagena para realizar unas diligencias de un caso jurídico que tenía pendiente en la Ciudad Heroica. Decidí aprovechar el viaje y me quedé el fin de semana para salir con unos amigos a disfrutar de tan hermosa ciudad. Mis amigos tenían organizada una salida con un grupo de amigas cartageneras a un exclusivo club nocturno. Entre el grupo de amigas se encontraba una pequeña rubia de ojos color miel, que me llamó la atención por su forma callada y analítica de comportarse. Después de ubicarnos en una mesa del club, su silencio guardián que hasta ahora la arropaba se convirtió en una extensa conversación que duró prácticamente toda la noche. Se llamaba Regina. Tuve la precaución de no comentarle quién era yo; la sentí tan tranquila en su amable y amena conversación que no la quise perturbar.

Al salir del club acordamos salir de paseo en yate al día siguiente. Esa noche, tras dejarla en su casa, pensé que Regina podía ser la persona que estaba buscando. Una mujer afable, decente, con gestos sencillos que hacían que su presencia no fuera llamativa, pero sí vital.

Al día siguiente nos encontramos para ir de paseo. Éramos siete personas. Sentía, y no sé por qué razón, que era mi despedida; el tiempo cada vez era más corto y estaba más cerca de mi verdadero destino. Sin embargo, pasamos dos días en altamar. En el paseo tuve más tiempo de conversar con Regina. Me contó que era una combinación de cartagenera con croata, economista de profesión. La familia de quien a la postre sería su abuelo, que venía huyendo de la Segunda Guerra Mundial, tuvo que hacer una parada obligatoria en Santa Marta. Se quedaron en esta ciudad por cinco años, tiempo suficiente para que su abuelo se enamorara de este hermoso lugar. Allí conoció a una bella cartagenera y decidió echar raíces en nuestro país. También me contó que su esposo había sido asesinado recientemente por paramilitares de la zona, dejando a una viuda joven y bonita con un hijo. Era un resumen de su vida que me permitiría comprender la fortaleza que se debía tener para enfrentar situaciones tan duras como las que ella había pasado, y las que yo tendría que enfrentar ahora.

En la majestuosidad de la noche, acostados en la proa de la pequeña embarcación mirando hacia el firmamento e ilustrándonos de la grandeza del universo, encontré el momento oportuno para contarle un poco más acerca de mi identidad. Antes de hacerlo pensé qué reacción podría tener: ¿se asustaría, tomaría distancia, me juzgaría? En un segundo pasaron por mi mente miles

de posibilidades que podrían opacar la comunicación que hasta ese momento habíamos logrado tener.

Como era lógico suponer, se sorprendió, pero también se interesó en conocer más detalles. Hasta me ofreció su casa en caso de que necesitara un sitio para esconderme. Pensé que sólo era un acto de cortesía inspirado por la inmensidad del mar Caribe.

Al día siguiente, ya de regreso a Cartagena, un amigo de mi padre me confirmó que efectivamente había sido expedida la orden de captura con fines de extradición. Entré en pánico, pensé que al llegar al puerto me estarían esperando las autoridades. Se lo comenté a Regina, quien lo tomó de manera tranquila. Decidí desplazarme a Barranquilla con la intención de evadirme y ganar tiempo para enterarme a fondo de lo que realmente sucedía.

Mientras esperaba que me llegara información sobre mi situación resolví ir al cine. A media película recibí una llamada de mi padre. Me confirmó que no existía ninguna orden de captura con fines de extradición en mi contra, por lo que me pidió regresara a Cali porque necesitaba hablar conmigo.

Como tenía programadas vacaciones con mi esposa y mis hijas en Santa Marta, le pedí a María que cambiara los vuelos y viajaran directamente a Barranquilla, para luego viajar juntos por carretera a Santa Marta. Con el paso de los días, recuperé la calma y pude disfrutar las vacaciones con mi familia antes de regresar a Cali.

Mi esposa y mis hijas tenían organizado otro viaje de vacaciones a Cancún por cinco días. Después de llevarlas al aeropuerto me trasladé a la cárcel de Palmira a hablar con mi padre. Era el 14 de julio de 2002. Discutimos acerca de la situación tan grave que se avecinaba. Él, siempre optimista, me dijo que las cosas iban a cambiar, pero yo sabía que mi suerte estaba echada. Con lágrimas en los ojos, me despedí y lo abracé como si nunca lo iba a volver a ver. Siempre recordaré ese día.

La mente de mi padre era una nebulosa: estaba seguro de que las autoridades norteamericanas no me iban a pedir en extradición; todavía creía que la casta dirigente de Colombia y sus amos del norte nos perdonarían y redimirían nuestras penas. Creía que volveríamos a ser vistos como grandes empresarios con familias ejemplares.

El viernes siguiente viajé otra vez a Cartagena a una reunión en el hotel Las Américas para resolver la situación de una propiedad. Después de una extenuante y exitosa negociación, decidí que ese fin de semana me quedaría disfrutando de la que es para mí una de las ciudades más bonitas y atractivas del mundo; además, tenía intenciones de volver a ver a esa rubia que había despertado mi curiosidad.

El sábado en horas de la mañana recibí una llamada de mi secretaria, quien me puso en contacto telefónico con mi padre. Me dio la más triste y dolorosa noticia que jamás haya escuchado en mi vida: efectivamente, me confirmó con un hilo de voz que pesaba en mi contra una orden de captura con fines de extradición, por lo que debía huir para no ser capturado.

Esa noticia desencadenó en mí sentimientos de desesperación comparables con lo que se siente en las películas de terror. No sabía qué hacer; recordé el atentado; mi vida de nuevo pasó en un segundo; la piel se me erizó; me dolía el alma cuando pensaba en el futuro de mi familia y en la pérdida de mi proyecto de vida. No fue fácil asimilar esa noticia; sólo gracias a mi espíritu batallador pude contrarrestar mi dolor y mi angustia.

Luego de un duchazo, me comuniqué con un asistente personal para que me consiguiera dinero, documentos y un equipo de comunicación Avantel para conversar con mi padre. También me comuniqué con un gran amigo que conoce como nadie las zonas rurales de la geografía

colombiana y que por coincidencia se encontraba en Cartagena. Él me indicó cuáles eran las mejores rutas para escapar; ese amigo no sólo resultó ser un avezado conocedor de la geografía nacional sino también un conocedor de las maneras de mimetizarse para no ser ubicado por las agencias que iniciaron mi cacería.

La orden de captura que se había expedido en mi contra sólo requería de un formalismo para hacerla efectiva. El operativo de mi captura estaba prácticamente listo. Ya sabían de mis desplazamientos, de mis rutinas; me estaban siguiendo hacía más de seis meses; curiosamente no había reporte de mis traslados a Cartagena. Según los datos de inteligencia, me prestaba a huir del país con destino a Argentina.

Mi asistente llegó por avión a Cartagena. Para evitar que lo siguieran, compró con dinero en efectivo los tiquetes de avión de Cali a Bogotá en una aerolínea, y luego en otra de Bogotá a Cartagena. Me trajo documentos, dinero y el Avantel. Luego se regresó y, cuando hacía la conexión en Bogotá para viajar a Cali, uno de los empleados de la agencia de viajes en Cali le hizo saber que unos agentes de la Policía Judicial lo habían interrogado sobre su destino, y que, lógicamente, había tenido que informarles. Me informó inmediatamente de lo sucedido. A raíz de estos hechos, cambié mi decisión de viajar por avión al interior del país.

Llamé a Regina. Le sorprendió que lo hiciera. Para ella, las noches en que tratábamos de comprender la grandeza del universo habían quedado en el recuerdo. Me dijo que estaba dedicada a su trabajo y a su familia; su papá y su mamá absorbían una parte importante de su tiempo. Sin embargo noté que mi llamada la alegraba. La invité a comer.

Esa noche le conté a Regina en la situación en la que me encontraba. Ya me sentía prófugo de la justicia. Fue tan sincero y sentido mi relato que se ofreció para acompañarme en mi fuga; dijo que ella era la persona idónea, que no levantaría sospechas. Es cierto que lo último que deseaba hacer era viajar con un grupo de hombres armados.

Mi plan inicial era esconderme en un lugar sin levantar sospechas. La idea era pasar desapercibido, no llamar la atención, pero para lograrlo tenía que estar en constante movimiento, aparentando que llegaba de vacaciones a cada lugar, por lo que no podía quedarme más de dos meses en ninguna parte.

Al día siguiente emprendí un viaje inicial hacia la región del Viejo Caldas. Regina se quedó en Cartagena planificando los posibles sitios donde me podría ocultar en la costa norte colombiana. En poco tiempo se había generado una fuerte conexión entre ella y yo. Para mí ella era como una enviada de Dios.

Llegué al Viejo Caldas. Allí en una zona llamada Santágueda, a veinte minutos de Manizales, me esperaba un difícil reencuentro con mi familia y la planeación de un incierto futuro. Uno de los objetivos de reunirme con María era dejar organizados mis asuntos, la forma en que mi padre y yo nos íbamos a comunicar para coordinar las medidas que tomaríamos para afrontar la situación.

Creé una cuenta de correo electrónico a la que mi esposa y yo tendríamos acceso. Nos comunicaríamos escribiendo correos que no enviaríamos; los dejaríamos en la carpeta de los borradores. En medio del delirio de persecución, supuse que ésta era la mejor manera de no dejar ningún rastro de correos electrónicos. Esa misma noche le escribí una carta a mi padre para que mi esposa se la entregara; le expresé todo lo que estaba sintiendo.

Al día siguiente el ingeniero Canaro y el abogado partieron para Cali. A Canaro lo había encontrado en Cartagena; él me indicó cómo desplazarme por el país sin ser detectado. En Cali, estimulado por la presencia de la familia, empecé a analizar todas mis posibilidades y maduré los

planes para ocultarme.

En Colombia hay dos formas de huir. Una es la que emplean muchos de los grandes capos, líderes guerrilleros y paramilitares, que consiste en un grupo grande que forma anillos de seguridad para evitar que las autoridades se acerquen al fugitivo, quien se refugia en sitios rurales apartados. Para que funcione perfectamente requiere mucho dinero, además de la logística; el peligro radica en que se depende de la lealtad de diferentes personas, y el resultado casi siempre es nefasto para los perseguidos porque es común que alguien los traicione.

La otra forma es más sencilla y menos costosa. Fue la que apliqué, y me dio resultado porque nunca fui capturado por ninguna fuerza de seguridad de Colombia ni de Estados Unidos. Consistía simplemente en encargar a una persona que me consiguiera sitios de hospedaje por períodos no mayores de dos meses: una mujer atractiva pero sencilla para que no llamara la atención, y un amigo personal, un tipo de buena presencia y con conocimiento de las áreas donde nos movilaríamos.

La parte relacionada con mi identidad la resolví antes de empezar mi periplo. Mandé a hacer una cédula falsa con alguien que tenía la cédula de un primo que había muerto y no había sido reportado a las autoridades. “Necesito que, con esta cédula, vayas y me saques, no importa lo que cueste, un pasaporte colombiano; es bueno porque esta persona supuestamente existe, no ha muerto”, le dije. Completé mi falsa identidad con una cédula de ciudadanía, pase de conducción y una tarjeta de débito de una corporación de ahorro.

Regina —elegante, atractiva— era ideal para presentar una imagen que no despertara sospechas; ella pasaba como mi esposa. José, un chofer de buena presencia, me acompañaba en mis traslados; y Jairo, un amigo personal conocedor de estas zonas, me buscaba las fincas. El Viejo Caldas y la costa Caribe serían los sitios que resguardarían calladamente mis sentimientos, angustias y esperanzas.

Así comenzó mi aventura de prófugo de la injusticia. Me estaban persiguiendo no por mis pecados, sino por los de mi padre y mi tío. Las autoridades sabían muy bien que el que me capturara se quedaría con el trofeo.

Mi existencia parecía ahora la de un judío errante en vacaciones. Dedicaba mi tiempo a la lectura, al ajedrez, a los juegos de PlayStation, al Internet y a dar caminatas con Regina para disfrutar del bello paisaje caldense. Me escondí en dos lugares realmente durante cuarenta meses: Cartagena, porque Regina era de esa zona y podía acceder fácilmente a diferentes sitios, y en Santágueda, donde había muchas fincas de alquiler y la gente no reparaba en quiénes las habitaban. Además, en esta última zona mi amigo Jairo tenía familiares y amigos que desconocían mi situación y mi identidad y nos ayudaron.

Para poder hablar con mi esposa o alguien de mi familia tenía que montar toda una aparatosa logística. Cada vez que veía a María, nos citábamos en sitios distintos. Por ejemplo, una peluquería o donde una prima que no visitaba, etcétera. Seleccionamos tres o cuatro sitios donde hubiera una línea telefónica fija; lo hacíamos así porque si usábamos un celular me podían ubicar por mi voz. Semanalmente salía de donde estaba en Santágueda, me iba a Palestina, que quedaba cerca, o subía a Manizales para llamarla; me movía, y así me comunicaba con María sin ser detectado por ninguna autoridad.

La noticia de que ofrecían dos millones de dólares de recompensa por mi captura me ofendió. No por la cantidad, sino por la injusticia que se estaba cometiendo. Pensé en Jairo, en Regina, las dos personas que siempre me acompañaban. ¿Podría ese dinero minar su lealtad? Jamás sucedió, jamás lo dudaron, por lo que hoy, además de agradecimiento, les guardo un profundo afecto y un

gran respeto.

Los días pasaban entre fincas de lujo tratando de llevar una vida aparentemente normal, pero siempre en la agonía de esperar un encuentro con la realidad. Fueron momentos difíciles. Pensé en otras opciones, como empezar una nueva vida en la Argentina. Sabía que las autoridades habían verificado que no me encontraba allí, por lo que pensé que era probable que no me buscarían de nuevo en ese país.

Otra opción era viajar a Europa, a Croacia, para empezar una nueva vida. La familia de Regina tenía unas tierras en ese lugar. Lo pensé, lo miré, lo estudié: era una decisión fuerte. Si lo hacía me tenía que olvidar de María y de mis hijas. Decidí no hacerlo. Qué habrían pensado mis hijas si las hubiera abandonado.

Entre una partida de ajedrez *online* y otra con alguien en algún lugar del mundo, me imaginaba cada salida del callejón en que me encontraba. Al final todas las salidas daban a un túnel sin salida.

A medida que pasaba el tiempo, mientras esperaba una solución que no llegaba, empecé a sentir que mi padre y mi tío estaban dilatando las cosas para su conveniencia. Pensar una vez y otra acerca de la misma situación me llevaba a pensar menos y a sentir más; en definitiva, son los hechos los que hablan de nuestras verdaderas intenciones. Esto lo comentaba con Regina, quien no veía un buen camino para solucionar mi situación, convencida de que no podría huir toda la vida.

Estas reflexiones me llevaron a tomar una decisión trascendental que cambió el rumbo de mi vida para siempre. O intentaba recuperar mi vida, la que Dios me había dado, o moría como un reo ausente sin ninguna posibilidad de redimirme. La segunda opción implicaba perder los mejores años de mi vida, dejar de ejercer mi profesión, alejarme del mundo real, perder mi hogar, mi esposa y mis hijas.

Entrega a la libertad

El agente Edward Kacerosky aceptó que María viajara a Estados Unidos y tramitó su visa. La esperó en la escalera del avión. La negociación iba en serio; eso significaba que el sabueso tenía en la manga el as que necesitaba.

María se reunió con el agente especial, quien le entregó un documento en el que abordaba los puntos que yo había solicitado, y que estaba firmado por los fiscales. Cuando leí el documento me di cuenta de que no debía tener intermediarios, de que debía hablar directamente con Kacerosky.

María también se entrevistó con varios abogados en Miami. Mi instinto me indicó que debía confiar mi defensa al norteamericano Humberto Domínguez. Se me acusaba de conspiración para traficar cocaína en mi calidad de miembro del cartel de Cali. La acusación se basaba en declaraciones de testigos que afirmaban que mi padre y mi tío, desde la cárcel, seguían enviando droga, y que yo era su jefe de operaciones. En ese *indictment* estábamos incluidos siete u ocho personas. Además de mi papá y de mi tío, dos contadores, Memo Lara, otras personas que no tenían nada que ver con nosotros y yo.

A su regreso María me comentó que Kacerosky y los fiscales le habían inspirado confianza. Decidí llamar a Kacerosky de inmediato; lo hice desde las montañas de Colombia, desde una cabina telefónica de Manizales.

—¿Estás decidido? —me preguntó.

—Sí, ¿pero me van a cumplir con lo que acordamos? —le respondí.

—Le doy mi palabra.

—Entonces, listo, cuente conmigo, programemos la entrega.

—Y, ¿cuándo la quiere?

—El 22 de diciembre.

Estábamos a finales de octubre.

—¿Dónde?

—En Colombia, no.

Si me capturaban en Colombia, me enviarían a Nueva York por el caso que tenía en el distrito Sur. Además, él no confiaba en los colombianos. Sugerí Venezuela y me dijo que no. Él propuso Panamá, lugar al que se me hacía más difícil llegar.

—Tiene que ir a Panamá porque ahí hay una persona en quien yo confío —me dijo.

—Bueno, listo, Panamá...

Hablé con mis primos y mis hermanos.

—Estas son las condiciones bajo las que me voy a entregar —les dije—, y ustedes están incluidos en el acuerdo. No hay otra alternativa, yo ya me cansé de esperar, yo ya tomé esta decisión.

—Si está seguro y cree que le van a cumplir, hágale.

Regina estaba en Cartagena organizando algunas cosas. La idea era que me acompañaría hasta mi punto de entrega, pero cuando nos vimos casi se dañó todo. Nuestra relación de amistad se complicó cuando se enteró que había tomado la decisión de entregarme. A lo mejor tenía esperanzas de que nos fuéramos a Croacia, pero yo no quería seguir huyendo, quería enfrentar la situación. Al final, nuestro malentendido se aclaró y su firmeza siguió intacta; la necesitaba. Regina tenía ciudadanía panameña, clave para entrar a ese país, pero surgió un nuevo imprevisto.

Kacerosky me cambió la fecha de entrega. Del 22 de diciembre la pasó a enero, recomendándome pasara las fiestas de fin de año con mi familia.

Le hice caso. Pasé la última Navidad y Año Nuevo en una finca, con María y mis hijas, como en épocas pasadas. Una Navidad fría, triste, con mucho temor, tanto de ellas como mío. Aproveché para explicarle a mis hijas la situación: nunca había hecho narcotráfico, la verdad. He hecho cosas malas, pero no lo que dicen que hice. Nunca envié drogas a Estados Unidos. Mi papá y mi tío sí lo hicieron; se equivocaron. Les dije que iba a hacer lo humanamente posible por volver adonde ellas. Les prometí volver en cinco años; no sé por qué dije cinco años, pero eso les prometí.

Lo dije en mi declaración y siempre lo he sostenido: nunca envié drogas a Estados Unidos. Auxilié a una organización criminal corrompiendo conciencias, manejando empresas. Mi pregunta es ¿por qué no se procesa a los bancos? En un momento dado mi papá llegó a tener sobregiros de tres millones de dólares y nunca investigaron, ni nunca hubo ninguna captura de algún alto funcionario.

Leí el *indictment*: me resultaba difícil creer de lo que me acusaban. Yo aparecía como tercero en la jerarquía de la organización: Miguel, Gilberto y William, y de ahí para abajo, los demás.

En octubre de 2005, cansado de huir y de no tener respuestas concretas de los abogados de mi padre y de mi tío, le expuse a Humberto Domínguez la situación para proceder a concretar mi entrega a las autoridades norteamericanas.

Una de las precauciones que Eddy —no lo llamo así de cariño; así le decían todos los de su escuadrón— tomaba para este proceso era tener completamente controlada la seguridad de mi esposa y de mis hijas. No quería que corrieran la suerte de la esposa del chileno Guillermo Pallomari, que fue asesinada. Se me acusó falsamente de ser el autor intelectual de esa desaparición. Tras entregarme pude aclarar que no tuve nada que ver en dicho suceso. Kacerosky quería estar seguro de poder trasladar a mi esposa y a mis hijas al día siguiente de mi entrega.

Llamé a mi grupo de trabajo para coordinar mi viaje a Panamá, que era toda una hazaña. Contaba en ese momento con un pasaporte colombiano con visa venezolana, y la idea era viajar de Caracas a ciudad de Panamá, pero corría el riesgo de ser detectado por la Interpol, que me había clasificado entre los merecedores de una circular roja. Desistí. La otra opción era trasladarme a Capurganá, un recóndito lugar con bellas playas del océano Pacífico que limita con Panamá. Tomé esta última opción como la más segura para evitar el paso por controles aduaneros.

Salí de la finca hacia Medellín con Regina y con Jairo. En el aeropuerto Olaya Herrera alquilamos una avioneta que nos llevaría a Capurganá. Llegamos a un hotel en donde preguntamos, como cualquier turista, qué se necesitaba para cruzar a Panamá. Lo riesgoso de la decisión de cruzar la frontera era que había que pedir un permiso especial en una oficina del Departamento Administrativo de Seguridad, DAS. Atrevidamente, indagamos qué se necesitaba para adquirir el permiso.

Por las nuevas políticas de Seguridad Democrática —los guerrilleros pasaban la frontera con Panamá para darse un descanso—, los controles habían aumentado y uno de los requisitos era enviar copia del pasaporte a Bogotá, con copias de las huellas dactilares, para recibir el permiso en veinticuatro horas. Era, prácticamente, solicitar un expediente judicial, y yo no estaba en condiciones de tomar ese riesgo, con los documentos que portaba. Decidí cancelar este plan y regresamos a Medellín.

Tuve que tomar la opción que había desechado: viajar a Panamá vía Venezuela. En compañía de Jairo, salí hacia Cúcuta en el vuelo de las seis de la mañana para no despertar sospechas. De allí tomaríamos un vuelo a Caracas. En Cúcuta Jairo y yo tomamos un taxi para cruzar la frontera y llegar al aeropuerto de San Antonio. Es en esta parte del viaje en la que puedo dar fe de que los milagros existen, o que la suerte definitivamente estaba a mi favor.

En el aeropuerto de San Antonio estaban varios agentes de la guardia Venezolana revisando documentos de las personas que ingresaban. Momento de gran tensión en el que se debe guardar calma absoluta y manejar la situación diplomáticamente. Cuando el agente que revisaba mis documentos empezó a cuestionar mi pasaporte, pensé que era el final. El ser sorprendido y capturado por las autoridades venezolanas representaba la extradición directa a Nueva York, lo que daría al traste con el plan de entrega que tenía para mí y mi familia. Le pedí a Dios que, después de todo lo que había pasado, no me dejara claudicar en ese preciso momento. En eso llegó otro agente a decirle algo al que revisaba mi documentación y lo distrajo; fue mi salvación, pues me dejó pasar. Un frío intenso recorrió mi cuerpo; no sabía cómo caminar para que no se me notara el nerviosismo. Así fue el inicio de un día de viaje en avión nada placentero.

En Caracas me reuní con Regina, quien había viajado desde Bogotá, en el hotel Sheraton. Regina me acompañaría en la aventura hasta Panamá. Al día siguiente nos dirigimos al aeropuerto. No ser detectado por los controles de Venezuela era un paso crucial. Afortunadamente todo transcurrió sin contratiempos y llegamos sanos y salvos a ciudad de Panamá.

Mi esposa y mis hijas me esperaban en un hotel. Yo había informado al personal de Eddy en Panamá que me entregaría el día 16, no el 14, con la intención de pasar unos días junto a mi familia.

Llegó el momento de despedirme de Regina. Siempre la recordaré como un ángel guardián leal a mi causa. En medio de los sentimientos que se cruzaron en esta travesía del destino, no pude contener las lágrimas. Fue una despedida marcada por la tristeza y el aprecio forjado en una amistad incondicional.

Luego me dirigí al centro comercial que conectaba con el hotel donde se encontraba mi esposa. Busqué la mejor manera de ingresar al hotel y llegar hasta el cuarto donde ellas se encontraban. Fue un reencuentro especial, acompañado de muchas emociones. Ahí entendí que cualquier arreglo valía la pena. Tener a mi familia, haya pasado lo que haya pasado, es lo más grandioso que puede existir. Encontré el sentido a estar cuarenta meses huyendo, el sentido de entregarme, de hacer por ellas algo que, si no lo hubiera hecho, jamás me lo hubiera perdonado.

Al día siguiente el agente del FBI se comunicó con mi esposa para pasar a recogerla y llevarla al aeropuerto, donde se suponía que era el punto de encuentro conmigo, desconociendo que ya me encontraba en el hotel. Cuando mis bellas mujeres fueron al encuentro con el agente, salí del hotel, tomé un taxi y llegué al aeropuerto casi a tiempo con ellos.

Me presenté ante el agente y, en broma, movido por el nerviosismo, le dije que estaba arrepentido de la entrega. Me respondió, sarcásticamente, que era libre de hacerlo y que

simplemente diría que no me había visto. Nos reímos en señal de entendimiento y nos dirigimos a las oficinas de las autoridades panameñas. Nos identificamos e inmediatamente procedieron a tomar mis datos y a verificar que se cubrieran los requisitos para poder salir con destino a Estados Unidos bajo la custodia del agente del FBI.

Luego de todo el proceso y verificación por parte de las autoridades, me llevaron a la sala VIP de American Airlines. Allí esperaba a los dos agentes de ICE (U.S. Immigration and Customs Enforcement) que había enviado Eddy para que viajaran conmigo hasta Miami. Me despedí de mi esposa y, con su ejemplar carácter para soportar estas adversidades, me dio un abrazo que me reconfortó y me transmitió la fuerza necesaria para seguir adelante. Me dio un beso suave y una mirada de esperanza y me dijo que pronto nos veríamos y estaríamos juntos de nuevo. Me prometió esperarme con mis hijas a mi regreso a la libertad.

Ingresé al avión con los agentes del ICE. Hicieron que me sentara entre ambos. Hasta ese momento no había sido esposado, algo que me hacía más fácil el viaje pues conservaba algo de mi dignidad. Durante las tres horas del vuelo a Miami pasaron muchas cosas por mi cabeza, en especial el hecho de que me entregaba a Kacerosky, un agente especial obsesionado en hacer cumplir la ley y que representaba el karma de mi delirio de persecución infinita. Pero también era quien al final me salvaría del pasado para poder tener finalmente un futuro. Entregaba mi libertad a la justicia norteamericana, y aún esperaba que mi padre y mi tío recapacitaran y tomaran el mismo camino.

En Miami, al final del túnel de salida del avión me esperaba el agente especial Edward Kacerosky, mirándome como el cazador mira a su presa en los últimos segundos antes de su final. Era el momento culminante de una persecución que había durado más de quince años. Yo representaba la pieza clave para ganarles la partida de ajedrez final a los jefes del cartel de Cali.

Al caminar por el túnel con los agentes les pregunté cuál era el agente Kacerosky. Me lo señalaron al fondo del pasillo: *“Over there, the blond guy”*. Al llegar a él le extendí la mano.

—Hi!, Mr. Kacerosky, I’m William Rodríguez, I surrender myself to you... you won!

Epílogo

Considerando que lo más valioso que tiene el ser humano es la vida, ponerla en peligro, convertiría la consideración en un argumento para adornar cualquier conversación, y la vida, en una excusa. Para mí, la vida es sagrada, convicción que hubiera resultado falsa si no hubiera vivido lo que tuve que vivir, llevando en mi cuerpo el recuerdo y la secuela de ocho impactos de bala.

Haber nacido en el hogar de grandes capos del narcotráfico marcó el derrotero de mi vida. La familia no se escoge, se dice, pero hoy, a mis cuarenta y ocho años, puedo afirmar que sí, y también, que soy el único responsable de lo que me haya pasado o me pase en un futuro. No quiero eludir ninguna responsabilidad, como tampoco quiero cerrar los ojos ante un pasado por el que ya tuve que pagar, y un futuro en el que está todo por construir.

Así como la vida es sagrada, también es un deber sagrado reconocer los errores para aprender de ellos y con la frente en alto poderle decir a todos, en particular a los seres que amo, que aquí estoy frente a ustedes, con la convicción clara y diáfana de haberles contado una historia que no busca para nada alimentar mi ego, sino servir de ejemplo, reconociendo algo que jamás pensé fuera a reconocer desde el corazón: ¡el crimen no paga!

Lo que no me animaba a escribir esta historia era la interrogante de por qué hoy en Colombia tienen tanto éxito las historias de delincuentes, cuando se supone que en un país, cuyo estandarte es el Sagrado Corazón, las buenas costumbres, Dios y Patria, sus ciudadanos tengan más en sus pensamientos y en sus recuerdos las cosas malas que buenas.

Cuando me llegó la respuesta a esa interrogante, sentí la imperiosa necesidad de contar mi historia desde las entrañas de lo que para mí fue considerado un reino. Un reino hecho de papel y que en su momento hizo que descubriera en mí lo que la mayoría de los seres humanos tenemos escondido: profundos deseos de poder y dominio.

Fui, por mis lazos sanguíneos, beneficiario de un negocio que aun hoy día no tiene solución. Es cierto que mientras haya consumo de psicotrópicos habrá quien los produzca y los venda, con consecuencias colaterales como violencia, tráfico de armas y desarrollo de organizaciones con estructuras mafiosas que se valen de la coerción, la amenaza, la compra de conciencias para mantenerse en el negocio, razón por la cual la solución se ve lejana.

La represión, desde un punto de vista estadístico, ha dado resultados, pero el negocio continúa; las políticas antidrogas han tenido logros, pero el negocio continúa. Hay que encontrar una salida que garantice un futuro mejor para nuestros hijos y nietos, para que las futuras generaciones no vean en el ascenso social su validación como seres humanos y puedan tener una patria donde sean reconocidos de la manera en que una madre reconoce a sus hijos: con amor, fortaleza y educación.

Por eso, a través de mi experiencia deseo que se entiendan las razones por las que tomé decisiones equivocadas, aclarando que no era el único camino que tenía; siempre hay más

caminos, pero en mi caso —por karma, correspondencia, sincronía o lo que fuera—, era lo que tenía que vivir, y lo viví, y he aquí mi testimonio.

Nota

[1] El equivalente a dos mil, cinco mil y diez mil dólares a la tasa de cambio de la época.

© 2014, William Rodríguez Abadía

© De esta edición:

2014, Santillana USA Publishing Company, Inc.

2023 N.W. 84th Ave

Doral, FL, 33122

Teléfono: (305) 591-9522

Fax: (305) 591-7473

www.prisaediciones.com

ISBN: 978-1-62263-901-4

Primera edición: Octubre de 2014

Diseño de cubierta: María Isabel Correa www.monichdesign.com

Imágenes de cubierta: Getty Images / The LIFE Images Collection

Diseño de interiores: Grafi(k)a, LLC

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

ISBN ebook: 978-1-941999-12-7

Conversión ebook: Àtona-Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com